

BOSQUEJO HISTÓRICO SOBRE EL CRISTIANISMO, EL GNOSTICISMO Y EL ROSICRUCIANISMO

Así como el simbolismo de este grado es aquel mismo que constituye el fundamento simbólico de todas las religiones, y de la base, origen y manantial de ellas **-la que se ha llamado Religión Universal de la Verdad-** así igualmente su historia se enlaza con aquella del pensamiento religioso y de la filosofía (como entendieron este término los pitagóricos, platónicos y humanistas) de todos los tiempos.

En ningún otro grado la relación entre Masonería y Religión (Religión y Ars Structoria) aparece tan clara. En los grados simbólicos o de San Juan (o sea,

precursores) nacidos de las antiguas y medioevales corporaciones de obreros constructores de templos, la prohibición de discutir sobre asuntos de política y de religión, y por otro lado el respeto y tolerancia de todas las creencias, así como el esfuerzo para comprenderlas (por medio de la Lógica y del Entendimiento Espiritual que simbolizan la escuadra y el compás sobre el Libro Sagrado de la Tradición) dicha relación es, en principio, simple amistad, que a veces, por la incompreensión y el fanatismo, se ha vuelto en abierta y violenta enemistad.

En los grados capitulares de perfección, la relación se hace más íntima, por medio de un esfuerzo más activo para buscar y tratar de comprender la palabra perdida de la Verdad, que se encierra en el propio Sancta Sanctorum de la Religión actual, y en la bóveda que oculta el sentido de las tradiciones y prácticas anteriores. El Caballero de Oriente, dueño de ese secreto que lo hace príncipe en Jerusalén, puede así trabajar activamente en la reconstrucción del Templo de la Verdad, animado por la esperanza mesiánica que ha de vivificarlo, trayendo en una mano la espada de la vigilancia y en la otra la cuchara de la argamasa unitiva: el Discernimiento y la Capacidad Sintética que permiten levantar el edificio.

Pero, con el grado de Rosacruz se penetra más íntimamente en el misterio y ministerio más íntimo de la Religión y se comulga en la mística presencia de la Luz de la Vida, y del Espíritu de la Verdad: se llega, por lo tanto, a conocer y practicar la esencia de la religión, en calidad de discípulos del Cristo Verdadero **-la rosa que la florecido en la Cruz-** y con el mismo derecho de quienes lleguen o se esfuerzen llegar a El por otro sendero.

CRISTIANISMO Y PAGANISMO

Desde este punto de vista interior, Cristianismo y Paganismo cesan de ser dos términos que se oponen exteriormente el uno al otro, y se hacen los dos aspectos, respectivamente esotérico y exotérico de la misma y de cualquiera religión.

Por consiguiente hay un cristianismo pagano, que es la doctrina mística y la comprensión esotérica del llamado paganismo, y también un paganismo cristiano, o sea vulgarización del cristianismo **-la Doctrina de la Inspiración Esotérica, que constituye la Iglesia del Santo Espíritu o del Paráclito-** en un determinado sistema teológico-dogmático, Y en una forma especial de culto o práctica exterior.

Puede considerarse como verdadero cristianismo pagano la enseñanza de Pitágoras y de Platón, como la de Apolonio de Tiana y de Platino, y de otros

iluminados de los tiempos precristianos, y en general de los Misterios Filosóficos y de las comunidades órficas, terapéuticas y esenias, que tenían en los misterios políticos de Eleusis la misma relación que debería haber entre la Masonería Filosófica y la Simbólica. En estas comunidades, misterios y escuelas filosóficas, se enseñaba pues a vivir la Verdad y la Vida del Espíritu, manifestando y grabando la primera y realizando la segunda en el propio corazón del discípulo o recipiendario. Ese Cristo **-la unción espiritual o Bautismo del Espíritu que debe realizar el discípulo-**, es el mismo Nous platónico, el Daimon o Genio Individual, el Hora, o Khoros de los misterios de Osiris, el Baca o Yaxos de los de Dionisio: el niño divino que nace en el Alma Virgen del hombre, según ésta se aleja de la atracción de los objetos materiales, de la ilusión de los sentidos que la hace ordinariamente su esclava, y se abre interiormente para recibir la Luz del Espíritu- o sea el Espíritu Santo por cuya obra concibe ese Dios en nosotros, o Hijo de la Realidad Celestial.

Así es como el Verbo Divino **-la Palabra de la Verdad que era en el principio con Dios y era Dios-** inspira nuestra inteligencia y se hace carne en nosotros y nos hace superar nuestros errores, ilusiones y limitaciones, según recibimos, participamos y vivimos de su gracia, y su Fuego eleva, purifica y regenera todo nuestro ser, convirtiendo en vino espiritual el agua de nuestra naturaleza inferior, instintiva y pasiva.

CRISTIANISMO PRECRISTIANO

El principio Crístico cuya individual realización produce aquella iluminación espiritual interna, igualmente conocida con el nombre de Conciencia Cósmica, que da derecho a llevar legítimamente el nombre de chrestano o cristiano, es universal y ha siempre existido: de manera que todos aquellos que recibieron interiormente esa divina unción son rosacruces y verdaderos cristianos.

La misma iglesia sintió la necesidad de poner entre sus santos a los profetas y patriarcas de la historia y de la mitología del pueblo de Israel, que de alguna manera le han parecido tocados por la gracia, y aunque no le haya sido posible hacer lo mismo, de una manera abierta, con aquellos que siguieron diferentes líneas de tradición y en particular con las grandes figuras del paganismo, sin embargo, encontramos en el santoral muchos nombres y personificaciones características de origen pagano, al que deben su elección, a pesar de que se les haya atribuido una significación distinta.

Así, además de los dos San Juanes que recuerdan al Jano bifronte, hay un San Líbero, un San Dionisio y un San Vicente que recuerdan los misterios y las fiestas de Baca, un San Ermete que recuerda a Mercurio, una Santa Paladia que recuerda a Minerva, una Santa Flavia que recuerda a Ceres, un San Apolonio por Apolo y un San Elías por Helios. Todo el Olimpo pagano, y sus respectivas festividades que caen en las mismas fechas, pueden encontrarse en una veste cristiana en el santoral de la Iglesia. Pero, no es precisamente al tra-vestimiento de los dioses y héroes de la antigüedad en divi christiani, por un proceso natural de adaptación al ambiente, al que queremos aquí referimos.

Con el nombre de cristianismo precristiano especialmente entendemos toda escuela iniciática o filosófica y toda comunidad mística y religiosa, cuyo objeto haya sido la realización espiritual por medio de la cristificación individual, en el sentido en que también San Pablo usaba este último término. A todos estos precursores, que los evangelios sintetizan en la doble figura de Juan -nombre simbólico de la gracia divina- les debemos abrir el camino y allanar la vereda para la más plena y completa manifestación del Cristo, en lugar de los imperfectos que han sido producidos y so sostienen en virtud de los errores y de las creencias del hombre.

LA GRAN DEMOSTRACIÓN

Entre todos los hechos y milagros de Jesús, a demostración de sus enseñanzas y de sus palabras, ninguno tuvo más importancia y más resonancia, que aquel de su realización de la inmortalidad, de la vida espiritual en el dominio -o Templo físico- de la manifestación material a través de la muerte aparente (y completa, desde el punto de vista exterior) de ésta.

A esa demostración se refieren proféticamente sus mismas palabras en muchos pasajes evangélicos, como por ejemplo: "Como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Mateo, 12-40). "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. . . él hablaba del templo de su cuerpo" (Juan, 2-19, 21). "Nadie me quita (la vida), mas yo la pongo de mí mismo: tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar" (Juan, 10-18). "Aún un poquito, y el mundo no me verá más; empero, vosotros me veréis: porque yo vivo, y vosotros también viviréis." (Ídem, 14-19).

No es aquí el lugar más apropiado para indagar el importante valor y significado iniciático de tal demostración, entera-mente análoga, pero contraria de aquélla de que nos habla la mitología hindú con relación a Yama, el dios de la muerte, que se Dios dice haber abierto tal camino para los hombres que, desde entonces fueron mortales. La demostración de Jesús es aquella que precisamente nos enseña a vencer la muerte, por medio de la regeneración, realizando la inmortalidad en la propia vida física, con una completa redención de nuestra manifestación individual.

Jesús murió sobre la cruz, su cuerpo aparentemente abandonado por el Espíritu fue sepultado, para ser luego reanimado, vivificado y hecho incorruptible, por la propia radiación interior de la conciencia que nuevamente se incorpora en aquél y lo transforma en vehículo perfecto y glorioso, que puede aparecer y desaparecer a voluntad, y por medio del cual se realiza el dominio y magisterio completo de toda la naturaleza.

La fecha que la tradición atribuye a este acontecimiento (el A. D. 33) es exacta con toda probabilidad, aunque haya quienes quieren retrasarla, al igual que la de su nacimiento.

EL CRISTIANISMO DE JESÚS

El Cristianismo de Jesús no fue, por cierto, una enseñanza dogmática, ni una revelación oculta, y tampoco una creencia una ley o una de conducta impuesta arbitraria y estrictamente, sino algo más simple, profundo y trascendente.

En esto se distinguió de todas las sectas y enseñanzas anteriores, incluidas las que pueden considerarse como formas de cristianismo precristiano, representadas y personificadas en Juan el Bautista, y que realmente abrieron el camino al cristianismo de los discípulos de Jesús **-que no pudo ser exactamente el mismo del de su Maestro-** lo recibieron y facilitaron su difusión: principalmente las escuelas pitagórico-platónicas, la de Hillel entre los judíos, y las comunidades místicas paganas y judías de las que hemos hablado.

Nada de esfuerzos exteriores, en el sentido de concesiones hechas a la ilusión material y a la evidencia del mal y de la imperfección: una sola cosa es, necesaria, como hubo de decirlo el Maestro a Marta, cuando ésta quería le impusiera su autoridad sobre María para ayudarla en sus quehaceres -buscar el reino-.

Toda la enseñanza de Jesús se concentra en el Reino de los Cielos, que hay que encontrar y buscar ya no "por aquí o por allá" sino dentro de nosotros mismos: "Ni dirán: helo aquí, o helo allá; porque he aquí, el Reino de Dios dentro de vosotros está" (Lucas, 17-21). Es la perla preciosa, para obtener la cual el sabio que la conoce vende todo lo que posee, el tesoro escondido en el campo "el cual hallado el hombre encubre, y de gozo de ello va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo" (Mateo, 13). Es el grano de mostaza **-la primera o sencilla vislumbre de la Verdad-** que, cuando sea sembrado, crece en un árbol fuerte y lozano; la levadura (de la misma Verdad) que hace leudar toda la harina (la masa de la mente); y su simiente, **EL GRADO MASÓNICO DE CABALLERO ROSACRUZ.**

En la luz del bosquejo histórico que hemos dado en las páginas anteriores, es todavía difícil decir cuál sea el origen primero de este grado, en cuyo simbolismo se reflejan el esoterismo cristiano y el misticismo precristiano. Aunque su aparición como grado masónico, pueda históricamente asignarse al segundo cuarto del siglo XVIII o sea **-cerca de 120 años después del renacimiento de la Fraternidad en el primer cuarto del siglo anterior, en armonía con la Ley expresada en las palabras Post CXX annos patebo-** sabemos que reuniones de carácter rosacruz se verificaban en Londres, en la segunda mitad del siglo XVII, precisamente en la misma Casa Salomónica que hospedaba alguna Logia masónica; y había miembros de una sociedad que tomaban parte también en las reuniones de la otra.

Dado el carácter indudablemente más filosófico de la primera sociedad (que según parece tenía un solo grado) y el intercambio entre las dos, no es imposible que, aunque independientes, actuara aquélla como un verdadero capítulo, esforzándose principalmente en elevar y dirigir espiritualmente, iluminando y vivificando la hermana sociedad que entonces se hallaba en el período de crisis espiritual que hubo de preceder su renovación.

Cualquiera que sea la forma en la cual la parte esencial del simbolismo ritual viene a ser trasplantado, algún tiempo después en Francia, para establecer sobre el mismo un grado filosófico, adjunto a los tres simbólicos dentro de la propia Sociedad Masónica, y quienesquiera hayan sido los autores externos y las particulares intenciones que los motivaron, es cierto que el resultado no había de ser, en definitiva, muy diferente del verbo proclamado en su nombre y afirmado en su simbolismo. Las palabras relacionadas con ciertas ideas las atraen de una manera natural y fatalmente llegan a expresarla progresivamente en forma siempre más perfecta y completa.

La idea de la rosa unida a la cruz, no podía menos que reflejar de alguna forma todos los esfuerzos ideales y espirituales anteriores que había sostenido y alumbrado a través de los siglos históricos y en las noches y días prehistóricos: el espíritu del renacimiento y de la reforma humanista, el iluminismo y la alquimia medieval, la mística de los conventos y los viajes de los cruzados, la filosofía gnóstica y la teosofía neoplatónica, el primer cristianismo de Jesús y de los esenios, la esperanza mesiánica y la filosofía platónica y pitagórica, los misterios órficos y los de Eleusis, y más lejos todavía los sacrificios de los arios primitivos en honor de Agni, obteniendo la primera chispa del fuego sagrado como una rosa viviente en el propio centro de la esvástica, e igualmente todas las tradiciones relacionadas con el culto del Fuego, imagen del Poder Divino que purifica, anima y regenera. Todo esto y más todavía habían de ser atraído por el Logos elegido, conteniéndolo como la planta la semilla.

Igualmente el título de Caballero **-ya sea del Águila y del Pelicano, ya sea simplemente Rosa Cruz-** no podía a menos de relacionar ese grado aparentemente nuevo con las tradiciones de la antigua Caballería en general (las leyendas de la Mesa Redonda y del Santo Grial, que renuevan en forma cristiana antiguos mitos paganos), y más particularmente con las de los Caballeros cruzados y templarios que llevaban el signo de la rosa cruz, o sea, de la cruz con el color de la rosa. Efectivamente, la capa blanca de los templarios, con la cruz sobre el pecho, se ha reproducido exactamente en la casulla cándida del Caballero Rosacruz, de suerte que no es injustificado considerar como templario el grado masónico de que nos ocupamos, como tampoco lo sería el llamarlo místico, alquímico, gnóstico o cristiano. Pero, y con eso, no deja de ser esencial y fundamentalmente masónico, como nos esforzaremos por demostrarlo en las páginas siguientes.

UN LUGAR EN EL ORDEN

El hecho de que el grado de Rosacruz siempre haya tenido un lugar prominente **-casi podemos decir central o final-** en todos los sistemas de grados que florecieron más o menos durablemente, después del primer cuarto del siglo XVIII, y que aún hoy sea uno de los más apreciados, siendo especialmente conocido como grado 18° del rito escocés, aunque de creación reciente hubo de profesarse antiguamente con objeto de llegar a ser aceptable) es en si la mejor prueba de que tiene de por si su puesto **-de primera importancia-** en la institución Masónica.

Esto no quiere decir que se haya siempre encontrado y se encuentre en ese puesto, o sea, que su propio lugar y su oficio le sean y le hayan sido universalmente reconocidos. Muy lejos de esto hemos de decir que según actualmente se practica, aún con la mejor buena voluntad, sólo nos da una pálida idea de su significado, de su objeto y de su función pues ésta sólo puede hacerse efectiva cuando aquellos sean entendidos.

La causa de los dichos reside precisamente en la incomprensión del valor y significado de los grados llamados capitulares y filosóficos, que de esta manera se vuelven tan simbólicos y puramente formales como los azules. Esta incomprensión ha conducido a separarlos por completo **-en lo que concierne a su administración y ministerios-** de los tres primeros grados, en lugar de ejercer la función capitular que les compete como derecho, y que, sin embargo, no puede hacer aceptable al organismo simbólico sin haber antes cumplido con el deber correspondiente.

Claro está que los organismos simbólicos no dejan de tener razón en su legítima protesta en contra de la injerencia indebida del grado superior, que se verifica cuando estos grados sólo a exigencias administrativas de carácter profano. El hecho de que cualquier maestro masón pueda ser caballero rosacruz, independientemente de los merecimientos especiales que haya sabido, por sus propios esfuerzos adquirir y demostrar en su actividad en la logia simbólica, en su lugar de ser el debido aumento de salario que le corresponde por la especial función ejercida y la labor hecha anteriormente, hace que dicho grado pierda naturalmente con su prestigio, su real función, sus derechos y privilegios.

En otras palabras, si dentro de la organización simbólica, los Venerables y los Past Master, siempre recibirán especiales consideraciones y honores independientemente de los grados filosóficos que puedan o no tener, no pueden pretender lo mismo los que no tengan otro merito que la investidura de un grado superior que no los hace, sabios ni más virtuosos. Pero, cuando estos últimos grados sólo sean función de aquellos méritos, que hacen patente y confirman exteriormente, seguramente pudieran pretender y recibir una consideración distinta, reconociéndoseles su función y sus privilegios.

Dado que para ser verdadero Caballero de oriente, es necesaria justificar ese nombre con una previa estancia duradera en ese lugar de la logia, o sea, a la cabeza de la misa, a mayor razón la cualidad de Past Master debería por lo tanto pretenderse como incisión indispensable para ser admitido en su Capítulo Rosacruz que quiere serlo realmente. Solo de esta manera puede el grado tomar el lugar y la

función que naturalmente le pertenecen en la orden, ejerciéndolo ésta en armonía con los planes perfectos del gran Arquitecto.

Cuando pongamos los esfuerzos necesarios para buscar primero el reino de Dios y su justicia, las demás cosas serán añadidas: adaptando esa regla sencilla el grado se hará verdaderamente capitular y filosófico y de esta manera le será posible ejercer en la orden la función que corresponde a ese grado de discernimiento y madurez espiritual. La reforma de los ritos en el sentido de la necesaria simplificación de una mejor colaboración con los tres grados simbólicos, tendrán naturalmente después, cuando se haya sentado firmemente el principio de que los grados filosóficos solo representan un merecido aumento de salario por la actividad demostrada y las funciones anteriormente ejercitadas en el campo masónico, pues aquí tenemos la piedra angular de la unificación el progreso de nuestra institución.

LA GRAN OBRA INDIVIDUAL

Aquella misma Gran obra, mística y simbólica, que era el objeto profundo de las labores alquímicas y la meta espiritual de los rosacruces, es lo que se halla alegóricamente revelado por la ceremonia de recepción en este grado: sus cuatro frases fundamentales, aparecen indicadas por las cuatro cámaras sucesivas en que ésta, de acuerdo con los rituales, debería averiguarse **-la verde, la negra, la infernal y la roja o rosada-** mientras en la cena mística podemos ver la aplicación o proyección filosófica que así se ha encontrado.

El objetivo de esa Gran Obra es, como ya se ha dicho, la transmutación, regeneración y redención individual, la restauración en el hombre (y esta palabra tiene doble sentido, relacionándose con el griego *stauros* “cruz”) de su prístina pureza espiritual, o sea de la perfecta imagen o creación divina **-el hijo de Dios o el Cristo en nosotros-** que viene a ser exaltada, ennobleciendo y elevando la vida interior y exterior.

El hombre natural es la materia prima y el atánor en que dicha obra se efectúa, comprendiéndose al integridad de la manifestación humana, o sea, la parte psíquica, moral e intelectual, como igualmente la física, el alma así como el cuerpo, para que no los dos pueda manifestarse plenamente y resplandecer libremente la gloria del verbo de dios reinando y dominando con toda su fuerza, su gracia y su sabiduría.

Esta santificación o renacimiento espiritual del hombre, que se hace consciente de la Divinidad interior, y la manifiesta de manera que llene con su

verdadera luz del microcosmos, era el ergon y obra por excelencia de los filósofos rosacruces y de los alquimistas verdaderos, mientras que el parergon, o sea su aplicación como poder activo de transmutación al mundo exterior **-purificando y ennobleciendo los mentales y las piedras, y sanando las enfermedades del cuerpo y del alma, como los terapeutas y esenios-** no podía ser sino un accesorio de la Virtus sapientiae que de esta manera se había conseguido.

LA CÁMARA VERDE

La cámara verde es la imagen de la Naturaleza y del estado natural del hombre como hijo de ésta. Producto y resultado de una laboriosa evolución eónica. Aquí. Se ha de buscar y elegir la materia prima, que después deberá sufrir la pasión que ha de transmutarla y regenerarla, de manera que exprese y haga patente su propia viruts divina inherente y latente. El stava natural o inferior **-el estado de equilibrio y de armonía, que corresponde con la ignorancia y simplicidad de los niños, cuando la pasión no a nacido todavía-** ha de ser destruido, pasando sucesivamente por el estado tamásico de la desesperación, y luego por el rajásico, en el que el alma se halla como dividida en su fiebre e inquietud pasional, para finalmente encontrar y reintegrarse en el satva superior de la Armonía divina, que nace de la Sabiduría y del Amor.

Por lo tanto, dado ese procedimiento que tendrá que sufrir, debe cuidarse que la dicha “materia prima” esté en la condición de madurez que la haga capaz de soportarla, de manera que desapareciendo el color verde de la armonía de la esperanza natural, para luego pasar por todas las experiencias y tentaciones humanas, pueda finalmente lograrse y establecerse el alma, con su propia divina realización, en aquel satva filosófica que es precisamente indicado por el color de la rosa.

Cuando no haya esa madurez de manera que la obra deberá de quedar incompleta, más vale esperar, pues aquel mismo fuego que purifica y ennoblece al sabio y lo hace incorruptible e inmortal **-a semejanza de los dioses, que son hijos o poderes de Dios-** sería para el ignorante una razón de muerte, de miseria y de dolor. Lo que acontece a Glyndon en al Voeval Zanoni puede ser un ejemplo.

Ese estado de conveniente madurez de la materia prima, se halla indicado y medio por el espíritu filosófico, o sea el genuino amor de la verdad **-entendida también como bondad. Belleza y Virtud-** que se hace el leitmotiv y la nota dominante de alma, de manera que ninguna otra cosa y ningún otro logro exterior

puedan realmente satisfacerle. Cuando el hombre, verdaderamente enamorado de ella, busque la sabiduría por encima de todas las demás cosas **-riquezas, honores, ambiciones, poderes, satisfacciones materiales y sensuales-** entonces únicamente puede decirse que se halla su propia materia prima en una condición conveniente para que puedan confiársele los medios que han de conducirlo a la propia realización interior y espiritual de dicha Verdad.

Quien se halle animado por tal espíritu, se habrá necesariamente esforzado, en su propio taller simbólico, en hacer a los demás HH.: partícipes de todo aquello que haya podido conseguir y lograr por sí mismo en ese sentido. Cuando ese espíritu se activo **-y no simplemente pasivo, pues este último sería de utilidad en los trabajos herméticos de los RR. . CC. :-** le habrá franqueado fácilmente el camino del oriente, hasta llegar a ocupar el asiento de la Luz y de la Sabiduría (el damasco o Hamacar de San Pablo y de Christian Rosenkreuz), pues no hay otra senda para llegar en contacto con los demás sabios que allí se hayan establecido, esperando y reconociendo a los que lleguen.

Habiendo dado, lo que más ardientemente desea, o sea, dispensando su propia luz (por medio de la cual precisamente, se ha hecho reconocer) está en la condición y capacidad de recibir aquella “más luz” que ese grado proporciona, y que sería teñida o ceguera para los ojos que no se hubieran acostumbrado a la misma por una conveniente estancia en ese Or.: en donde se asiste al nacimiento del sol, que alumbra la tierra y dirige a los hombres en sus labores y tareas.

Así pues, los que se hallan reunidos en la cámara Verde **-color que se refiere también al grado precedente y a la esperanza mesiánica que le anima-** examinan en ésta al candidato como caballero de oriente en busca de la Luz de la Verdad, de aquella verdadera luz que se desconoce en el mundo ordinario de la cual aquí se encuentra al aurora, en una octava superior, relativa a su precedentes revelación simbólicas, El siguiente interrogatorio vierte especialmente sobre el punto de la religión, la verdadera naturaleza de esta y sus relaciones con la masonería con la vida individual y social y con el progreso de la humanidad.

LA RELIGIÓN DE LA SABIDURÍA

La religión verdadera ha de ser, pues, aquélla que naturalmente religa, o sea, une indistintamente a todos los hombres de buena voluntad, y los hace progresar armónicamente en sus propios anhelos y esfuerzos. Es aquélla que eleva y ennoblece al individuo, educa las masas, y enlaza en un mismo espíritu de

cooperación y en un mismo sentimiento de fraternidad las clases, los pueblos, las razas y las naciones.

Su aspiración de catolicidad sólo se encuentra realmente satisfecha cuando sea, según las palabras de Anderson, the religion in which all men agree. Mientras se aleja de aquélla toda vez que se circunscribe en fórmulas dogmáticas que no sean antiguos y aceptados, fomentando los odios y las rencillas, y, por lo tanto, las sectas y divisiones. Cuando se transforma en perseguidora, cesa de ser también religión y se convierte en el fanatismo destructor que es uno de los asesinos del Espíritu Constructivo y de la Sabiduría del Amor que personifican Hiram y Jesús.

Por lo tanto, la menor traza de fanatismo debe ser rechazada y desterrarse de toda religión verdadera. "En la casa de mi Padre muchas moradas hay" (Juan, 14-2), o sea, en las mismas palabras de Jesús, hay lugar para las distintas convicciones, cuando sean sinceras; y por lo mismo de nada serviría para ingresar en aquélla una creencia puramente formal, profesada exteriormente, sin que el corazón la aceptara, obrando en armonía con la misma. La religión más tolerante y longánima, es aquella en que verdaderamente resplandece el Espíritu del Dios Viviente, y naturalmente la más universal; aquella que dice al pecador y al herético, como Jesús: Ni yo te condeno, y, como el buen pastor está más bien dispuesto a "dar su vida" que quitarla a cualquiera de sus ovejas, haciéndose cómplice de cualquier forma de persecución moral o material. Porque, por el fruto es conocido el árbol: según las obras que uno hace, se reconoce la inspiración si viene verdaderamente de Dios, o sea, del principio eternamente benéfico de la Sabiduría, de la Vida, y del Amor, o bien de Satanás, la sombra antagónica de la gloriosa Realidad, que personifica la ilusión humana inspiradora de todo crimen y de todo mal, de todo pecado, error, división y persecución.

Cuando verdaderamente haya esta luz interna, las obras no pueden dejar de testimoniarla: serán obras constructivas de Sabiduría y de Amor, más bien que fuerzas destructivas animadas por el Fanatismo y la Ambición.

Esa religión y ese espíritu -que son aquellos que animan la Iglesia Viviente del Cristo- que se sintetizan en la mística unión de la Rosa y de la Cruz (en el sentido de Sabiduría y Amor), es el objeto que anima a los rosacruces y los guía en sus labores, afirmándolos en la íntima comprensión que representa su fe, y en la actividad benéfica, impersonal y silenciosa, que patentiza sus obras.

Según las contestaciones del candidato, el Cap.: decidirá a la unanimidad, si se reconocen en él por sus propias aspiraciones, las cualidades necesarias para hacer parte del mismo, si la materia prima ha llegado al grado de madurez que

simboliza el primer florecimiento de la rosa, como aurora de la mayor luz de la Verdad, en cuya senda ha puesto firmemente los pies.

LA CÁMARA NEGRA

La primera prueba o purificación que tiene que sufrir el candidato filosófico en esa búsqueda de la verdad, es la experiencia negativa de la desesperación representada por la cámara negra, en la cual su materia prima se halla sujeta al proceso tamásico de la destrucción o putrefacción -la fase llamada alquímicamente nigredo, y también simbolizada por el cuerpo negro-volviendo una vez más la misma alegoría del cuarto de reflexión y del cámara funeraria en la exaltación al grado de Maestro.

El estado negativo de la muerte o destrucción de los valores espirituales, es aquí indicado precisamente por la demolición de los templos en donde se busca y se glorifica los Ideales y la Verdad, la ruptura de las columnas o sea **-las virtudes morales-** que sostienen aquéllas, e igualmente de los instrumentos de nuestra Orden: Las facultades espirituales que se atrofian y sé debilitan por la inercia y el dominio de la Ignorancia y del Oscurantismo.

En este estado de destrucción también la hora simbólica en que se abren los trabajos del Capítulo, por haberse perdido la palabra, que representa el real y místico conocimiento de la Verdad, o sea la vida y el espíritu que deben animar la letra muerta de un dogma, creencia, profesión o revelación puramente formales y exteriores.

Por mayor desgracia, y como consecuencia de dicha pérdida, se ha ocultado el sol de la Sabiduría, e igualmente al mismo tiempo, se ha obscurecido y desaparecido la estrella flameante: el ideal y la luz que ilumina al Microcosmos.

También ha habido un desquiciamiento en la tierra pues siempre la manifestación exterior sufre los efectos de las convulsiones que arrebatan y destruyen los valores espirituales, dado que la tierra está sostenida y animada por el Espíritu, en que también está contendía, por sé este último la suprema Realidad, y aquélla únicamente su expresión; desagarrándose el velo del tempo. Una vez que el misterio cese de ser místicamente entendido y realizado, también cesa de vivir, y de nada sirve encubrirlo con hermosa apariencia para ocultarlo a los demás: las formas religiosas que no sean sentidas y vividas, no son más que supersticiones, ocultando a la Ambición de los que en ellas se apoyan y sacan ventajas materiales, así como el Fanatismo de sus partidarios y la Ignorancia general; ese velo entonces

se rasga, y aparecen los intereses personales, en lugar de las aspiraciones espirituales.

Finalmente, mientras las tinieblas lo inundan todo **-en virtud de dicha ignorancia y espíritu agnóstico que prevalece en el mundo-** la opresión encadena la libertad (dado que esta última sólo puede existir en la Lux de la Verdad que sostenga la Virtud), y esa oscuridad se verifica, en la incomprensión general, el Misterio filosófico de la pasión de la Piedra cúbica, o sea, de todo esforzó encaminado hacia la perfección suprema. Dicha Piedra -objeto de todos los trabajos masónicos- ¡suda sangre y agua!, Hallándose en una crisis suprema de agonía y de martirio.

Esta pasión de la piedra, no debería empero ser un motivo de desesperación: su aparente agonía es la lucha en el esfuerzo de una mejor expresión, y el mismo martirio es (de acuerdo con el significado originario de la palabra) el testimonio del Verbo de la Verdad que está en proceso de manifestarse. Por lo tanto la dicha pasión agónica es la misma señal apocalíptica de la mujer celestial (Apo., 12-1, 2) "vestida de Sol", flamante y sufrían "con dolores de parto".

LA HORA MÍSTICA

El conjunto de circunstancias simbólicas que acabamos de describir, señala al mismo tiempo la hora histórica en que se reabren o se reasumen los trabajos de la mística Fraternidad del Espíritu en el mundo, y aquel particular momento, en la vida individual, en el cual una crisis espiritual particularmente profunda, intensamente vivida y sentida, siendo el fruto de una anterior maduración, prepara un renacimiento interior, comparable con aquél que transforma físicamente el gusano en mariposa, por medio de la crisis de su crisálida.

Dicha hora viene históricamente, para el mundo todo, o bien para una determinada ecuménica, o para un organismo social, precisamente cuando los valores espirituales que anteriormente lo animaban y le sostenían, envejecen, decaen y desaparecen como tales por efecto de la general incomprensión de las nuevas generaciones, que cesan de vivirlos y sentirlos, y no llegan a ser más sino escombros y supersticiones. Entonces es cuando los templos del pasado no son en realidad más que ruinas, aunque todavía puedan conservarse sus edificios, como la momia o el cadáver de ser viviente; la verdadera luz que es el Sol del mundo exterior y la estrella del mundo interior, sigue todavía brillando en las tinieblas dado que de por sí es inextinguible pero, éstas no comprenden y, por lo tanto,

trabaja para manifestarse en una forma más adecuada y adaptada para el nuevo espíritu del tiempo.

Este trabajo de la luz, parangonadle a los dolores de la mujer preñada que está para parir, al que cooperan todas las Fuerzas Espirituales que guían y dirigen a la humanidad en una senda de progreso constante e ininterrumpido **-a pesar de los aparentes movimientos retrógrados, en todo semejantes a los de los planetas, según aparecen desde la tierra-** es la realidad histórica simbolizada por la hora en que se resumen los trabajos de los CC.: RR.:

La hora individual, en la cual el discípulo pone resueltamente el pie en el Recto Sendero Vertical que simboliza la línea mayor de la Cruz, para finalmente abrirse con su propia conciencia, como la rosa mística, descansando en una más plena realización espiritual, es semejante a la hora histórica descrita.

Siempre viene un momento para cada cual, cuando los valores espirituales que hasta entonces han sostenido, animado e impulsado la existencia, parecen desfallecer y caer, y esa comparativa impotencia puede causar la más honda desesperación.

Realmente las columnas se han roto y los instrumentos que hasta el momento nos habían servido perfectamente para resolver satisfactoriamente nuestros problemas y dificultades, caen en pedazos de nuestras manos y se hacen impotentes delante de la crisis actual.

Hemos perdido la palabra, el Logos animador de nuestras mejores esperas: la luz del ideal se ha apagado en nosotros, y estamos ahora en las tinieblas. ¿Qué hay que hacer? Proceder a la búsqueda de nuevas columnas, y nuevos instrumentos, de una nueva palabra, y de una nueva luz ideal. Proceder al reconocimiento de nuevos valores espirituales, o sea, ingresar en una nueva, más elevada y más profunda percepción, visión y conciencia de la Realidad. Subir, elevamos de un paso, sobre nuestra personalidad ilusoria **-sobre el actual reflejo de nuestro yo-** en una mejor realización operativa de nuestro Ser verdadero, utilizando la piedra, en que hemos tropezado, como una grada para ascender más arriba.

Recogemos en silencio, sobre la pequeña vislumbre de la fe, en nosotros mismos, en la vida y sobre todo en el principio y realidad de ésta, buscando con esa luz una nueva esperanza y un nuevo amor, un nuevo interés que pueda sostenemos y hacemos progresar, de manera que esa aparente ruina y ese decaimiento, esa misma desesperación, nos conduzcan a renacer, y renovar de esta manera la vida interior como la exterior.

PRIMEROS VIAJES

Los primeros viajes del candidato, acompañado por el M.º de C.º., muestran el primer reconocimiento y la reflexión sobre los valores eternos que sostienen la vida, precisamente en la medida de nuestra propia comprensión y realización de los mismos.

Esos valores son las cuatro columnas que se hallan en los cuatro ángulos, y las otras tres que las complementan. Al Noreste aparece, al terminar el primer viaje, la palabra Prudencia: es preciso aprender a reflexionar, y no obrar de una manera irreflexiva, obedeciendo a los impulsos, costumbres y hábitos anteriores, pues de otra manera, somos esclavos de éstos, así creamos las trabas y atraemos siempre nuevos peligros y dificultades sobre nuestro sendero. Todo paso ha de medirse y rectificarse por medio de la escuadra de un perfecto juicio, precisamente como se enseña al Aprendiz.

Terminando el segundo viaje, se lee, en el ángulo del Noreste, la palabra Justicia. Es la enseñanza pitagórica sobre el número 2: ¡No traspases el equilibrio de la balanza! El nivel masónico sólo se establece y muestra que todo es justo y perfecto en ese equilibrio; todo lo que altera ese equilibrio se hace un peligro siempre mayor según crece en altura el edificio que se levanta, de manera que cuando todo esfuerzo no sea medido con ese instrumento, en lo que se refiere a nosotros mismos e igualmente a nuestras relaciones con los demás no será difícil profetizar su caída. Lo mismo sucede con la planta que descuida esa Ley en su crecimiento.

Con ese justo equilibrio y justa medida se logra la Sabiduría, que igualmente tiene su asiento en esa esquina.

Al final del tercer viaje la palabra Templanza se presenta igualmente a la reflexión. La Templanza es la compañera natural de la Justicia, como la plomada del nivel: con esa virtud se conserva y fortalece el vigor del temple del carácter y del organismo, y se consigue siempre mayor resistencia y poder. Tenemos así la fuerza que establece el edificio justamente concebido en la Sabiduría y construido por la Prudencia.

La cuarta virtud, la Fortaleza, no pudiera existir ni durar sin las anteriores; más bien resulta de ellas, como la piedra tetrágona, perfectamente labrada con la escuadra, y puesta firmemente en su lugar, por medio de la plomada y del nivel. Hércules hubiera sido más de una vez impotente en sus trabajos, si no le hubieran

socorrido las divinidades tutelares de todas las buenas voluntades, especialmente la sabiduría de Minerva, y la fuerza templada (o sea, sárvica, o armónica) de Apolo.

En el quinto viaje, se lee del lado del Norte la palabra Fe. Aquí tenemos la quinta esencia y el principio de toda sabiduría verdadera, la estrella polar que, como el eje del mundo, sostiene y dirige rectamente al Microcosmos, aun en la noche de los tiempos, cuando ha desaparecido el Sol de la Verdad, e igualmente se ha ocultado por el Occidente la estrella más brillante de la Esperanza. Sin embargo, la Fe del Masón, la verdadera fe del Iniciado y del Rosacruz, no debe ser confundida con la creencia ciega, hija de la Ignorancia, que origina la Superstición y el Fanatismo.

Esa Fe, es la intuición de la Verdad, profética de su más pleno y perfecto conocimiento, al que nos guía iluminando nuestra senda en la oscuridad de la mente: esa divina y profética vislumbre, es precisamente a la que debemos todos los descubrimientos y las invenciones. ¿Qué fueron éstos, al principio, sino fe en el corazón de los hombres que, nuevos Prometeos, supieron alcanzarlos y manifestarlos de las infinitas posibilidades latentes de la Sabiduría que gobierna el mundo? Esa fe, cultivada en silencio, sufriendo a menudo el desprecio y la decisión de los que no podían comprenderla, pudo producir todas las grandes cosas, y aun mayores producirá indudablemente en el futuro.

Con el sexto viaje se reconoce la Esperanza en la estrella que tiene su lugar al Occidente, testimoniando que el Sol que se ha puesto: no ha muerto, sino que sigue reflejando todavía, por medio de aquélla, su luz, mientras se prepara en su viaje, en el dominio de lo que es para nosotros invisible, para aparecer nuevamente al Oriente, aún más claro y más brillante, en una nueva dispensación de vida, luz y claridad.

Pero, estamos todavía de noche, y esta estrella se halla en proceso de desaparecer, para seguir más cerca del Rey de la Luz, y también desaparece a nuestra vista la estrella polar de la Fe, mientras nuestros pies se dirigen hacia el Sur. Pero, aquí encontramos otra constelación: la cruz simbólica del Amor, o sea, **-nuestra propia luz que se ha encendido nuevamente en el esfuerzo de manifestada y derramada fuera de nosotros, animados por un motivo ideal, impersonal y superior-** haciendo el Bien, como mejor lo podemos, según nuestro propio discernimiento y capacidad, y trabajando desinteresadamente para el bien de los demás.

EL JURAMENTO

En la apreciación e interpretación del significado y valor de cada una de estas columnas, se demuestra una vez más la calidad y el grado de madurez de la materia prima, y si estará en condiciones de reaccionar positiva y favorablemente, o sea, en el sentido benéfico y constructivo de la regeneración, a la experiencia de la putrefacción que representa esta Cámara.

El núcleo individual, el botón o capullo de rosa, que había indicado la madurez, antes de la experiencia ¿ha quedado intacto? ¿O bien, se ha marchitado? En este caso la experiencia debe interrumpirse, el candidato no llegará a ser recipiendario. Cuando el Muy Sabio proclame que la cruz se ha roto y la rosa se ha marchitado, no hace sino constatar su imperfecta preparación, y le invita a presentarse nuevamente más adelante, cuando haya logrado un grado mayor de madurez.

También en la vida, no siempre puede uno hacer frente satisfactoriamente a las demandas de ésta; pero, en este caso, las mismas demandas se le presentarán nuevamente, más tarde al pasar por el mismo recodo después de un tiempo más o menos largo, y cuando haya cumplido según se requiere le será posible ir adelante. Las cruces de las dificultades, dolores y adversidades se forman y se rompen alternativamente, volviéndose a formar nuevamente toda vez que no hayan logrado la rectificación del carácter para cuyo objeto se habían producido: cuando esto se consiga, la rosa de la armonía y del conocimiento se abre y se despliega en el medio de aquéllas, y así las vence y las resuelve superándolas definitivamente. Pero, mientras no se hayan dominado por medio de una rosa que no se marchite, no se puede evitar encontrarlas nuevamente; pues detrás de ellas obra la misma Ley Divina del Amor.

Cuando "la rosa no se haya marchitado" el candidato estará en condición de prestar el juramento, que no es otra cosa sino hacer otros tantos propósitos de los diferentes puntos que fueron progresivamente objeto de su atención y reflexión en el curso de los siete viajes preliminares a que acabamos de hacer referencia.

Esos puntos, columnas o virtudes representan la Ley de la Orden, y los principios de la vida, cuya fiel observancia le permiten al Masón ser un leal caballero del águila y del Pelicano, o sea, de la Rosa y de la Cruz, Caballero en todos los puntos cardinales (en toda la expresión de la Individualidad y de su Ser Divino), después de haberlo sido únicamente en Oriente, por sus aspiraciones y sus esfuerzos activos en el Camino de la luz. Claro está que, si no los conoce y

reconoce, a mayor razón tampoco puede lealmente tomar una obligación que precisamente se refiere a su fiel cumplimiento, y por esto el Amor y la Sabiduría igualmente aconsejan alejarle de ser infiel a sí mismo, tomando obligaciones con las cuales no está todavía en condición de poder cumplir. Siempre es el juicio del propio discernimiento individual aquel que abre y cierra cada vez la puerta de su progreso futuro; ese juicio, inapelable por el momento, puede, sin embargo, ser disuelto y anulado por completo, en cada nueva oportunidad, cuando su discernimiento se haya hecho más claro, más profundo y maduro.

No hay otra sanción o penalidad para el no cumplimiento de esas obligaciones que la de someterse voluntariamente a las mismas consecuencias de esas faltas, viniendo así en armonía con el propósito de la vida, y cosechando con la experiencia negativa de la caída, la Fuerza y el Conocimiento que impidan en lo futuro recaer en la misma. Dado que el Amor es, en todo caso, el perfecto cumplimiento de la Ley.

EL HOMBRE EN LA CRUZ

En este momento, es cuando se abre la cortina del Oriente, y se presenta delante del candidato, hecho recipiendario, el Hombre en la Cruz, como primera vislumbre de la palabra, para cuya búsqueda se han reabierto los trabajos, y se le ha franqueado el ingreso a la Cámara Negra.

No se trata aquí de un emblema religioso, con una particular significación histórica y dogmática, sino de un símbolo universal, con significado igualmente cósmico y místico individual. Ese crucificado es el mismo Logos, la palabra creadora, expresión de la Gran Realidad en el proceso de su manifestación o revelación en la materia, sobre la doble línea que constituye la cruz o telar del Tiempo y del Espacio.

Esta Cruz o telar, extiéndase, en el sentido del Espacio, de arriba abajo, o sea, del Mundo Trascendente, que es plenitud ilimitada (en sánscrito purna), al Mundo Objetivo, en que esa Plenitud nos aparece circunscrita por determinadas limitaciones (apurna), del Reino de los Cielos, o dominio de los Principios Eternos, al de la realidad fenoménica, que es igualmente el dominio de los efectos transitorios. Y, en el sentido del Tiempo, de la izquierda a la derecha, o sea, del Pasado al Futuro, que se hallan representados también por los dos ladrones.

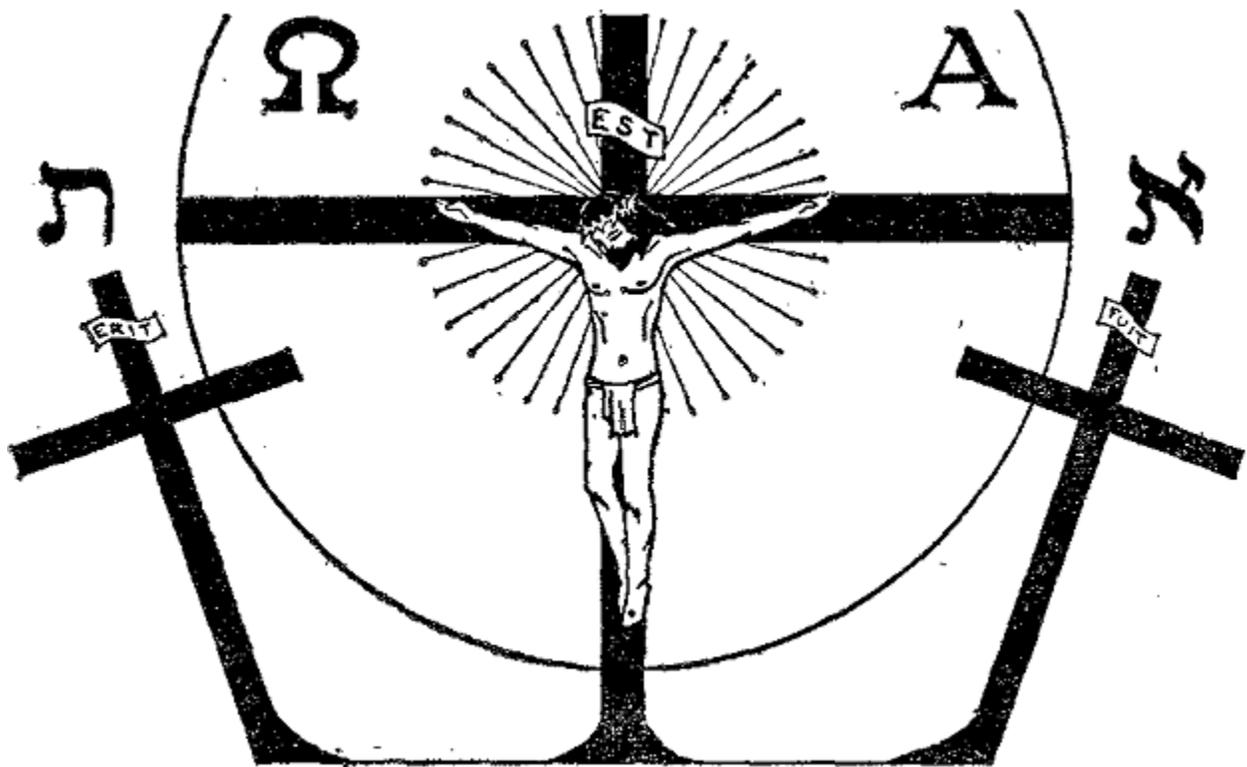
Estos dos últimos son indicados, a veces por dos cruces más pequeñas, inclinadas, o bien por dos cirios encendidos que alumbran la vía perfecta central, que es el Tao o tau, o sea, la Cruz. En la religión mahometana están representados por dos ángeles, que se hallan el uno a la izquierda y el otro a la derecha de cada hombre, a los que el creyente se dirige, inclinando la cabeza a cada lado, al terminar su plegaria. También hay un significado equivalente en las dos figuras de mujer que, en el VI Arcano del Taro, están a los dos lados del joven, representando la una sus propensiones pasivas, que son los frutos y tendencias naturales del pasado, y la otra sus ideales y aspiraciones positivas que le impulsan a progresar y le llevan adelante.

El pasado siempre tiende a esclavizarnos, circunscribiéndonos en nuestras limitaciones anteriores, toda vez que propendemos y nos inclinamos de su lado: es aquel que nos condena y reprocha, con su remordimiento, como el ladrón malo a Jesús, fortificando la conciencia tasmática de la ilusión material. Mientras en el futuro no hay condenación, sino esperanza de posibilidades siempre nuevas, más elevadas y mejores; el mismo nos impulsa a la acción, y su influencia es, por lo tanto, rajásica.

Sin embargo, la verdadera realidad **-y con aquélla, la Paz, la Felicidad y la Satisfacción duradera-** no se encuentra ni en el uno ni en el otro. Los dos son igualmente ladrones (a pesar de que el segundo sea comparativamente bueno, y el de la izquierda malo), dado que ambos nos roban **-toda vez que nos inclinamos hacia ellos-** el sentido de la Eterna Realidad (o sea, nuestro Padre Celestial), que sólo puede encontrarse y comulgarse dentro del presente, sobre el Recto Sendero vertical representado en la Cruz. Hasta que seguimos inclinándonos de los dos lados, nos parece que ese sentido nos haya abandonado. Pero, al dirigimos hacia arriba, lo encontramos nuevamente, y como Jesús, podemos decir a esa Realidad Eterna: "En Tus manos ¡OH Señor! encomiendo mi espíritu."

Esa realización sárvica, llena la conciencia de Paz y Felicidad indecible: el verbo encarnado o sea, **-el hombre-** se encuentra nuevamente a sí mismo en su propia divina realidad: se reconoce en la Imagen Eterna e Incorruptible de su propia perfección inherente, en su carácter inmortal que no puede ser afectado, herido o limitado por ninguna circunstancia exterior, divinamente libre y partícipe de la Omnipotencia del Padre, y de esta manera libertase interiormente de toda limitación externa y adquiere un dominio completo sobre las condiciones que le habían anteriormente circunscrito y herido.

Así como el Verbo Cósmico, así también el verbo individual **-que es, como aquél, igualmente Verbo de Dios-** se halla aparentemente crucificado en las limitaciones externas, por efecto de la Ignorancia (avidia) y de sus malos compañeros: (avrutti, el de Tamas y vixepa, el poder rajásico); o sea, el que circunscribe y el que continuamente se esfuerza en destruir esas. Circuncripciones. Pero, está en su poder el librarse, aquí y ahora mismo por el discernimiento de la Realidad **-la lanza que traspasa el corazón-** dominando y redimiendo la manifestación externa, pues ese Dominio y esa Redención son precisamente el propósito y el objeto de la Gran Experiencia.



EN BUSCA DE LA PALABRA

Dado que la crucifixión tiene ese objetivo, precisa esforzarse en la búsqueda de la palabra libertadora, la que nos hará manifiesto el mismo Verbo de Dios. De aquí la necesidad de viajar nuevamente, uniéndose todo el Capítulo con el recipiendario en ese esfuerzo.

El viaje se verifica en la oscuridad, símbolo igualmente de la Ignorancia, así como del Misterio, dado que esa Palabra o Realidad no se puede encontrar en la luz exterior: su propia luz, al contrario, es aquélla que únicamente puede guiarnos, según logramos encontrada o encenderla dentro de nosotros mismos. Esa Luz se nos hará en un principio patente por sus efectos. Uno de esos efectos es la Caridad, o sea, el Amor que nos anima en nuestros viajes terrenales, como motivo interior de nuestras acciones.

Pero ¿trata de verdadero amor, o bien de la pasión egoísta de nuestro ser inferior? Ese Amor ¿es realmente vairágico (desapasionado), o bien es una forma de raga, la pasión? Delante de la prueba la luz se apaga, por lo tanto no sirve para guiarnos.

Nos queda todavía la luz de la esperanza hacia la cual se dirigen nuestros pasos. Aunque el presente no nos satisfaga, pensamos y esperamos que el futuro será más satisfactorio, y que encontraremos allí aquella felicidad que actualmente se nos niega. ¡Ilusión! Nuestra esperanza no está puesta en lo Real, y mientras pensamos lograda, encaminándonos en dirección del Occidente, ¡he aquí!, su luz se apaga al llegar junto de ella: lo que hemos logrado a costa de tantos esfuerzos no nos satisface, y por lo tanto, nuestra esperanza se encuentra decepcionada por su propia realización.

Una débil luz sigue, sin embargo, brillando del lado del Norte, cerca del Oriente: es la luz de la Fe. ¿Nos engañará ésta como las dos anteriores? ¿Hay algo, en nuestra Fe, o bien se trata únicamente de una creencia que no tiene otro fundamento que la ilusión? ¿Nuestros esfuerzos para encontrar la Verdad han de ser constantemente decepcionados, por no haber tal cosa que se llama "Verdad"? ¿Hemos de concluir como Pilatos, al oír las palabras de Jesús: Quid est Veritas?

Nos acercamos con temor delante de esa pequeña luz, pues, si se apagara quedaríamos en la oscuridad más completa. Si nada hay en la vida que sea verdadero, si todo es ilusión y nada más que ilusión, ¿en qué podemos confiar? ¿Dónde podemos poner nuestros pies? ¿Dónde podemos establecer y descansar

esa constante inquietud rajásica que nos impulsa a perseguir inútilmente objetos que no tienen realidad?

Nuestra mirada se ha hecho más aguda, por el discernimiento que hemos ganado de las anteriores experiencias negativas, y según nos acercamos a la fe, vemos que esa luz no se extingue como las anteriores, y tampoco se mueve: queda firme y se hace siempre más clara. Entonces percibimos qué es en realidad el fulero del mundo fenoménico, el eje inmóvil en derredor del cual todo el universo aparece moverse. Como su imagen visible, la Estrella Polar, es capaz de orientarnos y dirigimos rectamente, dondequiera que estemos, hacia el Norte de la Eterna Verdad, oculta en la variada experiencia de nuestra vida sensible.

Encontrada esa luz permanente, que nunca se apaga, si bien escondida por la claridad deslumbradora del día (la luz exterior de la apariencia), el Muy Sabio sale, acompañado de los Cab.: que se sentaban al Or.: Le siguen sucesivamente, en las vueltas siguientes, los dos MM.: Vigilantes con los HH.: de sus respectivos Valles, y quedan con el recipiendario los expertos y el maestro de ceremonias. Las principales facultades del alma tienen que eclipsarse y desaparecer momentáneamente, después de habernos guiado y conducido al objetivo fundamental de la meditación.

Piensa en ti mismo, le dice el maestro de ceremonias alejándose a su vez. Encontrada la fe, hay que fijar la mente sobre la realidad de nuestro propio ser, para adquirir el más claro discernimiento de nuestra naturaleza verdadera (atmaviveka). Otra de las que habían quedado, se va igualmente, diciendo: Piensa en nosotros o sea, **-en tus propias facultades-**, en toda la que te sirve en el mundo de la manifestación y es parte de ésta, y par la tanto, distinta de la interna realidad individual del Yo.

EN LA CÁMARA INFERNAL

La concentración en sí mismo, es el esfuerzo por adquirir el discernimiento de la propia Realidad, es al mismo tiempo descenso y elevación. Tiene una que descender en las profundidades de la tierra **-lo que se halla dentro de la apariencia exterior, de la que únicamente conocemos la superficie-** e igualmente elevarse en las alturas de la meditación hacia la Suprema Realidad, que es el mismo reino de los cielos o Dominio. Celestial, es decir, la que hay de más trascendente.

Los dos términos son realmente equivalentes expresando una misma cosa y una misma experiencia, desde dos puntos de vista y con palabras aparentemente antitéticas: Plutón es el propio hermano de Júpiter, entendida como Realidad Celestial, de la misma manera que Shakti **-el poder a realidad de Prakriti, la Materia es un aspecto consorte del mismo Shiva-** Brahmán, la pura y eterna realidad de la Conciencia y del Ser (Sachchidananda). Buscando, la esencia y sustancia prima de la realidad terrena, y aquella del yo o del Ser (el atma), nos enfrentamos con la misma realidad esencial y somos testigos de su divina unión y de su " Inefable Unidad.

Igualmente, desde el punto de vista del simbolismo alquímico, esa prueba a fase de la abra, que sigue a la nigredo o putrefacto, es la que se llama albedo o distillatio, o sea, la acción purificadora del fuego que consume y destruye las pasiones inferiores y toda clase de impurezas, para elevar y sublimar las partes más esenciales y las facultades más nobles del alma. Por lo tanto, tenemos aquí un aspecto de las propias catarsis de los misterios helénicos y de la gnosis.

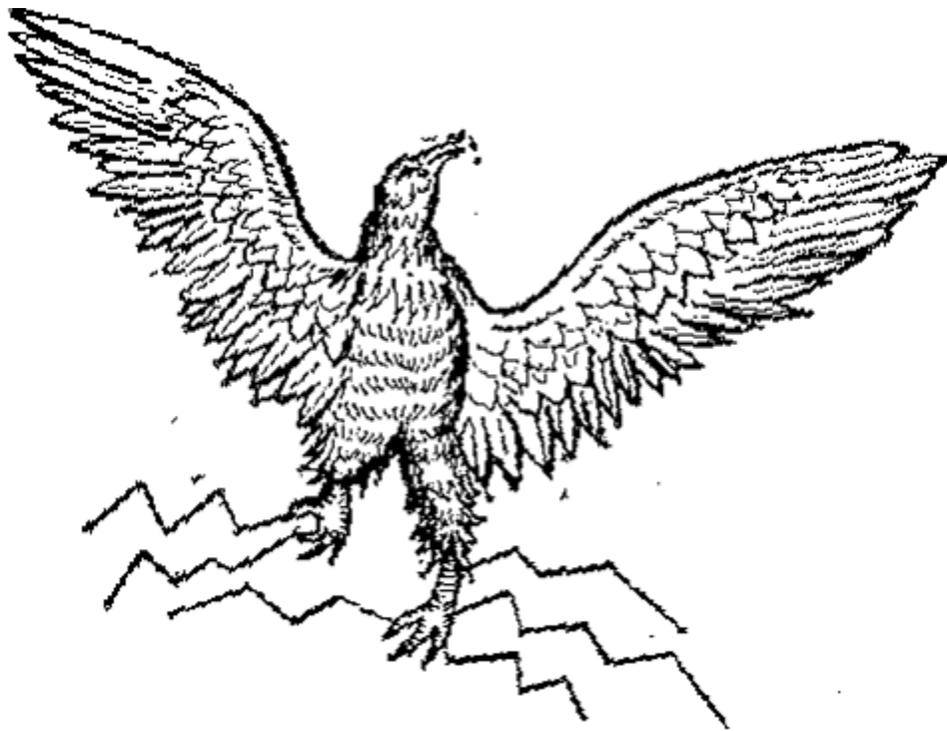
Dicha purificación puede efectuarse igualmente con y sobre el pensamiento, como por medio de la voluntad: en los dos casos, el discernimiento es aquél que definitivamente separa lo real y esencial, de lo ilusorio, destruyendo nuestro apego a ese último y desatando todas nuestras ligaduras kármico-pasionales. El mismo discernimiento es igualmente aquél que nos libera de la ignorancia tamásica y de la inquietud rajásica **-respectivamente producidas por avritti y vixep-** superando la primera y dominando la segunda, de manera que las substituya un estado de perfecto equilibrio que es pura armonía sátvica.

Sin embargo, la experiencia del recipiendario en la cámara infernal, en la cual están representadas y se hallan encendidas todas las pasiones quemándose a sí mismas, manifiesta sobre todo el esfuerzo activo para adquirir ese dominio, substituyendo la Ignorancia (avídya) con el conocimiento (Gnasis a Jñana), e igualmente el estado de raga, a color pasional, con el de vairagia, que no es indiferencia, como alguno ha creído, sino la tranquilidad inalterable del espíritu, que ha adquirido un perfecto dominio de sí misma, por el discernimiento de la Realidad, y por lo tanto, cesa de ser alterado e influenciado por las cosas y las condiciones exteriores.

El otro aspecto de esta Cámara, la distillatio a sublimatio, se halla simbolizado por el Águila cuyo gluten blanco (pureza interna) debe aquí encontrarse, para lograr la capacidad de elevarnos, como el Ave de Júpiter en las

regiones más altas y trascendentes de la Realidad, en donde sólo la pureza del pensamiento y del sentimiento tiene el poder de conducirnos.

Finalmente, así como en la Cámara precedente hemos encontrada la fe en una Realidad Permanente, aquí hemos de recobrar la esperanza, que se basa sobre aquélla y le da el poder de establecerse en forma permanente y duradera, dentro de nuestra conciencia y en la vida exterior: aquella esperanza que se fija en lo real **-el advenimiento, del Reino de los Cielos, que no está fuera, sino, dentro de nosotros mismos-** y es el bálsamo, inmortal y el poder que regenera y transmuta nuestras vidas.



ISTAR y PROSERPINA

Sobre el mismo tema del descenso en las infernas, tenemos muchas y diferentes referencias mitológicas, que pueden ser consideradas como antecedentes de aquél que también el símbolo de Nicea atribuye a Jesús. En la tradición hindú, Yama es el primero al reconocer ese camino, después de lo cual se hace el dios o rey de las muertos; hay que considerar que ese nombre Yama significa sacrificio,

purificación, dominio de sí mismo, de donde puede derivarse la misma finalidad de la catarsis iniciática.

También el señor del Hades y dios de lo invisible (como lo indica su casco, que confiere esa cualidad) tiene atributos de dominio y poderes semejantes a los de sus hermanos Júpiter y Neptuno, dado que los tres pueden considerarse como distintas encarnaciones o aspectos de una misma Divinidad Soberana (el Deus Optimus Maximus).

En las tradiciones babilónicas es una deidad femenina aquella que extiende su dominio en los misterios del más allá. Es interesante el descenso en dicho dominio de Istar, la misma diosa del Amor, prototipo, según parece, de la Venus-Afrodita: al pasar por los siete cercos que rodean el reino infernal, la diosa ha de deponer sucesivamente sus diferentes atributos, adornos y trajes empezando con la corona de su autoridad, hasta quitarse el último limbo de la vestidura, apareciendo en su divina desnudez delante de la Reina de los Infiernos.

Pero, aquí, en las estériles profundidades del Aralu, tiene que quedarse como prisionera, hasta que no interviene el dios de la Sabiduría Suprema, Es, quien le abre el camino de su vuelta al Reino de la Luz, para que pueda nuevamente beneficiar a los mortales con el don de la fecundidad. El descenso es simbólico del alma que se encuentra a sí misma en su esencia más pura y real (el estado de desnudez) habiéndose sucesivamente despojado de todos los metales y atributos, o sea, de las cualidades externas y de todo apego a la personalidad y cosas no esenciales.

En esa profunda, inherente realidad, su fecundidad externa tiene que desaparecer, por algún tiempo, por faltarle a la misma el motivo y la razón (el deseo personal). Sin embargo, la Sabiduría **-que es el mismo principia creador-** interviene en este trance, haciendo que el alma vuelva a ser nueva y mayormente fecundado, expresando sus divinos poderes desde un punto de vista más noble y más elevado.

También el mito de Proserpina es una historia del alma humana, arrebatada violentamente por el Júpiter que domina en las misteriosas profundidades de lo invisible, al tratar de coger la flor de narciso que representa el sentido de la Realidad Ultrasensible. La Madre Divina llorará su pérdida en el dominio de la vida exterior; pero luego obtiene la sea temporalmente devuelta en el ritmo de la creación, dado que la Ley Rítmica lo preside y lo domina todo, manifestando la Sabiduría del Orden Divino, en el dominio del Espacio y del Tiempo.

Según esa Ley el alma tiene que pasar por determinados ciclos progresivos de transformaciones evolutivas, cuya imperfecta comprensión hubo de originar otra vez la creencia de la metempsicosis, entendida como pasaje sucesivo del alma por diferentes cuerpos alternadamente humanos y animales. Esa reencarnación progresivo-regresiva nunca puede ser atribuida al Ego Real que constituye la Individualidad humana, si bien tenga algo de verdad cuando se considere en relación con los elementos inferiores **-el cuerpo, sus deseos, instintos y pensamientos materiales-** que componen su personalidad, y que, al desprenderse de la primera, pueden muy bien ser atraídos y llegar a formar parte de seres, organismos y formas de vida inferiores, que de esta manera establecen cierto lazo de solidaridad evolutiva con el Ego creador de aquellas formas.

En conclusión, todo descenso en los infiernos, siempre representa una forma de purificación y concentración, siendo los dos términos sinónimos: todo estado esparcido y dividida **-el alma animada por inclinaciones y deseos diferentes y variadas-** es, por eso mismo, una condición impura, y sólo hay pureza verdadera en todo estado mental y emocional de firmeza, consistencia, unidad de propósito y perfecta concentración. El alma sufre realmente las penas del infierno, al ser como una cosa dividida por sus diferentes tendencias y opuestas inclinaciones, que la hacen sierva de los deseos y pasiones del cuerpo.

La liberación de ese estado de esparcimiento rajásica **-llamado en sánscrito vixipta-** se obtiene por medio de la disciplina de la Voluntad, que establece el arden sátvica en aquel dominio caótico, echando progresivamente todos esos demonios (tendencias centrífugas y divisorias), con cesar su propio apego y su identificación con los mismos, y logrando de esta manera la concentración unitiva que afirma y establece el dominio de la Divina realidad...

"I. N. R. I"

Esa experiencia y ese esfuerzo en las profundidades de uno mismo, discerniendo y separando lo esencial y real de lo no esencial e irreal, y reconociendo y estableciendo el dominio del primero, son precisamente los que nos llevan a conocer y realizar la mística palabra de este grado.

El Infierno o Judea, es el dominio natural del instinto y de la pasión (quod inferius): ese reino inferior, que corresponde al vientre en el cuerpo del hombre, ha de ser reconocido y ordenado de manera que cese su función tamásica (la de oscurecer la conciencia y la inteligencia en sus manifestaciones), e igualmente sea

superada la rajásica (el estado de inquietud que las divide y mantiene en sujeción), manifestando un estado sátrico, o sea, de ritmo y armonía, en el que únicamente puede conocerse la Verdad y afirmarse el reino de lo Real.

Nazaret, o sea, el estudio de la naturaleza, es el lugar por donde hay que pasar al salir del infierno judaico. Ese país (que se identifica ordinariamente con el pequeño pueblo e'Nnazir) está en Galilea, el círculo, país o lugar de las gentes (Galíl he'Ggoím), fuera y por encima de la Judea, de que es la puerta septentrional. Aquí se reconoce la génesis de los procesos instintivos de la naturaleza, y por lo tanto, se aprende cómo dominarlos y dirigirlos de una manera inteligente y racional, cesando de ser un estorbo y un obstáculo al progreso individual, y permaneciendo como sólida fundación (Jerusalén, la fortaleza de la paz) que descansa sobre la Armonía del ritmo de la Vida Divina y permite su siempre mayor elevación.

En otras palabras, mientras el primer país indica la parte o región dominada por la subconsciencia, que es lugar de origen de toda forma de vida y de inteligencia racional y superior, en el segundo tenemos el dominio de la personalidad consciente (o de las gentes), la luz o fuego (Nur), que llega a dominar las aguas (Yammin) de la vida y de la generación natural, las que en las místicas bodas de Canaán, han de ser convertidas, por medio de aquel elemento, en el vino de la regeneración espiritual. De aquella naturaleza o cualidad especialmente rajásica de esta región, así como tamásico es el carácter dominante de la primera Su correspondencia en el cuerpo es la región torácica, asiento del corazón y de los pulmones.

Rafael, la Compasión Divina que, como inspiración luciferina (el impulso a comer del fruto del Árbol de la Ciencia d Bien y del Mal), crea en el hombre la Razón, es quien nos guía en ese camino, por cuyo ejercicio establecemos un dominio inteligente sobre toda la manifestación inferior: a la que finalmente llegamos a regir o gobernar, de acuerdo con el ritmo armonía, que sustituye al estado rajásico y lo domina, como éste tamásico. Es ruah o el aire, el Aliento o Soplido de la Divina Inteligencia, el espíritu que llega a ser el Paráclito confortador, y del cuerpo es resh, la cabeza, el asiento del ritmo creativo y de las posibilidades superiores del hombre.

Geográficamente es la Siria o Damasco (que tienen en árabe el mismo nombre Shamu o shem), o sea, el nombre verdadero del nombre (namas o shem, el Nous platónico), y el nombre de Dios en el hombre (yo soy), al que la Oración Dominical nos dice de santificar. Estamos, pues, en el mismo lugar simbólico-

geográfico en el que más de una vez hubo de retirarse Jesús, para buscar confortad e inspiración, y en que luego San Pablo, y más tarde el fundador alegórico de la Fraternidad de la Rosa y de la Cruz **-establecida sobre el sentimiento de la fraternidad y fundamental identidad entre el Espíritu Padre y la Materia Madre de la manifestación universal-** recibieron su iniciación, conociendo al Cristo verdadero.

De esta manera aprendemos a dominar y dirigir nuestro impulsos, nuestra actividad instintiva y subconsciente, por medio de la razón y de la inteligencia, que afirman gradualmente, un grado siempre mayor, su poder y capacidad de regir aquél (según el grado de discernimiento que desarrollan). Este último, su vez, manifiesta la inspiración del súper-consciente, la intuición de la Realidad hipersensible, creciendo desde la primera vislumbre de la fe, en la esperanza que la establece, y en el amor que la manifiesta.

El campo de la intuición, que así se abre para nosotros, por encima del intelecto y de la razón, manifiesta la Divina Sabiduría (la Sophía gnóstica, como aspecto de la Madre Divina) en una forma súper-consciente, análoga y muy semejante al instinto, que es la expresión subconsciente de esa misma Sabiduría. Ahora, según en nosotros se despierta esa intuición y nos pone en estado de armonía con el Orden Divino, estableciendo su dominio sátvico sobre la razón, nos reconocemos de la tribu de Judá, o sea, de los elegidos en que obra esa facultad.

Simbólicamente la "tribu de Judá" comprende estos dos aspectos aparentemente opuestos de la región extra consciente de la mente: el instinto subconsciente y la intuición súper-consciente, el primero de los cuales nos revela nuestra naturaleza, y origen animal, y la segunda nuestra naturaleza y origen divino. Los dos expresan, en dos planes distintos la misma Sabiduría Suprema, y son partícipes de su omnisciencia, como grados de la escalera que nos hace crecer, elevándonos a la dignidad de hombres, para luego hacernos superar ese nivel, manifestando la gracia y sabiduría del Verbo Divino que trascienden la razón.

El mismo Cristo **-nuestra conciencia de la Verdad-** tiene que nacer, en un principio, en la obscuridad de la gruta de Belén (Bet Lehem, "la casa del pan"), en la Judea simbólica del dominio infernal de los instintos, para luego crecer en la luz de Galilea (el círculo o región de la conciencia), en donde, sin embargo, no se le reconoce su calidad profética de un porvenir trascendente o súper-humano. A pesar de esto, aquí encuentra sus primeros discípulos, o sea, las facultades que han de expresarle, iluminándose al contacto de esa luz superior, y predicando a la muchedumbre de los pensamientos, que es preciso guiar y disciplinar antes de

volver nuevamente en el dominio de los instintos y errores subconscientes (Samaría y Judea).

JESÚS NAZARENAS RED IUDETORUM

Jesús (en hebreo Yeshu'a "él salva") es, místicamente, la conciencia de la Divina Realidad en nosotros **-precisamente según el significado que también indica la palabra de pase de este grado-** que, habiendo nacido por obra del Espíritu Santo, en el alma que haya logrado un estado de pureza sátvica, llega a ser nuestro propio Salvador individual del error y del mal en todos sus aspectos.

Las palabras Jesús mihi omnia, que se leen, según el relato simbólico, de la Fama, sobre el altar de C.: R.: C.:, lejos de constituir la profesión de fe en el sentido de la ortodoxia exotérica, expresan en realidad este místico nacimiento en el sentido de la Vida interna del Espíritu que, como inspiración súper-consciente, llena completamente, rige y domina el campo rajásico de la conciencia personal, y el tamásico de la subconsciencia instintiva y de la vida natural, elevándolos y transmutándolos en perfecta armonía, de acuerdo con su propia naturaleza vibratoria.

Ese Salvador es nazareno, igualmente por su primera aparición en la región de la conciencia intelectual (la Galilea), como la luz espiritual que la ilumina ("El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz: los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos", Isaías, 9 y Mateo, 4), liberándola del yugo de la ley, por medio del evangelio de la Verdad, y por ese hecho, consagrado y dedicado como príncipe de la región consciente, para ser luego rey en Jerusalén, o sea, en el dominio de la subconsciencia.

Habiendo reunido en torno suyo las diferentes facultades del alma (los apóstoles), y logrado por medio de su predicación (la afirmación de la Verdad Espiritual Eterna en el dominio temporal de la conciencia vigílica), hacer muchos discípulos en los pensamientos que la reflejan, echando los demonios de los errores y falsas creencias atávicas **-que, sin embargo, antes de desaparecer, se refugian naturalmente en los puercos, o sea, los instintos y regiones inferiores de la subconsciencia-** preciso es ir a Jerusalén, en donde únicamente puede completarse la Gran Obra de Redención, que es la regeneración individual.

Como los demonios, en Samaría y Galilea, aquí también el pueblo de Jerusalén -la muchedumbre de los instintos y pasiones animales- le reconoce como

rey e hijo de David, aclamándole a su entrada sobre la jumenta simbólica de la humanidad que siempre acompaña el completo dominio de uno mismo. Sin embargo, los temores y pasiones humanas, no pueden ver con agrado el descenso y la aparición de ese nuevo Rey, que amenaza por su presencia acabar con su dominio hasta entonces incontestado y se congregan secretamente, con el objeto de buscar la manera más apropiada para perderle, dirigiendo en su contra aquel mismo pueblo que había le acogido triunfalmente.

Los príncipes de los sacerdotes, que explotan al pueblo sacrificando la Verdad (los animales puros y sin mancha) al error (la falsa interpretación de la Ley Divina) le llevan delante de Pilatos (que personifica el escepticismo), el cual no entiende su testimonio de la Verdad y su Reino trascendente, y le hace conducir a Herodes (el temor), cuyo dominio se extiende sobre todo entre los errores de la región consciente. Este considera como locura la Divina Verdad, y le devuelve a Pilatos, que después de haberle inútilmente flagelado, acaba por escuchar la voz del pueblo de la subconsciencia, que pide su sacrificio. Empieza entonces la vía crucis, que hace manifiesta la pasión geométrica de la Piedra, que los constructores ortodoxos han desechado, y que sin embargo, ha de ser el fundamento (Yesod, o sea, la perfección del triple ternario) del Nuevo Reino (Malkut, la década).

LA SANGRE DEL PELICANO

Entramos al acto final del drama místico: sobre la cumbre del Gólgota (el lugar del cráneo), la piedra cúbica se ha abierto en la cruz, floreciendo y desplegándose, en la intersección de los brazos de ésta, la rosa de la Divina Verdad. La fuerza sutil, escondida en el propio corazón de la piedra, al abrirse ésta ha sido elevada como Hijo del Hombre, sobre la Tau, que es a la vez el Árbol de la Vida y el recto sendero vertical, o sea, la escalera que se apoya en la tierra y sube interiormente hasta el cielo de la Realidad Suprema, en donde no hay vacío, sino Dei Gloria intacta.

El mundo de la apariencia ha desaparecido momentáneamente, con esa muerte mística de la personalidad ilusoria, y la Eterna Verdad brilla con todo su resplandor divino, trascendiendo todas las condiciones limitadas del tiempo y del espacio: aquí y ahora, o sea, en la propia intersección de los dos brazos de la cruz que simbolizan esas limitaciones, se ha manifestado en su plenitud, el sentido de lo divino, como la Rosa que ha nacido en la Cruz.

Al abrirse el corazón de la Vida Eterna, se rasga el Velo del Templo: cae por completo la ilusión, destruyéndose su poder, y el sentido de la omnisciencia y omnipotencia, se expresa en un temblor que hace agitar toda la tierra, mientras difúndase la verdadera luz en el medio de las completas tiniebla de los sentidos.

¿No demuestra el hombre en la cruz, en esa suprema experiencia, ser verdaderamente el hijo de Dios? Toda duda se desvanece, y al mismo tiempo desaparece todo sentido de comparativa impotencia. ¿No está en ese momento, el hombre sentado a la derecha del Padre, partícipe de su Sabiduría y Poder, e intérprete consciente de su voluntad, en la Gran Obra de la Creación, restaurando todas las cosas de acuerdo con los Planes Divinos de su perfecto cumplimiento?



La sangre purísima de la Vida Divina, esa sangre incorruptible de la Eternidad, que derrama el Cordero de Dios en toda forma de vida y existencia manifiestas, es igualmente la Piedra Filosofal, que tiene el poder soberano de

transmutar y ennoblecer todos los metales y los elementos, y también la Panacea Universal, o sea, el remedio de todo mal, el bálsamo de toda herida, dolencia y dolor.

Aquella sangre es precisamente la que ahora brota de adentro en el propio corazón regenerado por la Virtud, manifestándose como el Amor que es poder y el poder que es Amor. Eso representa alegóricamente el pelícano, que abriéndose el pecho con su propio pico **-el discernimiento de la Divina Verdad-** de esta manera alimenta a sus hijuelos: facultades o poderes activos que sirven para expresarle, como las siete luces del candelero, simbólicas de las siete virtudes y de los siete dones del Espíritu Santo, que de tal manera se encienden.

Ese pelícano es así la imagen viviente de la Sabiduría que se expresa por medio del Amor, o sea, la voluntad activa del Bien, iluminada por el discernimiento más claro, más profundo y más elevado de la Divina Verdad. Pues, si la Fe y la Esperanza, son las dos luces o facultades gemelas que nos guían e iluminan sobre el Camino de la Verdad, ni ésta ni aquéllas pueden hacerse completas y ser fecundas en sus resultados, sin el Amor que se hace manifiesto como Caridad, en el sentido más noble de esta palabra.

La caridad iluminada del Iniciado, es pues, algo muy distinto de todos aquellos esfuerzos piadosos que, descansando en la ilusión, contribuyen muchas veces en acrecer y hacer crónicos aquellos males que buscan remediar. Es la caridad clarividente que busca y discierne la raíz y origen del mal en el propio corazón, y de esta manera contribuye en aliviado de una manera efectiva, duradera y permanente, acercando así la llegada del Reino: la caridad verdadera de que nos dio el ejemplo más luminoso el Maestro Galileo, quien no fue precisamente un dador de limosnas, aun cuando todos sus actos, palabras y pensamientos fueran inspirados por el Amor.

IGNE NATURA RENOVATUR INTEGRA

La palabra que hemos podido encontrar, por medio de la purificación del elemento personal que constituye la manifestación de nuestro ser, nos lleva en Íntimo contacto con el propio agente de aquella manifestación, que es el fuego interior que produce la vida en todos sus aspectos, el misterioso flogístico de que se sirve la naturaleza en todas sus obras, produciéndolas, conservándolas y reformándolas, y apareciendo así, a veces como Creador, a veces como Conservador, y otras como Destructor.

Es un fuego filosófico, o sea, inteligente, encarnando la Divina Sabiduría, que por su obra nos lleva a comprender, dado que actúa no solamente en lo físico y lo material, sino igual y especialmente en nuestra psiquis, y también en nuestra más sutil esencia espiritual, de la que es el principio animador.

Por lo tanto, en su naturaleza más profunda y en su aspecto más elevado, el Fuego se identifica con la Divinidad, de la que es el símbolo material más puro y apropiado: es el celeste Inir o Indra, que veneraban los arios antiguos también en su aspecto terrenal Igon o Agni, que llegó a ser entre los latinos el Ignis, que enciende, y por lo tanto, se expresa en su propia víctima sacrificial **-el signo Aries, del zodiaco-**, entrado en el ritualismo de la iglesia romana como Agnus Dei, el Cordero de Dios.

Ese Fuego que adoraban, y siguen adorando los Parsis, como el más puro elemento y la más pura expresión divina, es el mismo en que Dios aparece a Moisés como un zarzal ardiendo, e igualmente como el Fuego que quema y hace temblar la cumbre del Sinaí, al hacer manifiesta su voluntad. Y es el mismo a que alude San Pablo, habiéndolo reconocido como mística realidad (Hebr., 12-29): "Porque nuestro Dios es un Fuego Consumidor".

El Zeus del helenismo, como Señor del Rayo, así como el Thor de los pueblos germánicos, encarna ese mismo principio; y al manifestarse, por habérselo prometido, en toda su gloria divina a su amante Semelé, no puede a menos de abrasada, ocasionando de esta manera la prematura salida del niño Dionisio, todavía incompletamente formado, al que Júpiter tuvo que coser por otros tres meses a su propio muslo.

Ese Fuego que consume la naturaleza mortal y hace inmortal al que sabe resistir su poder purificador y regenerador, es el mismo que usa Deméter, procurando hacer de esta manera incorruptible y no sujeto al destino común de los hombres, al niño Demofonte que Metanira, esposa de Celeo, había confiado a sus cuidados. Y es el propio fuego filosófico que usan los alquimistas verdaderos en sus místicos trabajos, cuyo objeto es constantemente revelar y restaurar, haciéndola manifiesta sensiblemente la Divina Perfección de la materia prima, que se encuentra en estado latente, en todo ser, en toda cosa y forma exterior.

La rosa es otro símbolo de esa interna perfección filosófica Ideal y Divina, que se expresa exteriormente por su florecer, derramando el perfume que la hace patente a nuestro sentido más material. Por su color también representa la aurora la celeste Usha que anuncia y profetiza esa Perfección, representada por el resplandor y la gloria del Sol que se levanta, para iluminar el día de la Verdad, después de la

noche fría y oscura de la Ignorancia. Este color, precisamente indica en la **-Gran Obra que se ha encontrado la piedra filosofal-** el sólido conocimiento operativo de la Verdad, o sea, la palabra que se busca en este grado en que la misma Madre Divina se hace manifiesta, para parir al Hijo de Dios.

Ese Niño Divino, cuyo nacimiento que es resurrección, en dos formas distintas, se ha celebrado desde épocas remotísimas, y todavía se sigue celebrando, en el Solsticio de Invierno y en el Equinoccio de Primavera, es aquél que el propio fuego simboliza, al ser producido **-como la rosa en la cruz-** en la pramantha, cruz de manera que dio origen al símbolo de la svástica, y también su nombre a Prometeo, el profeta inspirador de la humanidad, y el primero en revelar el fuego a los hombres. El mismo nombre Deus-Deva-Zeus, ¿no significa el luminoso, el brillante, el resplandeciente, o sea, el atributo natural del día y del sol, como igualmente del fuego?

LA RESURRECCIÓN HERMÉTICA

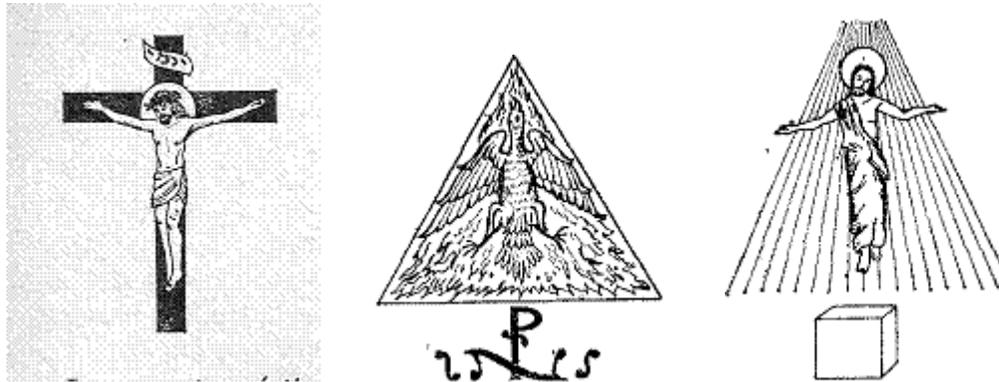
Sin embargo, en su aspecto de renovador y regenerador, su festividad más apropiada es el principio del año solar, o sea, el equinoccio primaveral, cuando el Sol entra en el signo de Aries, el Cordero celeste o Divino, y así una nueva vida aparece para toda la naturaleza, y especialmente la vegetación.

En esa misma época (o sea, el mes de anthesterión), se celebran los pequeños misterios de Eleusis, siendo el tiempo del año en que Coré-Perséfone es restituida a la madre, saliendo de los infiernos en que reside durante el período invernal.



Al fuego sagrado que se encendía en esta época del año -como también lo acostumbra el ritual romano encendiendo el sábado santo el fuego nuevo y el cirio pascual, por medio del triángulo (Ese triángulo nos recuerda el que se halla en el

cielo, precisamente sobre la cabeza de la constelación de Aries) símbolo de la vida renovada de la naturaleza, ofrecían los arios primitivos pan y soma (equivalente del vino, como la esencia espiritual y la sangre de la vegetación), después de haberle ungido con manteca: de aquí el nombre de akta-agni o Agnus, y de Christós en griego.



La festividad especial de los rosacruces, el jueves santo (el día de la C., según la Fama), es igualmente la glorificación del fuego místico o filosófico, que regenera y renueva toda la naturaleza, y por cuyo ardor interno, que consume y destruye todas las impurezas físicas y morales **-el segundo bautismo de que hablaba Juan-** igualmente el ser del hombre se renueva físicamente y se reintegra espiritualmente, resurgiendo en toda su fuerza la Vida Elevada **-crística o hirámica-** de la Individualidad, por medio de la crucifixión de la personalidad.

La muerte mística (In Iesu moriemur, Reviviscimus per Spitem Sanctum) de los rosacruces, simboliza por la cruz de la crucifixión -o sea la cruz latina, en que predomina todavía la parte inferior, alegórica de la personalidad terrenal- y la pasión de la piedra es la muerte en la ilusión de la personalidad.

Para que el Ser Verdadero (la vida hirámica) pueda ser levantado o exaltado, resurgiendo en su gloriosa plenitud, después de la muerte o regeneración de la Piedra que, como sepulcro, le ocultaba en la ilusión de su propia ignorancia, efecto del obscurecimiento tamásico. Es entonces, al aparecer de la rosa, o del color rosado de la aurora, cuando la piedra bruta del hombre ordinario, después de haber sido piedra labrada o cúbica en el hombre cultivado o iniciado que se esfuerza en el sentido de la perfección **-el sepulcro formado por esa piedra, y la cruz de la pasión, son dos símbolos de una misma realidad-** llega a ser, por su resurrección

hermética, la propia piedra filosofal (que se identifica con la rosa mística), habiendo vencido el estado tamásico que representa la sal, por medio del rajas del azufre, y finalmente encontrado el mercurio filosófico, que representa el estado sátvico de la pureza divina o ideal.

El color rosado de la llamada Cámara Roja, es otro símbolo de la piedra filosofal o de la resurrección hermética, que también representa el ave Fénix, sagrado al dios Hora, entre los egipcios y, hermosa alegoría de la regeneración individual, que fue uno de los símbolos preferidos por los alquimistas y los rosacruces. Representa ese color el ultra violeta (pues, pertenece a una octava de vida superior, y no debe confundirse con el rojo ordinario, que es el rajas de raga, la pasión), o sea, el estado de rajas purificado al encontrarse la Palabra de la Verdad, que restablece la armonía divina (el Reino de los Cielos), en el dominio individual: el amor puro, simbolizado por el Pelicano, que, para el Hombre Liberado, es el motivo impersonal de todas sus acciones.

IN NOBIS REGNAT ILLE

Habiéndose encontrado la rosa filosófica (In Nobis Rosa Invenitur), que es la Sabiduría del Amor, o sea, el nitro del rocío (Igne Nitrum Roris Invenitur) -la sal de la tierra, en el sentido que le atribuye Jesús, como sabiduría terrena, nacida de la inspiración celestial- conocemos ahora la palabra viviente, el Verbo o Logos Divino que nos anima, y es Su Nombre, que cada uno de nosotros ha de glorificar en todo lo que hace.

Con eso la Gran Obra ha llegado a su término **-o sea, uno de sus términos, cumplimiento relativo, muy lejos de ser absoluto-** siendo el hombre potencialmente regenerado, por la mística virtud de ese Nombre, que se identifica con el Hombre Divino, creado en el principio por Dios "en su imagen y semejanza", o sea, el plan perfecto del G.: A.:, para cuya siempre mejor expresión se halla ahora en condición de cooperar iluminadamente.

Únicamente cuando pueda decir con pleno conocimiento In Nobis Regnat Ille **-la Vida Elevada divina, crística e hirámica-** estará el recipiendario en condición de pronunciar la palabra de pase y ser ungido, armado y proclamado C.: R.: C.:, Caballero de la Verdad, que sólo puede alcanzar la inteligencia cuando se regenere como el Águila jupiteriana, y del Amor, que expresa el Pelicano.

Una antigua leyenda oriental, nos muestra pues en el águila el mismo proceso de la regeneración individual, dado que dicha ave debería (según esa

leyenda), rejuvenecerse cada diez años, elevándose primero en raudo vuelo hacia el sol, para luego precipitarse y sumergirse en el mar, de donde sale purificada, con nuevas plumas, nacidas en lugar de las que se le habían quemado por el fuego solar. Es, en otra forma, el mismo símbolo del Fénix hermético, con la diferencia que en este último el renacimiento o paligénesis que se verifica de las propias cenizas, producidas por el ardor de un fuego interior, es más completo y radical **-verdadera resurrección-** parangonable a aquella de los huesos en la visión apocalíptica de Ezequiel.



Pero, en lo que particularmente se refiere a este grado, eminentemente filosófico, deben verse en las dos aves, cuyos nombres y símbolos se le acompañan, los emblemas de la Sabiduría y del Amor, y de la armonía perfecta que los une y enlaza, entre las dos piernas del compás, que de la mejor manera relaciona la periferia con el centro de toda manifestación. Hacia la Sabiduría y el

Amor, y los poderes que de ellos derivan, **-las siete luces del candelabro y los siete hijos del pelícano-** debe pues constantemente esforzarse, el Caballero de la Rosa y de la Cruz, o sea de la aurora ideal que reconoce al Oriente, y de la sombra que esa luz proyecta al Occidente.

El Águila también indica, por su vuelo, la dirección del Norte, en donde se dirige la inteligencia en su búsqueda de la Verdad, iluminada por la luz de la fe igualmente el Pelícano ha de buscarse en las regiones del Sur, como el amor que se manifiesta en la fecundidad inextinguible de la naturaleza. En cuanto a la Cruz, es la que realiza la esperanza mesiánica de la Estrella, que se encuentra en el camino del Occidente, mientras la Rosa es la aurora de la vida nueva que constantemente aparece al Oriente, para cumplirla.

También puede verse en el Águila el emblema de la Sabiduría Creadora del Padre (Zeus o Brahman), mientras el Pelícano representa el Amor o Fuerza Creadora de la Madre Divina, la luz latente e indivisible del primero, que en la segunda se hace manifiesta en los siete colores (representados por sus hijuelos), que constituyen las siete notas vibratorias de la Naturaleza, que encienden las siete luces del candelero, y se conducen en infinitas octavas en toda la gama de su múltiple expresión: pues, cada una de ellas es al mismo tiempo luz y sonido, nota y color, facultad activa y poder de percepción.

Igualmente, la rosa, muestra el centro de la Unidad, que se expresa como multiplicidad en todos los seres y formas de la creación, la conciencia de lo Eterno y la Divina Omnipresencia que trasciende todos los límites del tiempo y del espacio. Mientras la cruz, es naturalmente emblemática de dichas limitaciones, y del campo de la relatividad en el cual, la Eterna Realidad que aquella representa, parece manifestarse de una manera progresiva y gradual, naciendo y floreciendo sucesivamente, para luego desflorecer y morir.

Sin embargo, a pesar de esa apariencia, no cesa de ser su carácter verdadero eterno, inmortal e incorruptible, pues, como Divina Realidad, nunca cesa de existir, y nada puede destruirla y manchar su inherente perfección. Conciliar esa conciencia de lo relativo que indica la cruz, y de lo eterno que representa la rosa, en su constante florecer; expresar la inteligencia y el agudo discernimiento que indica el Águila, con la bondad operativa y desapasionada que simboliza el Pelícano, de manera que lo Divino que vive en nosotros, pueda manifestarse en una forma siempre más perfecta y elevada, reinando en todos los aspectos de vida interior y exterior: he aquí la enseñanza que nos dan y la tarea que nos proponen esos símbolos del grado de Rosacruz.

CONSAGRACIÓN

Característica en la consagración de este grado es la unción de la frente y de la mano derecha del recipiendario, que puede considerarse como un verdadero crisma u ordenación. Esa unción indica la consagración y el reconocimiento de la misión especial que le compete a todo Cab.: R.: C.: que quiera hacer honor a ese nombre, en su calidad de Príncipe y Sacerdote de la Verdad y del Amor, en el sentido más profundo y en la acepción más elevada de estas palabras. Se le reconoce la Calidad de Caballero del Cristo, como en las místicas leyendas del Santo Grial **-Caballero de la Verdadera Luz, que ha de esparcirse del Norte al Sur (desde el dominio puramente intelectual y frío de la fe, al ardor fecundo de la caridad verdadera)-** y difundirse del Oriente a Occidente, o sea de la Rosa de la Vida Divina que constantemente florece, sobre la Cruz del mundo que ilumina la llameante estrella de la esperanza.

El aceite de la unción, nace del olivo de la Paz, y por lo tanto atesta y contesta de por sí el significado de la palabra de paz. La verdadera paz, la paz profunda inalterable del corazón, la compañera inseparable del haber encontrado al Cristo Viviente en el Santuario del Alma como Dios en nosotros: «Eiréne hymín».

➤ " ... Mi paz os doy: no como el mundo la da, yo os la doy" (Juan 14-27).

Ese olivo, antiguamente consagrado a la Madre de los Dioses Cibeles, así Como a la diosa de la Sabiduría Vencedora, es por la iglesia católica un atributo y símbolo de María, la mística oliva y el bálsamo viviente del Espíritu Confortador. Por medio de aceite, oportunamente consagrado, los primeros discípulos de Jesús procuraban aliviar toda clase de enfermedades.

También la capa o casulla blanca que se le pone sobre los hombros al Caballero que acaba de ser recibido, es un símbolo de Paz interna del alma, de la constante serenidad del espíritu, que ningún factor y circunstancia externa tiene el poder de turbar y destruir, sino que, como el aceite se derrama, por medio del pensamiento, de la palabra y de la acción, y de esta manera aquieta y tranquiliza las olas de la adversidad. Indica la vestidura sátrica de la mente de "los que han venido (o superado) de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero" (Apo. 7-14); o sea, en la pureza de la intención que domina y rige todas sus acciones

La cruz latina roja que aparece sobre el pecho del lado derecho, y también posteriormente, recuerda y afirma esa constante purificación, por la mística virtud

de esa sangre, que es la propia Vida Divina, reconocida y santificada en el corazón: es el color que patentiza el haber sido encontrada la rosa en la cruz, el león rojo o piedra filosofal que permite tomar parte activa en la Gran Obra de restauración o redención de la Ekklésias del Cristo Verdadero.



La espada que recibe la mano derecha, representa el poder de la Verdad, que sólo el alma purificada y libre del error y del temor, se halla en condición de recibir y usar. Sería inútil aspirar a ese poder, antes de haber cumplido con los requisitos que se requieren: la pureza sárvica del alma que ha superado el raga turbador de la pasión y que indica la casulla (también emblema del místico recogimiento que se necesita para conseguirlo) y el discernimiento claro de la Verdad, que nunca se deja vencer e ilusionar por el error o el temor. Pues, como la lanza sagrada en la leyenda de Parsifal, esa arma hiere al incauto que cree poderla usar en defensa de su propia ilusión.

El signo y el contra signo de este grado son profundamente significativos, indicando el místico reconocimiento del Padre y de Madre Divina, y también la Ley hermética de la Analogía Quod est superius est sicut quod est inferius. Pero, sobre todo representa el conocimiento de la Divina Verdad (Sophía o Junón), que debe afirmarse y hacerse operativa en el dominio inferior de la manifestación: Hágase Tu Voluntad como en el cielo Mundo de la Perfección Ideal y Absoluta, así también en la tierra (el Mundo Visible de la vida manifiesta.) también hacen alusión al vuelo del Águila, en el esfuerzo de Conocer la Verdad que debe acompañarse con la virtud del Pelicano, expresando y usando las actuales capacidades, en beneficio de los demás.

La marcha repite una vez más el simbolismo del número 3, que también se encuentra en la del Aprendiz; pero, esta vez los pasos no son como entonces cuidadosamente medidos por la regla y escuadra: son los pasos seguros de quien conoce el camino y ha encontrado en su propio corazón la luz verdadera que sola puede realmente iluminarlo. Aluden al progreso constante de quien se halla iluminado por la Fe, sostenido por la Esperanza, dirigido por el Amor.

La batería muestra la relación naturalmente establecida entre el ternario y el septenario, según aparecen por ejemplo, en el simbolismo de los días de la semana y de la creación. Representa musicalmente el llamado Sello de Salomón, y de la misma manera sintetiza el proceso de la Involución y de la Evolución, de' la Caída y la Regeneración, a las que sigue el descanso iniciática en el Sábado de la Salvación o Perfección. También encierra la Ley que preside a la armonía en la gama de los colores y las notas musicales.

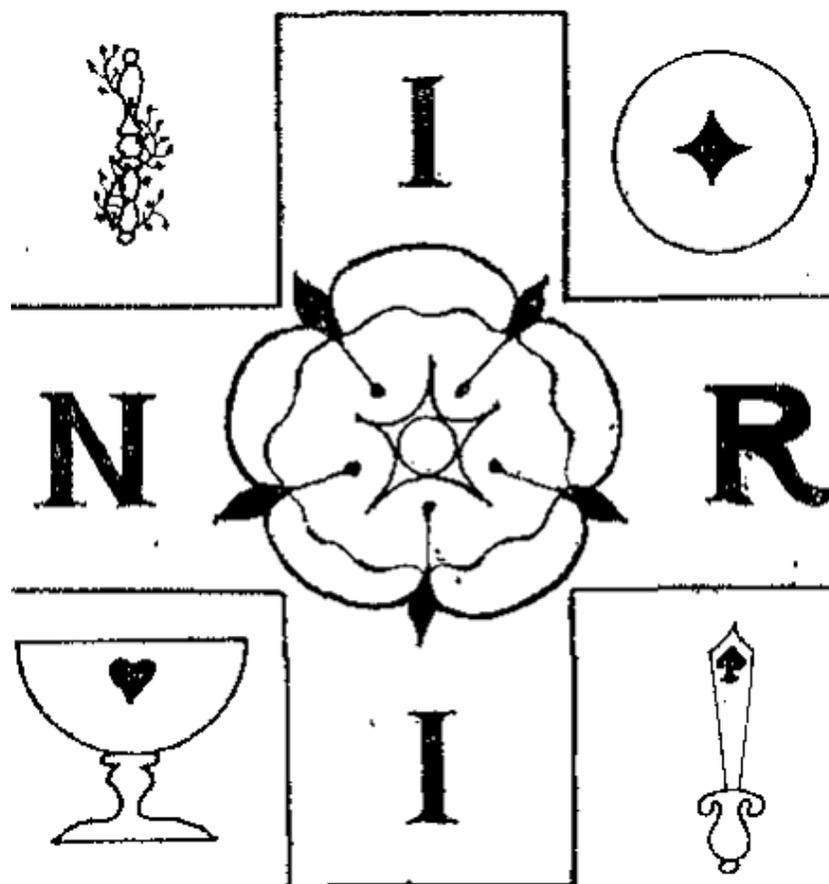
LA “CENA MÍSTICA”

Los trabajos de los rosacruces se concluyen en la Cena Mística, símbolo de la Comunión Espiritual en que se celebra el haberse nuevamente encontrado la Palabra, o sea el Verbo o Logos que es al mismo tiempo la Vida que nos anima, la Luz que nos ilumina, el Fuego que nos purifica y la Sustancia que nos alimenta y nos hace crecer espiritual y materialmente: pues este es precisamente el sentido de los cuatro elementos que representan las cuatro letras de dicha Palabra, crucificada en el mundo de la manifestación.

La luz viene del Norte (de la región de la oscuridad Boreal, residencia y Madre de Apolo) y se manifiesta como vida al Oriente, como fuego al Mediodía, y como sustancia al Occidente. En la Cena, esa Luz es la misma palabra, consumida

por el Fuego que se enciende por el entusiasmo de todos los que toman parte en ella. El vino representa la Vida, que anima la Palabra y la hace carne en la Sustancia -que es al mismo tiempo Verdad y Poder- indicada bajo la especie del pan que se reparten los HH.:

La Luz, en cuya búsqueda se han encontrado, es pues aquella que congrega y reúne los CC.:., en la comunión de una misma vida ideal, encendiendo un mismo ardor en sus corazones, y alimentándose todos con los conocimientos que cada cual haya podido lograr separadamente.



El signo del buen pastor en el cual se reúnen los HH.:., alrededor de la mesa, representa la contemplación de la luz por cuyo medio, o sea, según la Verdad así reconocida llega a ser vida inspiradora, fuego purificador, carne y pan en la existencia diaria, se encuentra esa Palabra. En ese signo también reconocemos el sacrificio o sea el don de sí mismo, que nace del corazón, más bien que de la cabeza y que, en lugar de ser **-como en la leyenda de Hiram-** dador de muerte y desolación (pérdida de la palabra), se hace fecundo productor de vida y de alegría

(encontrándose ésta nuevamente). Pues, el emblema de la muerte -las tibias cruzadas con la calavera- que se ve en el tercer grado, se hace en este signo precisamente el opuesto emblema de vida que manifiesta el ardor interior.

Ese Pan es la propia Sustancia, el cuerpo viviente del Logos, o sea la Sabiduría Creadora que se ha hecho carne, siendo la Verdad en el Mundo Trascendente y la realidad objetiva y sensible de todo lo que aparece manifiesto sensiblemente: por lo tanto, al mismo tiempo alimenta nuestra inteligencia, origina nuestros anhelos y los satisface, saciando toda hambre espiritual y material.

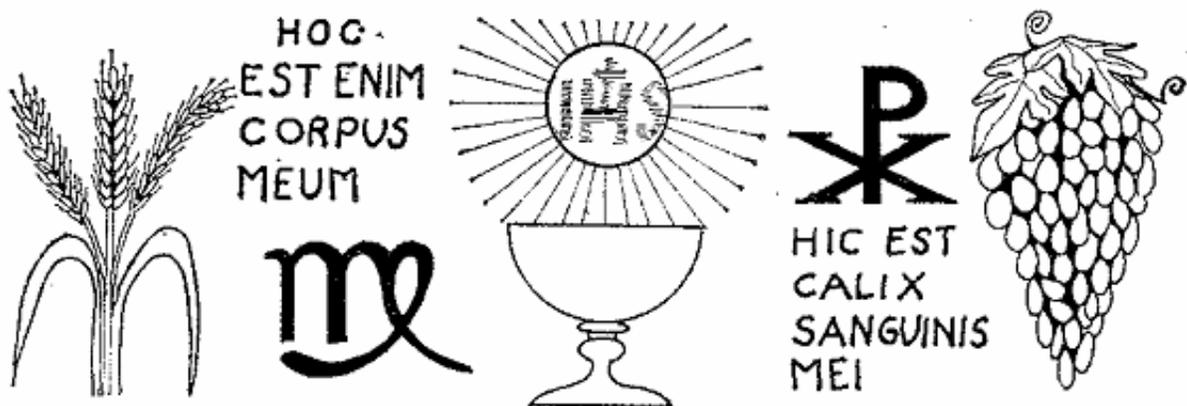
En cuanto al pan y al vino de la Cena, son en realidad los mismos que hubo de compartir Jesús por última vez, con los doce en la vigilia de su pasión.

De la misma manera el vino, del que beben todos de un mismo Cáliz (Mateo 26-27) es la sangre o sea la Vida de ese mismo Logos, cuya esencia es el Amor, así como la esencia de la Sustancia es Verdad. Por esta razón es derramada continuamente. Pues "Yo soy la vid, vosotros los sedientos: el que está a mí, y yo en él lleva mucho fruto, pero sin mí nada podéis hacer. Como el Padre me amó, también yo os he amado: estad en mi amor" (Juan 15, 5-9). Hay una misma y única Fuente de Vida Universal, de la cual todos pueden tomar según su capacidad de expresada en amor: quien busca su vida, alejándose del reconocimiento o conciencia de la Vida Una con obrar en contra de ésta, tiene que perderla, mientras quien la pierde en el Amor de la Vida Una encuentra la vida verdadera.

La realización de la Sustancia y de la Vida, como expresiones de la misma Esencia Divina o Palabra Creadora (su Cuerpo y su Sangre) es el profundo y vital significado de ese símbolo de la cena: cuando se entiende verdaderamente, se convierte en el sacramento que nos hace partícipes de las ilimitadas posibilidades y de la perfección inherente igualmente en la una y en la otra, dispuestas a manifestarse objetivamente en nuestra propia vida, según las reconocemos y aceptamos. Entonces el pan se transforma en Ambrosía, que es la propia piedra filosofal, formada por los pétalos geométricos de la Rosa Mística; y el vino el Néctar sagrado, o sea, el elixir de larga vida, el rocío viviente que se destila de aquella misma flor Aquí se halla la panacea, o sea el remedio de todo mal y dolencia, de toda enfermedad y miseria, espiritual como material: pero, es preciso que se haga un sacramento en la viviente presencia del Cristo, dentro del propio corazón.

Por lo demás, hay que considerar que ese pan simbólico no se limita a la harina, del trigo que para nosotros elabora la espiga, formándola geométricamente en la luz del sol, por la acción combinada de ésta con su propio impulso vital, que

asocian oportunamente las sustancias sacadas del aire y de la tierra; harina empastada y cocida, cuya cocción le da precisamente su nombre. Tampoco es el vino precisamente, el licor que resulta de la fermentación del jugo de la uva, cuyo azúcar se destruye para producir el alcohol. Esos son emblemas relativamente muertos **-por la Cocción y fermentación, con un género de fuego distinto del natural y filosófico, o sea por el Ephestos destructor-** de la sustancia viviente que el reino vegetal nos suministra en todos sus frutos, y del jugo natural de éstos, en que el agua -la linfa de la tierra- se convierte en sangre viva, por la mística presencia del Cristo cósmico en estas bodas químicas de la Naturaleza. Esta es realmente quien nos inicia en el Misterio de la transustanciación, que cristianamente celebra y nos trasmite los de Deméter y de Dionisio.



¡CONSUMMATUM EST!

El Misterio (que es al mismo tiempo ministerium) se ha cumplido, habiéndose llegado a la mística comunión de la Vida y de la Sustancia Divina, reconocida como la verdadera actual realidad, bajo la especie externa del jugo de la uva y del producto de la espiga, que antiguamente revelaban la viva presencia de Dionisio y de Deméter como Yaco y Coré (Liber y Libera).

Las palabras ¡Consummatum est! indican pues igualmente perfección y el cumplimiento, realmente inseparables el uno de la otra, íntimamente unidos en el Sábado (o día séptimo) de Elohim, de Jehová y de Jesús. El primer sábado (de

Elohim, o sea los poderes titánicos) es aquel de que habla el Génesis en los primeros tres versículos del cap. 2, al terminarse la primera creación ideal, que trasciende su expresión relativa en el espacio y en el tiempo; el segundo (de Jehová, el Adam Kadmon o Prometeo) debe verificarse en el milenio a que se refieren las varias profecías apocalípticas, o sea "la consumación evolutiva de los siglos". En cuanto al tercero, es aquel que especialmente se indica en este grado: el descanso iniciático en la consecución del perfecto Magisterio, en un estado de unión individual con lo Divino (Samadhi), habiéndose en el contacto con lo Eterno trascendido en la conciencia interna el Espacio y el Tiempo.

El día séptimo ha sido siempre simbólico del cumplimiento y de la perfección de cualquier ciclo, cuando se ha nuevamente superado en la unidad la Dualidad y el Temario de cuya acción conjunta resulta: terminando el recorrido de las seis divisiones naturales de la circunferencia, se vuelve al centro en que se "descansa", como en el último golpe aislado de la batería. Análogo sentido tiene la mesa de los doce alrededor de Jesús: el ciclo de los doce signos zodiacales y la céntrica perfección solar o unitaria (Sol solus, decían los alquimistas) de la conciencia crística que se alcanza con aquél.

Esas mismas palabras nos recuerdan el *Ite missa est*, e igualmente aquellas que se usaban al despedirse los neófitos en los misterios eleusinos: *Konx Ompax*. Estas últimas, no perteneciendo al idioma griego, se han interpretado como de origen egipcio o hindú; probablemente son antiquísimas, habiéndose transmitido, tal vez con pequeñas modificaciones (se encuentran también en la forma *Kot Om Phet*) en varias órdenes de misterios de los que prueban la filiación.

En cuanto a la triple aclamación de este grado, acompañada por el signo conocido, que es también el nombre de uno de los profetas, se relaciona etimológicamente con Moisés (el salvado) y Jesús (el salvador), con el significado de salvación, celebrando el haberse encontrado la palabra por cuyo medio dicha salvación se verifica.

La llama del fuego creador y regenerador en cuyo seno vuelve la misma Palabra, luego de haber sido escrita, patentiza su significado; lo mismo, ha de hacer todo Cab.·. R.·.C.·., manifestando su conocimiento de ella, por medio de la propia llama silenciosa, activa y fecunda que arde en el secreto de su corazón, mientras se verifica el Misterio de la Regeneración.



PER ROSAM AD CRUCEM

"En principio (be-reshit) creó Dios los cielos y la tierra" (Gen. 1-1)... "En principio (en arjé) era el Verbo... (Juan 1-1). Ese principio en el cual y dentro del cual aparece inicialmente la Divina creación ideal o arquetípica (del Arqueo), como Logos o Verbo que ha de producir la manifestación **-aparentemente ex nihilo, pero realmente ex todo-**, es precisamente la mística rosa en su sentido cósmico, en la cual y de la cual, por medio de la cruz, nacen todas las cosas.

Es pues, la Unidad Madre, en cuyo seno nace, sin alterarla toda la multiplicidad numérica, que la expresa transitoriamente y en la cual vuelve y está eternamente; la Sustancia Amorfa que es origen, principio y substractum geométrico de todas las formas; la Vida Eterna e Inmanente que origina todo ritmo y todo ciclo **-en Ella contenidos y en contacto actual desde el "principio de los tiempos" hasta la "consumación de los siglos"-** de la existencia manifiesta.

Como Unidad -aritmética, geométrica y musical- esa Rosa se identifica con el círculo de la creación, que es expresión inseparable del centro de la misma, en cuanto el uno sólo puede existir relativamente y en función del otro. La existencia del círculo presupone y patentiza la del centro de aquel; y esto determina, con su

aparecer como centro, la existencia del primero. Así igualmente Shakti, la Madre Divina, como poder o cualidad activa de Shiva-Brahman **-el Padre, o sea el puro principio de la Conciencia en su sentido más elevado-** es inseparable de su celeste Padre y Esposo, del que es igualmente Madre y Esposa. Dado que los dos forman el Uno y el Supremo, que no cesa de ser tal, aunque aparezca creativamente como Dos: la Conciencia o Esencia Animadora que vivifica (el vino de la Cena), y la Sustancia Inteligente y Creadora, que aquella comprende y manifiesta (el pan de la Verdad que alimenta la Sabiduría y produce todo crecimiento interior y exterior). La rosa y la cruz, que igualmente los representan, son dos símbolos cuya íntima unión patentiza esa Unidad, de la cual son las dos expresiones. En esa unión inseparable, hay una constante relación de reciprocidad: del uno se pasa al otro, y de esto a aquel, tanto en el círculo de la comprensión, como en el ciclo de la manifestación, así como se pasa del centro al círculo y de éste al centro, y como se sube y se descende en la escalera de Jacob.



Por lo tanto, antes de considerar la rosa en la cruz, hay que considerar la cruz en la rosa, siendo ésta última, místicamente su Madre y Esposa. En el círculo o esfera de la Sustancia Madre eternamente omnimpregnante, sin diferenciación ninguna **-y por lo tanto, anteriormente a la existencia, o bien, trascendiendo la apariencia del Tiempo y del espacio-** la Esencia o Conciencia Padre (Sat-Chit-Ananda), manifiéstese como el cielo en la tierra, o sea, como principio de distinción que origina las direcciones fundamentales del Espacio (arriba y abajo) y el movimiento que produce una igual distinción relativa de Tiempo, separando en el presente el Pasado del Futuro.

La distinción que así se verifica es la separación, natural para nosotros, entre lo relativo y lo absoluto. Este último es el cielo, en que permanece el Reino de la

Unidad, que aparece en la tierra (el dominio de lo relativo), como multiplicidad. Sin embargo, el Cielo sigue permaneciendo en la Tierra, y la Tierra en el Cielo; dado que lo relativo no puede existir sin lo absoluto, ni esto expresarse

sin aquel, y dado que los dos no son lugares o condiciones distintas, sino aspectos interestanciales de la misma Realidad.

CREACIÓN DE LA LUZ

"Y la tierra estaba desordenada y vacía (esperando recibir, comprender y manifestar el Orden Divino y la Plenitud del Ser), y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo (el Espacio, representado especialmente por el trato vertical de la cruz), y el Espíritu de Dios (Sat-Chit-Ananda, la Divina Esencia) se movía (distinción del Tiempo, indicado por el trato horizontal) sobre la haz de las aguas (todo lo relativo, de por sí inestable, estando en continuo flujo y movimiento)."

"Y dijo Dios (Elohim): Sea la Luz: y fue la luz" (Gen. 1, 2-3). La Divina Esencia (Sat, el puro ser) expresase a través de la distinción entre absoluto y relativo (Cielo y Tierra), manifestando en la comparativa oscuridad del segundo la luz de Chit, o sea, la conciencia del Ser. Esa luz del ser, manifestándose en la natural inconsciencia de lo que relativamente aparece como no ser, crea de esta manera una relación activa, una especie de intercambio entre el Cielo y la Tierra: ésta clama hacia aquel por su oscuridad, desorden y vacío, mientras el primero se ocupa en llenarla con su Plenitud (el pleroma gnóstico, o sea Ananda () puma), creando el Orden (Cosmos), por medio de la Luz.



"Y vio Dios que la luz era buena (o sea, principio de todo bien, bondad y plenitud), y apartó (en el tiempo) Dios la luz de las tinieblas" (Id. 4). Dicha relación es necesariamente rítmica; por lo tanto, el dominio relativo de la oscuridad y de la luz no pueden sino sucederse el uno al otro. Así como la oscuridad llama a la luz, así igualmente la luz produce por su misma existencia, la aparición de la oscuridad: la misma Conciencia es luz que reconoce y llama la relativa "inconsciencia" oscuridad. Esto aparece también en el versículo siguiente:

"Y llamo Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche: y fue la tarde (el cumplimiento) y la mañana (el nuevo principio) un día (una fase, aspecto, ciclo o período)." El día y la noche que se alternan y corren constantemente, en cíclica

sucesión el día detrás del otro, aparecen en los dos símbolos del Tao y del caduceo: son los principios de la energía activa y de la inercia pasiva, y las cualidades (gunas) que también conocemos como rajás llamas, encontrando su equilibrio sátvico en la tarde (vesper) y en la mañana que los unen y separan, dividiendo las dos mitades de cada ciclo, y preparando proféticamente el sucesivo en el término o cumplimiento del anterior.

De esta manera, separándose la Noche del Día (como nadir, respectivamente, y cenit de la manifestación), por medio de; la Mañana (el Oriente) y de la Tarde (el Occidente), podemos ver, en la creación de la Luz, una nueva cruz nacida en el seno de la Rosa Cósmica.

Ahora, el Oriente o mañana parece moverse constantemente, elevándose hacia el Cenit, que representa la plenitud del Día; igualmente, esto corre hacia la tarde o Poniente, éste último hacia el Nadir de la noche, y finalmente aquí se concibe y nace potencialmente la Mañana u origen del Nuevo Día. Esta cruz, como la precedente, viene a ser la esvástica resultante del movimiento combinado en las dos direcciones: del Oriente a Occidente (así como del Pasado al Futuro), y del Cenit al Nadir (así como del Cielo a la Tierra). Es la rueda de la Ley **-la rota de la Tora-** en cuyos brazos y círculo la Cruz y la Rosa forman nuevamente una unidad inseparable.

En una forma análoga, el pasado sube constantemente al cielo de la Eterna Realidad; y de ésta desciende el futuro para manifestarse en el Nadir de la tierra, como realidad contingente, y que, según se hace "pasado" sube nuevamente y desaparece. Por esta razón Cronos es la simbólica serpiente que se muerde la cola, alimentándose continuamente de sus propias criaturas.

CREACIÓN DEL "COSMOS"

"Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.

"E hizo Dios la expansión, y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión y fue así.

.. , "Y Llamo Dios a la expansión 'cielo' (o firmamento): y fue la tarde y la mañana del día segundo" (Gen. 1, 6-8).

Las aguas son las que constituyen el océano del ser, que es la totalidad de la vida latente. En esta totalidad omnipresente, verificarse la manifestación, hay que fijar un lugar determinado, un espacio necesariamente limitado **-una limitación relativa el campo ilimitado de lo absoluto-**, en donde ningún espacio verdadero puede existir. Ese cielo o koilon (vacío) es el firmamento o expansión: lo que tiene firme la manifestación, correspondiente al concepto de Dik, que ya tuvimos ocasión de definir. Es, en otras palabras, la fundación del "cosmos" futuro. En cuanto a las aguas naturalmente "separadas" por ese espacio, limitación o vacío **-que puede ser comparado al Valhalla de los dioses escandinavos-** representan dos órdenes distintas de las infinitas potencialidades latentes de la Gran Totalidad del Ser, siendo las unas incluidas en el espacio y ciclo de la manifestación, en la que aparecerán evolutivamente, y las otras excluidas de ese mismo campo particular. Las primeras corresponden al día, siendo despertadas y alumbradas por la conciencia; las segundas a la noche por quedar en ese estado latente que puede llamarse el Gran Sueño Divino.

Por lo tanto, la división de las aguas, originando el espacio, cielo o firmamento, resulta naturalmente, como consecuencia directa del aparecer de la luz, separándose la parte iluminada o activa de las "tinieblas" que circunscriben aquella, quedando en el estado indiferenciado de lo Absoluto.

"Y dijo Dios: Júntense las aguas de debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca: y fue así.

"y llamó Dios a la seca tierra, y a la reunión de las aguas llamo mares: y vio Dios que era bueno" (Id. 9-10).



Aquí hay una nueva separación que puede ser parangonada a la de la carne y de los huesos que se verifica a consecuencia de la putrefacción **-separación familiar a todo Maestro Masón-**. No se trata, sin embargo, de una separación física y material, sino filosófica y metafísica: las posibilidades inherentes en el Ser

(que representan las "aguas"), son de por sí arítmicas o aritméticas, trascendiendo igualmente el tiempo como el espacio; preciso es que se manifiesten creativamente en el espacio que acaba de existir como figuras o moldes geométricos, que sirvan de base para la arquitectura cósmica, siendo los planes que han de presidir su desarrollo. Esta es la tierra madre, que ya conocemos como Deméter o Geometría, y en latín Ceres (ser. kara, lato creo), la "creadora" o "formadora".

Las figuras geométricas son los verdaderos huesos de la madre: los que permanecen, aun cuando la carne pueda corromperse y se renueve continuamente. Estos huesos no son estériles, sino fecundos, pues continuamente engendran nuevas ideas, o sean verbos, por medio de los cuales "todas las cosas hechas han sido hechas". Dicha concepción ideal es la de Deméter, dando a la luz la virgen Coré; el Génesis habla de esas mismas ideas (ibid. 11-12), como hierbas y plantas, insistiendo sobre la simiente que les permite reproducirse y perpetuarse, como sucede con todos los pensamientos humanos y divinos. El tratarse de plantas simbólicas, está probado por el hecho de que todavía no existen ni los, astros, ni las estaciones.

Finalmente, los mares son las olas de vida, todavía en estado latente, que se preparan a invadir esos moldes vírgenes **-Plutón que arrebató a Coré, para llevarla al mundo inferior, y Neptuno que violó a su madre venerable-** para manifestar la vida en los diferentes reinos: elemental, mineral, vegetal, animal y humano. Esos mares formarán la carne que reviste los huesos de la madre, o bien la rosa que renace en la cruz, emblema al mismo tiempo del Espacio y de todas las figuras geométricas que sintetiza en sus dos líneas y cuatro ángulos.

CREACIÓN DE LA VIDA

La filosofía esotérica reconoce la vida universalmente, en toda y cualquiera manifestación material: aún en aquellas que de ordinario se consideran como muertas o sin vida. Por lo tanto afirma que no hay cosa y lugar que esté desprovisto de vida e inteligencia, aunque hayan infinitas y distintas gradaciones en progresiva expresión de dichas cualidades desde el estado de latencia que precede la existencia de cualquier forma, a la vida y la inteligencia más elevadas que puedan reconocerse sobre la tierra.

En los minerales y en sus elementos, en los átomos y en los electrones o centros energéticos de cuyo dinamismo resultan las diferentes cualidades y propiedades que se atribuyen a la materia **-incluidas las que la definen-** hay pues,

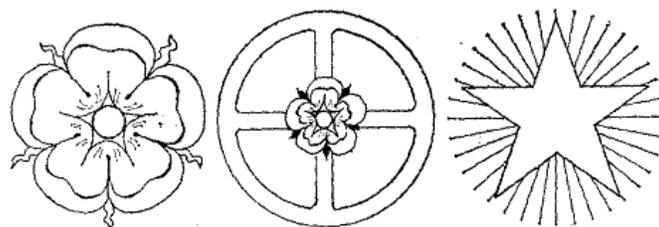
igualmente vida e Inteligencia, aunque naturalmente en una forma y grado diferente de como aparecen en los demás reinos de la naturaleza. Esa Vida, expresándose como energía y movimiento, es precisamente la rosa **-que también simboliza a Venus, la vida, nacida en la espuma del mar, por la potencialidad engendradora del espacio, cortada en la hoz del tiempo-** o sea el principio del ritmo y armonía que se manifiesta en el ciclo del tiempo sobre la cruz de la Inmanencia Geométrica.

Ese ritmo del tiempo, esa armonía inspiradora de las Musas eternas, que custodian y expresan la Sabiduría Divina, es en el génesis la creación del cuarto día (ib. 14-19), o sea de lumbreras en la expansión de los cielos **-el firmamento-** para apartar el día y la noche y por señales, y para las estaciones, y para días y años (todos los ciclos eónicos, de los que hablan difusamente las cosmogonías gnósticas).

En otras palabras, los huesos de la madre constituyen el principio geométrico ordenador del Cosmos, mientras la armonía musical de la Vida, los reviste de forma (o carne, literalmente "formada") en el círculo del tiempo. Así el verbo (la Idea o Virgen) se hace carne y mora en nosotros "lleno de Gracia y de Verdad" **-para testimoniar su esencia y realidad divina-** o sea, se expresa en toda forma manifiesta.

Por lo tanto, así como "en principio" hemos asistido a la creación de la cruz en la rosa (del tiempo y del espacio, y de sus posibilidades aritmoontológicas y geométricas en el propio seno de la Eternidad Omnipresente, de lo relativo en lo absoluto), ahora vemos la misma rosa que, como Vida, renace en el ritmo armónico del tiempo, para expresar en esto el perfume de la esencia eterna.

Los cinco pétalos de la rosa natural **-la eglantina-** corresponden con las cinco puntas de las estrellas, representando los cinco puntos que corresponden con los cinco tatvas, los cinco sentidos y las cinco facultades y tanmatras que expresan aquellos. La identidad simbólica de la estrella de cinco puntas con la rosa de cinco pétalos, también explica como en la Biblia, ese nacimiento del ritmo vital esté descrito con el ritmo astronómico que le corresponde.



En el primero de esos cinco reinos, el elemental, se forman y evolucionan los átomos, por medio de la energía subdividida en los diferentes puntos del espacio, que así se hacen centros dinámicos o electrones. En este estado akáshico predomina la vibración rajásica que origina el sonido, y se manifiesta en el hombre por medio de los órganos del oído y de la palabra, y la facultad de la comprensión que les corresponde.

Esa vibración constructora de la Gran Ola de Vida Elemental (el tercero de los siete Elohim) desciende del éter a la tierra, hasta el estado sólido o prithívico, en que especialmente se manifiesta la vida mineral, dominada por la vibración tamásica, y que tiene su exponente o especie más elevada en los cristales. Le corresponden en el hombre los huesos, los pies, el órgano del olfato y la facultad de percepción.

Le sucede la Gran Ola de la vida vegetal, que corresponde con el agua o apas, predominando aquí la vibración sátvica que se manifiesta en el color verde, y en la armonía y simetría de las formas y el ritmo del desarrollo que caracterizan la vegetación. Se trata, sin embargo, del satva inferior, producido por la vibración tamásica de los minerales; de aquí el estado de inconsciencia que ha sido parangonado al de sueño sin ensueños. Le corresponden en el hombre las manos y el órgano del gusto, así como la facultad de asimilación.

En la sucesiva Ola de la vida animal, predomina la vibración que expresan el color rojo de la sangre y del fuego que enciende los instintos y produce el movimiento, en las aguas, en el aire y sobre la tierra. La conciencia del animal se describe como la de sueño con ensueños, facultándoles el juicio y la facultad de la elección. En el hombre le corresponde el órgano de la vista y la facultad de la imaginación.

Filialmente, en la Ola de la vida humana, caracterizada por la conciencia de sí mismo y el libre movimiento interior y exterior, evolutivo del rájas tamásico de los animales el satva superior de la inteligencia, desarrollando en el órgano eminentemente humano **-la mano que no debe confundirse con el pie prensil de algunos animales-** igualmente la fineza del tacto y la facultad de reacción.

El elemento que aquí domina es el aire o vayú, que corresponde con ese tanmatra.

LOS CINCO TANMATRAS

El estudio de los cinco mares u Oleadas de Vida, representadas en los cinco pétalos de la rosa primitiva y en las cinco puntos de la Estrella, nos lleva naturalmente al de los tanmatras (o "medidas de Aquél"), que es el principio interno causativo de los tatvas inferiores (Mahabhutas), e igualmente de los cinco ordenes de sensación (los cinco sentidos), así como de las realidades (los cinco aspectos de la Realidad) que producen y perciben esas diferentes clases de sensación.

Según la filosofía hindú, la Gran Realidad (Tat o sea "aquél"), que para nosotros es la rosa que engendra la Cruz, para que luego nacer o manifestarse dentro de la misma, se manifiesta en cinco modalidades distintas y primordiales que son prototipos o medidas de las diferentes vibraciones y clases de fenómenos e igualmente de los órganos y facultades físicos y psíquicos, que en los seres vivientes, y particularmente en el hombre, los conocen, los aprecian y los expresan.

Estos tanamtras son llamados también Suxrna Bhutas (elementos sutiles), para distinguirlos de los tatvas o modalidades vibratorias (Mahabhutas) que los expresan materialmente. De ellos igualmente los cinco sentidos mentales (Jñanendriyas) y las cinco facultades activas (Karmendriyas), que se expresan en correspondientes instrumentos u órganos físicos externos (Bahiakríranas).

Cada Tanmatra es, pues, un tipo geométrico (en el sentido de la geometría iniciática) que puede ponerse en relación analógica con la esencia espiritual de cada uno de los cinco sólidos regulares, llamados también platónicos, que se mostraban al iniciado en los antiguos misterios.

El primero, shabda-tanmatra, es el prototipo fundamental del sonido en cualquiera de sus formas (materiales y sutiles), produciendo en el hombre los órganos del oído y de la palabra, y las correspondientes facultades del lenguaje y de la comprensión. Tiene su mahabhuta en akasha, la vibración etérica o quintaesencia, que es el mercurio filosófico del que se derivan los demás elementos.

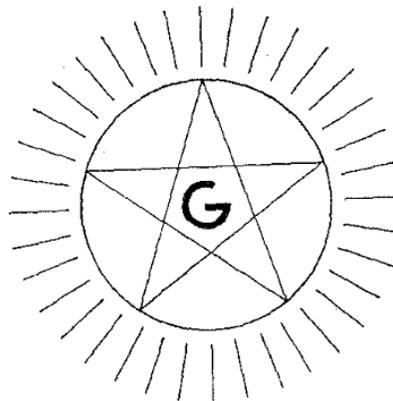
El segundo, sparshatanmatra, es igualmente el arquetipo de lo que se manifiesta como tacto y poder de creación y formación. Por esta razón también preside a la generación y al órgano físico que la hace posible; su mahabhuta es Vayu, la vibración o elemento del aire, que también produce prána, la función respiratoria de la vida orgánica, que tiene su asiento en el pecho y en el corazón. Le corresponde la facultad del juicio que complementa la comprensión.

El tercero, rupatanmatra, es el principio arquetípico de la visión y de la imaginación, así como de toda expansión, extensión y movimiento centrífugo, expresándose en tejas, el elemento o vibración ígnea; produce en el hombre el órgano de la vista, presidiendo igualmente a la función digestiva (samana) y al órgano del ano. Su centro en el hombre es la región epigástrica (la Samaría, en el simbolismo geográfico de este grado).

El cuarto, rasatanmatm, rige arquetípicamente todo lo que se manifiesta como gusto, sabor, capacidad asimilativa (igualmente fisiológica y mental), correspondiéndole, como elemento apas **-la vibración fría del agua-** y como función vital mana, la distribución coordinada que hace posible la vida vegetativa.

El último, gandhatanmatra, es el tipo geométrico de la percepción y cualidad olfativa, de la capacidad perceptiva en general, y por lo tanto, del sentido de la realidad física, expresándose en el más material de los tatvas (prithivi, la vibración cohesiva de la tierra). Le corresponden en el hombre el órgano del olfato y los pies, e igualmente la función de apana, teniendo su centro en la base de la columna vertebral.

En esos tanmatras tenemos otro aspecto del pan de la cena simbólica, pues éste, que también se representa geoméricamente como pentáculo, no es otra cosa en realidad, sino la síntesis y la combinación, la mezcla perfecta de los cinco modelos arquetípicos, en que se nos manifiesta **-igualmente sensible e intelectualmente-** la Gran Realidad: según la percibimos en esas cinco modalidades, asimilamos, vemos y reproducimos en nosotros esas percepciones, y finalmente las comprendemos en su inherente intrínseca Unidad, nos alimentamos y crecemos en cada experiencia diaria, con el místico cuerpo viviente de la Divinidad, hasta que llegamos a conocer el verbo de la Divina Inspiración que nos hará crecer espiritualmente.

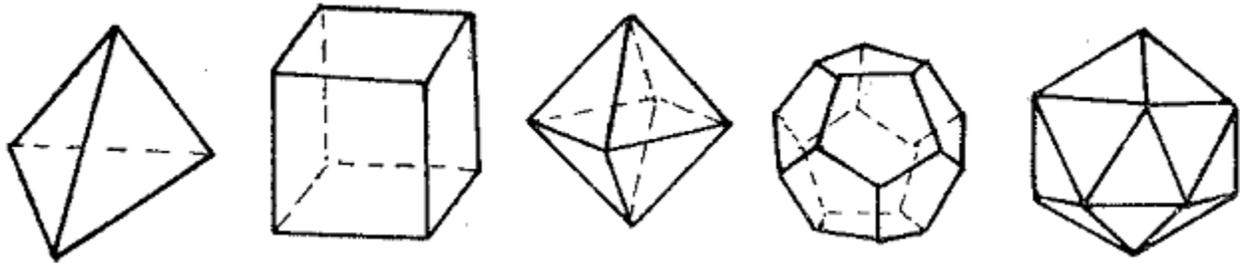


Pues: "No con solo el pan (la sensación externa) vivirá el hombre, mas con toda palabra (inspiración interna) que sale de la boca de Dios" (Mateo 4-4).

LOS SÓLIDOS PLATÓNICOS

Hay únicamente cinco posibles figuras poliédricas regulares en el espacio a tres dimensiones: el tetraedro, el hexaedro, el octaedro, el dodecaedro y el icosaedro, respectivamente de 4, 5, 8, 12 Y 20 caras -triangulares para el primero, el tercero y el Último, cuadradas para el segundo, pentagonales para el cuarto-.

Este simple hecho ya de por sí acentúa la importancia del número 5, como factor geométrico en la construcción del universo, según nos lo presentan en el simbolismo de este grado, las cinco puntas de la estrella y los cinco pétalos de la rosa, cuya perfecta unión es un hermoso y significativo emblema de la década. También ha de notar se que la Geometría es precisamente la quinta de las siete artes.



Es natural que deba existir una estrecha relación entre estos sólidos, que presiden a toda forma tridimensional, y los Tanmatras que acabamos de describir. El primero de ellos, el tetraedro, que refleja la Tríada en una Tétrada, se considera como fundamental, dado que de aquel pueden derivarse los demás: el cubo y el octaedro de la unión de dos tetraedros entrelazados, como los triángulos del sello de Salomón; los otros dos de la unión de cinco tetraedros.

Para nosotros son importantes especialmente los números que presiden, en la divina mathesis a la formación de esos moldes eternos de la naturaleza, y que al mismo tiempo nos inician en su significado filosófico. El número de las caras nos presenta en ellos respectivamente la imagen de la Tétrada y de la Ogdoada (o doble tétrada), del hexagrama expresado en su forma más sólida y equilibrada, por medio de 12 aristas que concurren en los ocho vértices, uniéndose en 24 ángulos rectos,

de la Dodécada (que se encuentra también en las aristas del cubo y en los vértices del icosaedro) y de la Doble Década. Esta Última, indicando el número total de los dedos de las manos y de los pies, se encuentra a la base de un antiguo sistema numeral, y en la filosofía hindú representa el número de los tatvas fundamentales, sumándose los 5 Tanmatras o Suxmabhutas con los 5 Mahabhutas que derivan de ellos, y los 10 Indriyas (sentidos y facultades) que los expresan y les corresponden.

La dodécada y la doble década están íntimamente relacionadas; pues, mientras las 12 caras del dodecaedro se unen en 20 vértices, las 20 del icosaedro concurren en 12 vértices. Además los dos sólidos tienen igualmente 30 aristas, concurrendo de tres por las caras pentagonales del primero y de cinco en cinco por las triangulares del segundo.

Igualmente ha de notarse la importancia geoméricamente fecunda del triángulo, como figura plana que engendra tres de estos sólidos, y del cuadrado y del pentágono que forman los otros dos. El hecho de que el Dodecaedro resulte de 12 pentágonos que se juntan en 30 aristas (como los 12 vértices del icosaedro), nos da una razón geométrica de la división del zodiaco y de la circunferencia en 3600 - 300 para cada signo, número divisible por 5 y 6, como por 10 y 3.

Nuestra regla simbólica, de 24 pulgadas, indica precisamente el número de escuadras (ángulos rectos) que se encuentran en un cubo (la perfecta finalidad ideal del trabajo masónico) y de compases (ángulos armónicos, de 60°, la sexta parte del círculo) que se cuentan en el octaedro, e igualmente en dos tetraedros entrelazados. También resulta multiplicando el número de las caras del tetraedro por las del hexaedro.

En cada sólido la cara y el ángulo sólido representan el elemento masculino, mientras el número de las caras y de los vértices y aristas es el elemento femenino. Pero lo tanto, el primero, el tercero y el Último resultan de la unión del número perfecto por excelencia, con los femeninos 4, 8 y 20; el cubo también puede considerarse producido por el 3, dado que sus caras cuadradas resultan de la unión de 8 ángulos triedros. De la misma manera, el 3 y el 5 concurren, como elementos masculinos en la formación del dodecaedro y del icosaedro. El número de las caras es siempre femenino.

El número 3 aparece como formador (por el número de los lados de las caras, o bien por el de las aristas que concurren en sus ángulos sólidos, o por ambos, como en el tetraedro) en todos los cinco sólidos, combinándose con el 4 para formar el hexaedro y el octaedro, y con el 5 para los otros dos. La suma de los

dos primeros (que concurren en el hexaedro y octaedro) es siete, y de los tres (3, 4, 5) doce.

Finalmente, el número total de las caras, e igualmente de los vértices de los cinco sólidos, tomados como conjunto unitario (expresiones complementarias de la misma Unidad Perfecta), es 50; o sea, 100 entre caras y vértices. De aquí la mística importancia e inherente perfección de estos números, sobre los cuales volveremos más adelante.

LA PERFECTA MEDIDA

Es número 5, que nos indican la estrella, y la rosa (el centro de la cruz, con sus cuatro direcciones), y que preside a los tanmatras **-que, según la escuela hindú, y a los sólidos según la helénica, constituyen la base geométrica del universo-**, es el número del hombre, con el cual se mide la Jerusalén celeste. Imagen de Dios (que es representado por el número 10, o sea la misma Unidad, expresada en la Década), creada por él "en su semejanza" macho y hembra (5 y 5), con la cual se mide el Universo. Este último es representado por el 12, siendo simbolizado en el dodecaedro, cuyas doce caras (las puertas de la Jerusalén arquetípica) tienen 5 lados y 5 ángulos.

El mismo dodecaedro resulta, como se ha dicho, de la combinación de cinco tetraedros, y además es la figura sólida que se produce naturalmente por la presión de las doce esferas que precisamente pueden disponerse de derredor de una esfera central, de la misma manera que seis círculos pueden únicamente ponerse en contacto en torno de uno central, determinando la formación del hexágono.

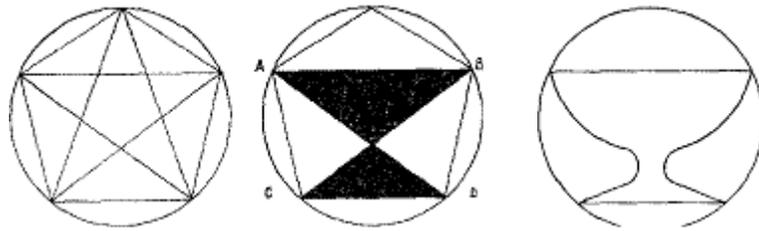
Si nos quedamos por un momento en el mismo pentagrama que es la piedra clave de cada una de las puertas pentagonales de la Jerusalén cósmica (el orden divino expresado progresivamente, en la creación), el estudio de sus proporciones puede conducirnos a los más interesantes descubrimientos, confirmando la teoría pitagórica de que:

1. Todo es arreglado y ordenado según el número (que estudia la Aritmética);
2. El Cosmos obedece a las leyes geométricas;
3. El Hombre sintetiza la Armonía Creadora (que se manifiesta con el conocimiento iniciático de la Música);
4. Las proporciones del cuerpo humano, reflejo de las proporciones divinas expresadas en la Arquitectura Cósmica (conocida por medio de la

Astronomía) son las mismas que han de regir toda construcción y obra hermosa.

Nos referimos sobre todo al canon estético como sección aurea o regla de la proporción divina, y que precisamente se halla expresado por el pentagrama. Dicha regla puede enunciarse en esta forma: para; que un todo, dividido en dos partes diferentes, aparezca en una proporción armónica y hermosa, es preciso que, entre la parte menor y la mayor haya la misma proporción que entre ésta y el todo.

Ahora, esta proporción áurea, que se evidencia en las más hermosas obras arquitectónicas, en la escultura y en la pintura de la antigüedad y del renacimiento, es precisamente la que se halla expresada por la fórmula $V5+1 \ 2-1,618$ y representada geoméricamente en el pentagrama, como aquella que existe entre el



lado del pentágono (CD) y el de la estrella pentagonal (AB) inscriptos en un mismo círculo. La dicha proporción es también aquella entre el diámetro de la base y el de la periferia de una legendaria copa de oro, de exquisita hermosura, que habría servido a los dioses. La misma regla tenía parte en la música griega, determinando gráficamente la proporción de las cuerdas, para que produjeran sonidos armónicos.

En lo que se refiere al hombre, esta proporción es la que divide el cuerpo en dos partes a la altura del ombligo; esta misma distancia es la medida de cada uno de los dos brazos, con relación a la extensión abierta de los dos.

LA "CRUZ" HUMANA

El cuerpo del hombre y el templo por excelencia de la Vida Divina **-prototipo ideal de todos los templos que en su Gloria, puedan elevarse por medio de las reglas arquitectónicas-** es pues una cruz, nacida en el seno de la mística rosa de la Vida Sustancia-Sabiduría que es la Madre Universal (la Isis de los iniciados, la Sofía gnóstica y la Virgen María del misticismo cristiano), para

que esa misma Rosa pueda reflorar nuevamente como Conciencia Divina en el propio corazón.



La cruz expresa al hombre físicamente (el hombre hílico) de la misma manera que el pentagrama representa su inteligencia (el hombre psíquico) y la rosa que es el centro de los dos su espíritu (el hombre pneumático). La Estrella brilla según florece la Rosa, y por medio de esa luz (el eje simple) todo el cuerpo se ilumina y se hace piedra cúbica y filosofal, o sea el Templo y la encarnación de los Logos de la Perfecta Idea Divina, o de la Divina Verdad.

En la cruz, como en la piedra (aquella sobre la cual el Cristo en nosotros quiere edificar su divina ekklesia, la propia piedra que nos esforzamos en labrar todos los masones) tenemos dos símbolos equivalente del hombre objetivo, en el cual la Vida Divina aparece limitada y crucificada en el Tiempo y en el Espacio, y la Eternidad en su hijo, el Presente, entre los dos ladrones del Pasado y el Futuro.

La Perfección Inmanente y Trascendente, en el dominio arrítmico de la Idea Pura, ha de manifestarse y aparecer como un continuo devenir evolutivo, del que nos escapa conocer la Causa y el Fin, por el hecho de que éstos son precisamente los ladrones que, como las Parcas tejen esa tela de la Ilusión, en cuyas mallas estamos presos hasta que los escuchamos, y de las cuales nos libramos sólo cuando

reconocemos la Eternidad del Padre en su Hijo el presente y, por su medio, vivimos en Él en la omnipresencia actual de la Realidad Eterna.

El hombre creado por Dios en principio, es pues, esa Idea Eterna, hija de la Divina Perfección y heredera de todas las cualidades, poderes y posibilidades del Padre ("Todo lo que el Padre posee me ha sido dado"), y cuya tarea es establecer su reino sobre la tierra, o sea, hacer patente en el dominio objetivo de los efectos la perfección latente e inherente en cualquier manifestación, que tiene su asiento eterno en el dominio trascendente de la Pura Realidad.

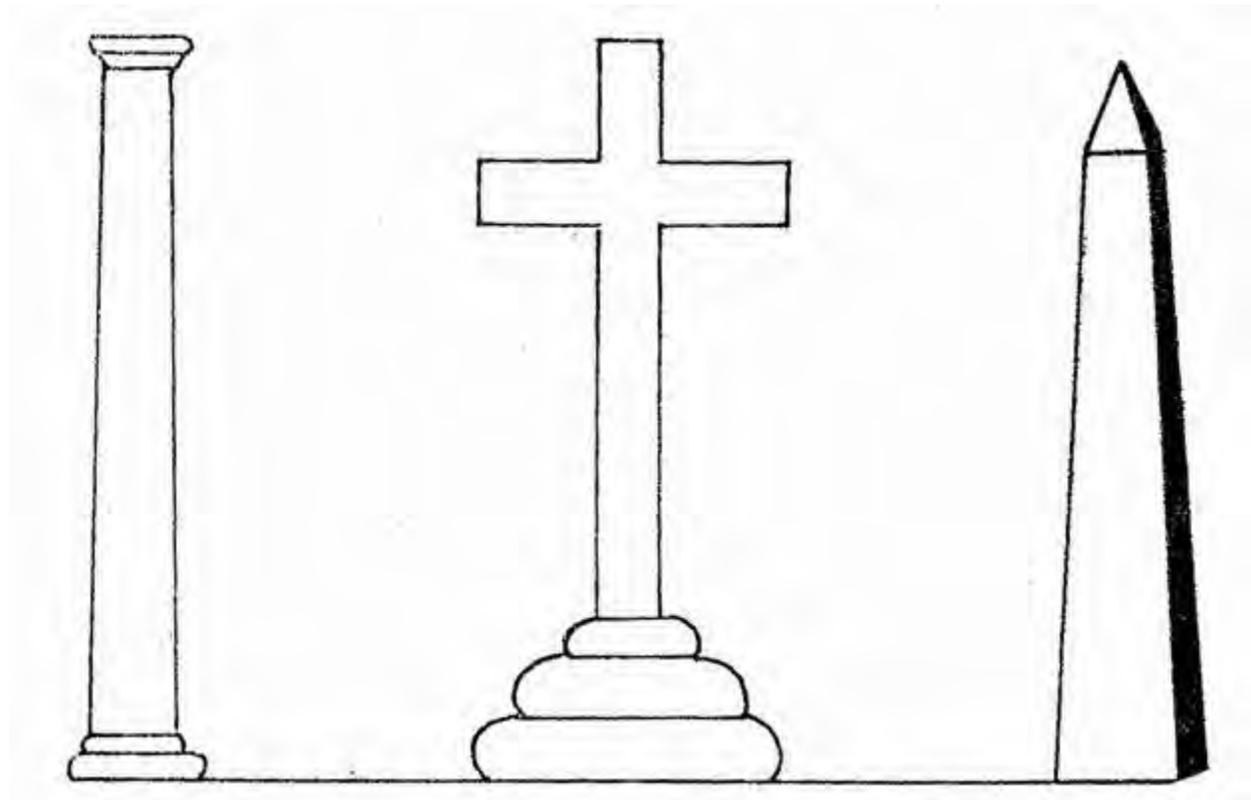
Ese Hombre Real y Eterno es el Cristo en Nosotros, o sea Hiram, la vida elevada de nuestro verdadero ser, la Divinidad Inherente que sola puede hacerse nuestro Salvador **-el Redentor de la manifestación individual-**, el Arquitecto que reconoce sus planes perfectos de la Sabiduría Trascendente, y lleva a término la construcción que había debido suspenderse por la pérdida de la palabra.

La piedra o cruz de nuestra manifestación individual ha de ser honrada, elevada y exaltada por medio de esa visión ideal de la Realidad que reconoce en ella, como Jacob al hacer su sueño el punto de apoyo y la base de la escalera evolutiva que une la tierra con el cielo, el mundo de los efectos transitorios con el de los Principios Eternos, para que éstos puedan descender en aquellos, y los primeros ascender en la plenitud y perfección de los segundos. Es necesario, por lo tanto, ungirlos en la mística consagración, que hace de ella la verdadera Bet-El, "casa o Templo de Dios".

La palabra griega que indica la cruz (stauros) significa también tronco, palo u árbol. Y en realidad es el propio árbol de la vida -la más directa y perfecta expresión de la Vida Divina que se encuentra en medio (en el centro, en lugar de preferencia, de honor Y de dominio) del jardín de la manifestación cósmica: La esencia Divina de la cual el hombre se aleja y se separa en ilusión, al creerse separado y distinto de ella, ocultándose a la vista de Dios (la visión de la Realidad); de ésta manera pierde automáticamente ese dominio, y sólo puede adquirirlo cuando ese mismo árbol descendente (del Cielo a la Tierra) se haga ,el árbol ascendente de la cruz **-el perfecto sendero vertical que individualmente nos lleva a la completa hipóstasis de nuestro propio ser-** "en las manos del Padre".

EL TEMPLO DE LA VIDA

Representando en el cuerpo el templo viviente de la Eterna Realidad, la cruz es esencialmente lo que está derecho, levantándose verticalmente con objeto de realizar la más noble y elevada de todas las aspiraciones humanas **-la que se halla en el fondo de todos los anhelos humanos-**, y las aspiraciones aunque en apariencia egoístas, por el matiz de la ilusión: la perfecta unión de la Tierra y del Cielo.



Por lo tanto, en el palo u árbol de la cruz, dispuesto verticalmente, tenemos un equivalente de la columna y del obelisco, de la torre y del alminar. Es, pues, un error ver en estos emblemas únicamente una forma de simbolismo fálico, una glorificación de la potencia generadora del hombre y del poder creador de la naturaleza. En realidad, detrás de todos estos emblemas arquitectónicos, se encuentra de alguna manera expresado el mismo anhelo que animaba también a los constructores de Babel: la aspiración íntima, innata e indestructible del hombre hacia lo divino (cualquiera sea la forma en que esto aparece delante de su

conciencia), y una alegoría de dicha unión de la Tierra con el Cielo, que en el fondo de su corazón, en todos los tiempos, parece haber deseado.

Por esta razón dichos emblemas siempre se han levantado con preferencia en lugares elevados, sobre la cumbre de collados montañas: aún hoy día lo vemos con las cruces que sustituyen los símbolos o signos que se usaban anteriormente: piedras, país, columnas y árboles sagrados (las ashera de los hebreos), estatuas, ídolos y fetiches. Por la misma razón, la cruz de la pasión cristiana no podía ser levantada sino sobre la altura del Calvario, que se enfrenta a la de Sión, asiento del templo de una Ley antigua, sustituyendo el sacrificio artístico (del principio, humano que salva y redime al hombre del error, del pecado y de la muerte) al sacrificio animal que representa el dominio subhumano del instinto y de la pasión terrenos.

Efectivamente, en todos estos emblemas, el hombre siempre, ha considerado a sí mismo, o bien al principio interno y divino, origen de dicha aspiración, y que sólo tiene el poder y la capacidad de realizada. También considerando a esa Divinidad como algo exterior, no podía imaginarla sino en forma humana: las religiones más iconoclastas, como el judaísmo y el islamismo, no son por esto menos antropomorfas en lo que se refiere a su concepción del único y solo Dios. Jehová **-el que es-** o Eloah, es bien hombre en todos sus atributos físicos y morales, ~sus iras y pasiones: un verdadero judío entre los judíos; y Allah, el grande, el clemente y el misericordioso, aunque más elevado, más justo e inaccesible, igualmente refleja el exclusivismo, la intransigencia y demás rasgos humanos de sus adoradores. También en el esfuerzo de adorar la pura esencia, como el parsismo **-representándola con la llama sagrada, que así como la hoguera sacrificial de los tiempos védicos y la pira de los griegos, igualmente se levanta de la tierra al cielo-** sus emanaciones creadoras (los Elohim hebreos y los eones gnósticos) no pudieron a menos de recibir características humanas. y no podía ser diferentemente dado que Dios, aunque adorado en el espíritu y verdad, tiene sobre la tierra (el humus o Bhumi) precisamente en el hambre y en la humanidad más elevada, la imagen y semejanza de su Infinita Perfección, que sólo de esta manera puede revelar se exteriormente en sus atributos de Sabiduría, Inteligencia y Poder. Detrás de todo símbolo está pues latente una forma humana, que se imagina interiormente, cuando no se representa exteriormente; a dicha forma latente, o más toscamente expresada en cultos anteriores, los artistas de Grecia y de la India, como los de Egipto y del renacimiento Cristiano, se esforzaron en dar la expresión artística, necesariamente humana, que la hiciera más evidente, como el Verbo que se hace carne al vivir en nosotros. ¿No es éste Arte también la Rosa de la Sabiduría, que hace viviente el simbolismo latente de la piedra o de la cruz?

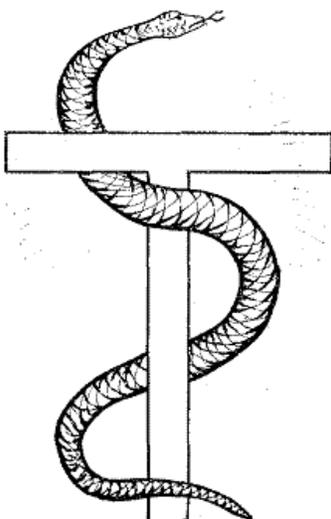
Ahora, si consideramos a la cruz, como la unión de una línea o palo transversal, al tronco, árbol o columna vertical que se ha fijado en el suelo ¿no es éste un bosquejo de la figura humana, una tentativa de darle vida a un emblema de otra manera casi muerto? Por la misma razón una estatua o una cruz o también un árbol) encima de una columna, de una torre, de una cúpula u otro edificio, e igualmente en la más alta cumbre de un monte o de una peña es precisamente el elemento de vida que dignamente corona y completa la mole natural o arquitectónica.

La cruz indica naturalmente al hombre con sus brazos abiertos, en el esfuerzo ideal de su crecimiento vertical, de su aspiración a lo Divino, que no se esteriliza, sino que se hace fecundo, dado que esos brazos abiertos, como las ramas del árbol, derraman las bendiciones de la visión celestial y protegen de todo mal y peligro, de la misma manera que invocan la ayuda superior, y son al mismo tiempo las alas angélicas por medio de las cuales le es dado al hombre elevarse y progresar en la escalera de su continua ascensión evolutiva. En cuanto a la base, cumbre o edificio, sobre el cual se levanta ese símbolo de viviente humanidad, que manifiesta la aspiración a lo Divino, es la propia tierra, de la cual es el hijo o expresión más elevada, y sobre la cual le ha sido dado naturalmente dominio - dominio que se hará siempre más efectivo, en proporción de su elevación y crecimiento en sabiduría, gracia y virtud-la masa todavía dominada por la inercia de la inconsciencia táctica, que ha de ser animada y vivificada por el rajas de la pasión humana (su sangre redentora), expresando el puro satva celestial como conciencia de la Divina Armonía y Plenitud.

LA ROSA EN LA CRUZ

Hemos dicho que la rosa representa el alma y la vida animada del hombre, de la misma manera que la cruz simboliza perfectamente su cuerpo, que se levanta verticalmente sobre la tierra para extenderse lateralmente en cualquier obra o actividad.

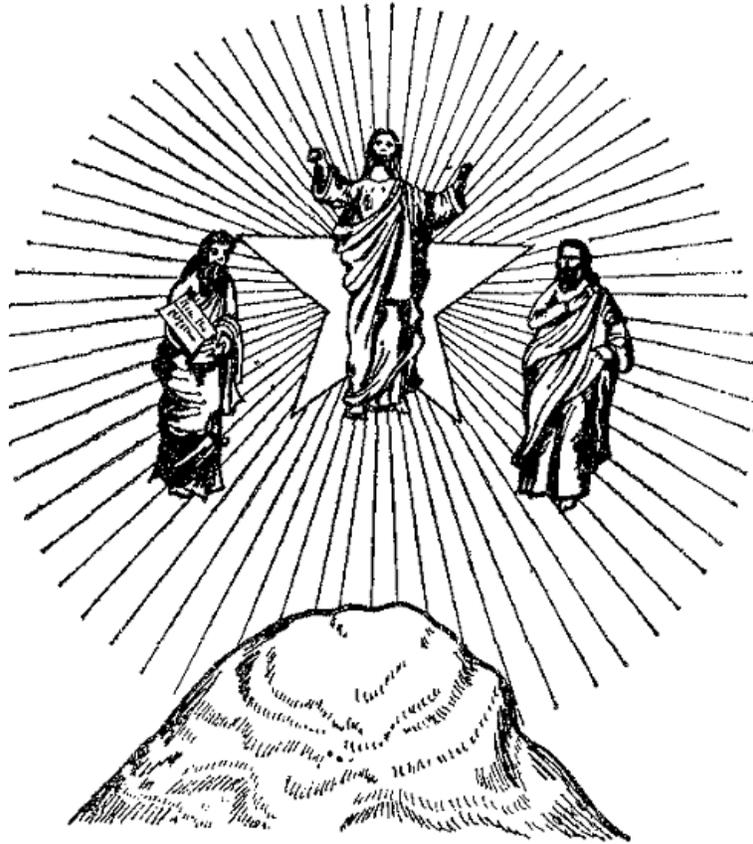
En otras palabras, es un símbolo del mundo interno, del dominio propio de la conciencia y de la inteligencia, así como la cruz indica el dominio del mundo contingente exterior: el templo, sostén en el que se apoya, florece y resplandece la vida.



¿Dónde podría ponerse el centro de esta vida interior de la cruz, su corazón vital y el fuego del alma, sino en la intersección de sus brazos, en el mismo lugar del corazón del hombre? Es al propio tiempo el lugar en que se apoya la cabeza del Hijo del hombre, precisamente para indicar el lugar del cráneo (Gólgota o Calvario) en que se verifica místicamente esa crucifixión o superación del dominio personal de la, ilusión, para encontrar y manifestar el corazón divino de la Realidad **-Dios en nosotros-**.

Pues, ese Hijo del hombre ha de ser levantado, así como Moisés la serpiente (Juan 3-14): todo lo que el hombre ha producido, con sus propios anhelos, deseos, pasiones y aspiraciones, y que se halla en él como potencialidad refleja y latente ha de ser levantado y exaltado en ese Sendero Vertical que indica la cruz y que también representan la Montaña de la Ascensión (símbolo de sus esfuerzos) y el Rayo de la Luz Divina que desciende de arriba para guiarle, iluminarle, sostenerle y finalmente transfigurarle; **-glorificándole entre Moisés y Elías-** la Ley y la fe del pasado, la esperanza profética del porvenir.

Si consideramos ahora más particularmente la expresión de esa Vida Divina representada por la rosa en la cruz del cuerpo del hombre, veremos de arriba abajo la manifestación sucesiva de su cáliz, de su centro dorado con los estambres y de sus cinco pétalos en los siete centros que ya conocemos (V. Manual del Maestro, pág. 110), correspondiendo los cinco inferiores, con sus respectivos tatvas y tanmatras, a dichos pétalos de la Rosa Cósmica. Cada uno de esos centros es, a su vez, una nueva flor, un nuevo loto o rosa, en que ésta se repite nuevamente a sí misma en una forma diferente y más elevada de Sabiduría y de Poder.



Pues, la misma rosa de la vida se expresa en cada centro (punto o foco de la Conciencia Divina en el hombre) como Inteligencia Activa, presidiendo en su conjunto a todas las manifestaciones vitales físicas, psíquicas y espirituales: las funciones orgánicas de la vida vegetativa y animal, los cinco sentidos y los órganos activos de la vida de relación, las diferentes facultades que caracterizan la vida interior, y los poderes que en ésta se manifiestan con el uso y desarrollo progresivo de aquéllas. En cada loto hay la presencia de Shiva y de Shakti, o sea del Padre y de la Madre, del Principio Divino masculino y estático de la conciencia y de su complementario o poder femenino que es inteligencia (Satva), Sustancia (Tamas), Vida y actividad (Rajas).

Cada centro es una copa que produce y recibe el vino de la vida y la mística sangre del Cordero de Dios, e igualmente una de las formas en que se presenta el pan de la Verdad, empastándose", con la harina que forman todas y cada una de las experiencias de la existencia. En cada centro tiene su asiento un aspecto Y una particular revelación del propio poder de la Conciencia, que es así el Camino, la Verdad y la Vida.

SÓLIDOS VIVIENTES

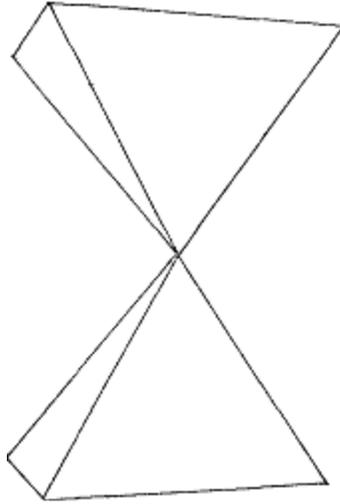
Aquí encontramos igualmente, dispuestos sucesivamente de .abajo arriba, en correspondencia con los tanmatras y demás tatvas (Mahadahhutas e Indriyas) que derivan de ellos, los cinco sólidos platónicos como esencias geométricas animadas por el ritmo creador de la vida. Lo que diferencia estos centros de la Vida Una, es esencialmente la razón numérica que preside a cada uno de ellos como puntos de conciencia y como reflejo micro cósmico de una correspondiente realidad - **arrítmica o trascendente, geométrica o causativo musical o activa, astronómica u objetiva**- existente en el universo. En cada centro tiene su asiento un número, que se expresa como forma, sonido y luz o color, manifestando una particular energía vital y vibrando en armonía simpática con la misma especie, clase y calidad que le corresponde en el mundo exterior.

En cada uno de esos lotos, el centro es el foco de la conciencia que tiene su cáliz en la Realidad Trascendente, mientras los pétalos que expresan sus números, al igual que las caras de los poliedros indican sus cualidades y facultades características.

Tetraedro, cuyas 4 caras reflejan en el espacio la Tétrada primera (representada en el tetragrama y en el centro y vértices del Delta como se ha explicado en el Manual del Perfecto Masón). pueden considerarse como el principio geométrico de muladhara o raíz del cuerpo, el loto de 4 pétalos, cuyas cualidades son las 4 formas de beatitud: Paramánanda, Sahajananda, Yogananda y Virananda. La perpendicular sobre la base (cuya proyección forma el ojo del Delta) es el Lingam Svayambhu de Shiva, mientras ésta es la Yoni o Shaktipitha (escabel de Shakti).

Aquí tienen su asiento, con Gandhatanmatra y Prithiví, el sentido del olfato y el órgano de la locomoción (ambos representados por un elefante blanco con siete trompas) y se origina la Palabra en su estado primordial y latente (Parashabda).

Las seis caras del cubo o hexaedro análogamente se reflejan (en un aspecto o especie dimensional distinta) en los seis pétalos de svadhista, cuyas cualidades mentales están en relación con la facultad asimilativa de la inteligencia, expresadas por Rasa, el tanmatra del gusto que tiene sus correspondientes en este sentido y en el órgano activo de la mano.



Las tendencias asimilativas se encuentran simbolizadas en un pez, mientras 8 pétalos menores internos indican los 8 ángulos triedros del sólido, que se halla en correspondencia con la Divinidad Conservadora Vishnú o Garuda, así como el tetraedro lo está con Brahma, el Principio Creador. La palabra tiene en este loto el aspecto de diferenciación inicial llamado Pashianti.

El octaedro o doble pirámide, está en correspondencia con la nanilmm (la gema), el loto de 10 pétalos (las 10 caras pueden verse en el octaedro, cuando se unan las dos pirámides por los vértices, como la figura; también ha de notarse que en esta forma cristaliza preferentemente la gema por excelencia, el diamante). Esos pétalos son los frutos que el Árbol de la Vida produce por medio de la imaginación, facultad mental de Rupa, El Tanmatra de la forma y de la visión, que preside a este órgano y al elemento fuego. Aquí tiene su asiento Rudra o Shiva, como Divinidad Destructora.

El dodecaedro preside, en la Divina Mathesis, el loto de 12 pétalos, anahata, que se halla cerca del corazón, expresando Sparshatanmatra, la medida del tacto, que corresponde con la facultad del juicio, simbolizada por nuestra escuadra, y aquí representada por un antílope.

También está en este loto el Bana Línga de oro, que indica el alto grado de conciencia que puede ser realizado por medio de la concentración en este centro vital, asiento de Indra y de Júpiter que domina sobre la función de prana y el órgano de la generación.

Los vrittis o cualidades de los doce pétalos, son precisamente las que se relacionan con la facultad mental del juicio: el egoísmo y la discriminación, la esperanza y la ansiedad, etcétera.

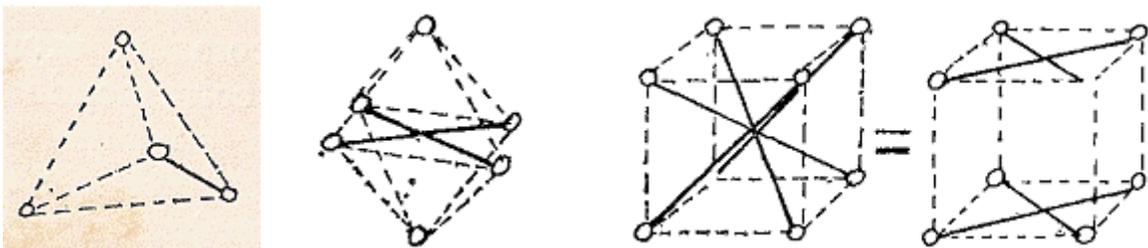
En el sucesivo loto de 15 pétalos **-Vishuddha, centro de la Pureza ideal-**, sobre los cuales se han puesto las vocales que permiten la comprensión y manifiestan en forma audible el sonido mudo de los anteriores, hay una expresión musical del icosaedro, siendo las otras 4 caras representadas por pétalos internos, en correspondencia con las cuatro fases de producción del sonido (Para, Pashianti, Madhiama y Vaikhari), en donde se asienta otro elefante blanco con siete trompas, como en el primer loto, indicando la cualidad mental del primer tanmatra (Shabda), relacionado con los órganos del oído y de la voz.

En el mismo icosaedro se resumen, pues, todos los 20 tatvas anteriores (5 tanmatras, 5 elementos, 5 órganos de la sensación y 5 activos), de la misma manera que en Akasha y Shabdatanmatra se resuelven los otros 4 elementos y medidas cósmicas, en la comprensión las demás facultades mentales, en el oído los demás sentidos, así como en la voz los demás poderes. Por lo tanto, la parte interna de Vishuddha es aquella que contiene estos 4 tatvas principales (que son como los dedos gordos), mientras los demás se expresan en los 16 pétalos exteriores.

La correspondencia del Tetraedro al Muladhara nos explica por qué a la vez como centro a la vez como triangular y cuadrilátero.

EL SOL Y LA LUNA

Ahora debe notarse que toda forma poliédrica se halla representada dinámicamente por un sistema de dos o más sizigias o parejas de puntos en perfecto equilibrio, correspondiendo estos puntos a los vértices de la figura. Dos sizigias forman un tetraedro, tres un octaedro, 4 un cubo, 12 el icosaedro y 20 el dodecaedro.



El sexto loto, ajñá, de dos pétalos blancos, en que se alojan las letras ha y xa (completando, con las 48 de los pétalos anteriores las 50 del alfabeto sánscrito) corresponde geoméricamente a dicha sizigia, origen de las demás formas,

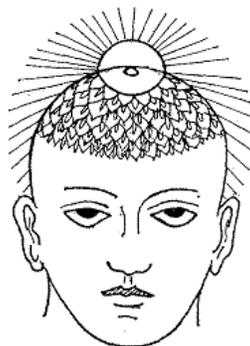
indicando la pareja Purusha-Prakriti (que corresponde a la del Padre, y Verdad, en la enología gnóstica) expresada en los 4 tatvas superiores que tienen su asiento en este centro: Mahat (e] principio de la materia sutil, o Suxmaprakriti), como tanmatra, Manas (la mente), como elemento, Buddhi (el criterio o discernimiento) como sentido, y Ahankara (el que "hace" el yo), como órgano activo.



De esta manera tenemos 24 tatvas (o eones) que corresponden perfectamente a los 24 ángulos rectos del cubo, a las 24 pulgadas de nuestra regla, a las 24 letras del alfabeto griego y al número de ángulos rectos que pueden formar 4 líneas al cruzarse octogonalmente en un espacio de 4 dimensiones. Pues debe notarse que los lotos que tratamos de describir geoméricamente, son realidades de un orden distinto al mundo tridimensional que nuestra ordinario experiencia percibe.

En este sexto centro psíquico se halla, contenido en su Yoni, el Itara-linga "brillante como un relámpago", que es aquél que nos da la intuición y la conciencia de la unidad (advaita). Es la díada o sizigia forma, con el centro una triunidad (o díada monádica) muy bien representada por el emblema de la esfera alada que corona el caduceo, y también se encuentra a menudo separadamente entre símbolos egipcios, persas, etc.

En dicha triunidad se alojan las tres letras de AUM y de Ha-n-Sa, así como los tres gunas o propiedades de Prakriti, la sustancia fundamental (igualmente expresada como Verdad e Inteligencia, forma geométrica ideal y material): Rajas y Tamas en los dos pétalos y Satva en el centro.



En este centro está simbólicamente la luna, sobre la cual se asienta en su aspecto más elevado la Madre Divina, como también aparece en varias imágenes religiosas; pues toda diosa es un aspecto de la Madre Shakti o María, así como todo dios es un aspecto del Padre (Conciencia o Ser) Shiva-Brahman. Ahora, la luna es el hemicíclo inferior o reflejo del Sol, de que es parte inseparable, como lo es la sustancia (Prakriti) de la esencia CPurusha). Por lo tanto, este centro puede también simbolizarse con la medialuna y la estrella, otro emblema de la Madre, que es de signo del Islam -representando la inspiración profética-a pesar de que en esta religión la Madre haya sido teológicamente excluida.

La estrella, símbolo de la esperanza de la fe, compendia en sí las 5 tanmatras y demás tatvas inferiores, sus 5 puntas; mientras el centro indica el sexto tanmatra, tatva y sentido. El hemicíclo o medialuna que está por abajo es su expresión periférica en el mundo de la manifestación.

En cuanto al loto supremo, sahasrara **-el de mil pétalos-** es el verdadero Sol espiritual que ilumina al microcosmos: el asiento de Shiva-Brahman como puro espíritu y esencia suprema, o sea, el nombre verdadero de Dios que se halla en la propia Bóveda o piedra clave de nuestro templo orgánico. En sus mil pétalos se repiten 20 veces las 50 letras de los anteriores (que corresponden también con las 50 caras de los cinco sólidos). Aquí tiene su Oriente la Verdadera Luz que buscamos los masones, y su centro la Gran Realidad, que puede ser comparada a un sol que se levante por encima de la cabeza.

Es el asiento de los 12 tatvas trascendentes, que presiden a los otros 24, y son como los signos zodiacales en que se expresa y se reparte en el mundo o periferia de la Sustancia, la Esencia Divina. El conjunto de los 36 tatvas corresponde así a los 36 decanatos del zodíaco cósmico y humano.

En Sahasrara se realiza el Atma (el ipse o el Ser en sí), por medio de Samadhi o identificación, la suprema etapa del Yoga. De la misma manera, Ajña corresponde con la anterior Dhiana o contemplación que resulta naturalmente del estado de fijeza de la mente, y en los demás chakras tienen su asiento las otras etapas preparatorias de dicha realización.

SOLVE - COAGULA

Si los consideramos en su relación geométrica con los anteriores, representados por los cinco sólidos, estos dos centros superiores y los tatvas

respectivos, pueden parangonarse al centro y a la periferia de una esfera en la cual esas figuras poliédricas se hallan inscritas, y a la cual se aproximan siempre más, según crece el número de las caras.

Tenemos así un septenario geométrico en perfecta correspondencia con los demás septenarios que ya conocemos, y que pueden sintetizarse con los de las notas musicales de los colores, de los planetas y días de la semana y de la creación que les corresponde. El mismo septenario, como ley que gobierna el dominio de la manifestación visible, también se encuentra en la rosa con sus cinco pétalos originarios, el cáliz y el centro dorado con los estambres; aquí también se ve su origen y esencia ternaria.

En todos estos septenarios hay dos límites que constituyen primero y el último término, el principio y el fin, o sea, el Alfa y la Omega. Ellos se identifican al completarse el círculo: así el cáliz se confunde con el botón de oro, el centro con la esfera y la esfera con el centro. Así sucede realmente si se imaginan en progresión evolutiva: del centro o primer punto, al hacerse díada, nace la doble sизigia que origina el tetraedro; de esto se forman, al multiplicarse en 2 y 5 los demás sólidos, y finalmente se llega a la esfera. Esta última, llegando al límite, se vuelve punto y empieza nuevamente el proceso evolutivo.

Así se resuelve nuevamente en su origen y descansa en el sábado de su finalidad, o sea, la perfección del cumplimiento (el consummatum est) toda manifestación y actividad cósmica y humana: del cáliz se origina la rosa y en el mismo tiene su fin, al caer los pétalos, después de ser fecundas las semillas, que representan el sansara cósmico.

En el pan y el vino de la cena tenemos otro aspecto simbólico de la misma ley hermética que expresan las palabras solve-coagula, como equivalente de destrucción y reconstrucción, muerte y regeneración, putrefacción y sublimación, análisis y síntesis.

El pan corresponde al proceso sintético creativo y constructivo de la generación; el vino al analítico o destructivo de la resolución que hace posible la regeneración. En el primero se hallan los cinco tatvas (la tierra como harina, el agua que la empasta, el fuego que cuece, el aire que levanta la masa, y el éter por la forma que se le da) en estado de concreción o coagulación; en el segundo los mismos elementos se hallan en estado de solución. A los cinco se unen el Sol y la Luna (el Padre y la Madre), como esencia y sustancia, completándose el perfecto septenario en dos formas complementarias equivalentes.

En el pan, la esencia es externa y la sustancia interna: comiéndolos esta última se hace manifiesta y nos alimenta; en el vino sucede lo contrario: bebiendo la sustancia se experimenta internamente su espíritu o esencia.

De la misma manera, en cada experiencia de la vida en el mundo de la sensación, percibimos las diferentes cosas u objetos (que nos rodean, primero como sustancia; luego, reflexionando, por medio del análisis, descubrimos la esencia que se encierra en sus elementos (según nos lo hacen conocer los sentidos), y así llegamos del efecto a la causa, del objeto a la Idea, de la cosa al nombre (Nous) que caracteriza su comprensión **-del mundo-** noérico al noético.

De este modo se obra el milagro dionisiaco, repetido por Jesús: el agua de la sensación, llevando en sí el polvo de la tierra y fermentada por el fuego del deseo, se transforma en el vino de la realización espiritual, en que se manifiesta la propia esencia de la vida, y se reconoce en ella la sangre del Principio Creador. Por esta razón el cáliz que la vida nos brinda a cada cual, ha de ser siempre aceptado y gustado, aunque lo creyéramos una bebida mortal, con el objeto de reconocer en su contenido la sangre viva del Amor Divino. En cuanto al pan, se refiere más especialmente a nuestra propia actividad, a aquello que nosotros mismos hacemos: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió", (Juan, 4-34). y el sabor de nuestro pan depende precisamente de la esencia que en aquél manifestamos.

Así como extraemos la esencia de la copa en que bebemos, tenemos que ponerla en el pan como levadura; y en cuanto a la sustancia sólo puede ser el fruto de nuestra labor, el salario o alimento que recibimos de aquél, que nos fortalece y nos hace crecer. La siega es precisamente el gran misterio de Deméter, "y el que siega, recibe salario, y allega fruto para la vida eterna" (Ibíd., 36). El resultado de la siega es el pan filosófico de la Verdad, que es también Verbo o semilla ideal de una nueva y más fecunda actividad.

LA MÚSICA CREADORA

Esa alterna actividad, ese doble movimiento centrífugo y centrípeto, al que se halla sujeta toda la manifestación en su conjunto y en cada una de sus expresiones, produce un ritmo **-el prototipo de todos los ritmos-**, que se identifica con la respiración o aliento de vida en el hombre y en los demás seres vivientes, en que puede, en una forma u otra reconocerse.

Todo se halla sujeto a esa Ley del ritmo o respiración: también las "cosas" y objetos que a primera vista se consideran "sin vida", los átomos y los planetas, las tierras, las rocas y los mares, las estrellas y los astros todos, los sistemas solares y siderales, el cosmos en su ordenado conjunto universal. La respiración de Brahma **-nos dice la filosofía hindú-** crea y disuelve los universos: por medio de la expiración divina, todo viene a la existencia; y por medio de la inspiración todo vuelve nuevamente al seno de Una Existencia Eterna. Ahora, la respiración de los hombres, y demás vivientes, e igualmente toda forma de pulsación y movimiento rítmico, es un aspecto y una expresión de ese Gran Ritmo de respiración creadora, y su perfección depende del grado de armonía que con ésta establece.

La Armonía o conexión de cada aspecto y de cada expresión con el Centro y la Realidad Una de la Vida, de cada ritmo particular con el Gran Ritmo Cósmico, es igualmente la Rosa mística, que se halla en el medio de la Cruz de la Manifestación, que ahora nos aparece como Principio Eterno de la música creadora; la Sabiduría Divina que edifica el universo, ("La Sabiduría levantó su casa, labró sus siete columnas" (Prov. IX-1).) coordinando y desarrollando ordenadamente el devenir, la existencia y el cumplimiento de toda cosa, como parte inseparable de un Todo Unitario. La batería del grado R.C., recuerda estas tres fases como un ternario que se expresa en un septenario, indicando los seis días de la creación y el Sábado del descanso en la perfección que en el dominio físico es representada por el número siete: por esta razón el 7 preside a todo ciclo y octava vibratoria. Ahora, todo ritmo, originado por la Rosa de la Armonía, se expresa necesariamente en una cruz, como puede verse en el ciclo del año y del día, y en el paralelo de la vida humana y de su progreso evolutivo: siempre hay dos puntos equinocciales y dos solsticiales que 10 parten en cuatro estaciones, una mañana y una tarde, un mediodía y una medianoche que comprenden el hemiciclo del día y el de la noche, el hemiciclo de progreso ascendente y descendente. Pero, en todas estas fases **-también expresadas en el cuádruple septenario del ciclo lunar-** la Gran Realidad, que es esencia y sustancia (los elementos de la cena, como Cósmica Dispensación) de ellas, permanece invariable; esos cambios no la afectan, aunque de Ella se originen y en Ella descansen y tengan existencia. Y al hombre, hijo predilecto de esa Realidad, le es dado igualmente alcanzarla y descansar en ella aun en medio del aparente conflicto de la crucifixión exterior; pues, dirigiéndose al Padre, su cabeza se apoya en la rosa, que es el Centro de la Armonía y de la Paz, en el propio medio de la cruz o rueda en incesante movimiento de la vida cósmica.

Cuando así lo hace es el Iniciado que representa la Esfinge en el arcano X del Libro de Hermes: adquiere el poder de dominar exteriormente, con su propia

actitud y disposición interna, aquello que ha cesado de dominada interiormente. Pues, el secreto del dominio en toda: circunstancia, es no recibir pasivamente su influencia externa, sino buscar el apoyo en el Centro de la Realidad Interna, obrando de acuerdo con esa rosa de la Armonía, en la que descansa la cabeza: de esta manera el orden divino se manifiesta dentro de nosotros, y la interna actitud que así se establece, se hace la tónica del acuerdo que, en correspondencia tiene que verificarse en las condiciones externas.

TÉTRADA OGDOADA

En el simbolismo gnóstico la Tétrada Ogdoada constituye la Gran Cruz primordial, en la que se expresa la Rosa de la Unidad, como círculo o serpiente que se halla en el origen de la manifestación cósmica.

El principio del Universo y de toda cosa es, pues una Tétrada **-de la cual se habla también como el Nombre Inefable, de cuatro letras-** cada elemento de la cual es una Sizigia o par de Eones (Eternidades o principios eternos, que se hallan por encima del espacio y del tiempo). La primera sizigia es Profundidad-Pensamiento (Bythos-Ennoia) o bien Inefable y Silencio (Arrhetos-Seigé). De ella nace la segunda, Mente-Verdad (NousAletheia), de la cual igualmente procede el cuarto elemento: hambre-Iglesia (Anthropos-Ekklesia).

Son los mismos elementos del tetragrama que ya conocemos (véase el Manual del Perfecto Masón), representando cada uno un aspecto o modalidad del Ser Divino en las cuatro fases sucesivas del proceso de la manifestación cósmica, que pueden considerarse como la Medianoche o Nadir, el Oriente, el Mediodía y de Occidente de la misma, pero con la advertencia de que no se trata de fases sucesivas, que se sucedan la una a la otra, sino contemporáneas, de manera que la segunda descansa en la primera, la tercera en la segunda, y la cuarta igualmente se apoya en la tercera; todas emanan pues, directa o indirectamente, de la primera y son ellas mismas, pero en una fase o aspecto diferente,

Estas Parejas Divinas, igualmente se identifican para nosotros, con las que aparecen, en forma análoga, en la teogonía mitológica: la primera formada por el Océano y Tetis, o bien el Caos y Gea, identificándose con la fase o base aritmética de la manifestación; la segunda, que componen Urano y Gea, y que corresponde a la fase geométrica; la tercera, de Saturno y Rea, presidiendo a la expresión rítmica o musical; y la cuarta, representada por Zeus-Hera que rige el dominio astronómico de lo visible.



El octonario chino (véase Manual del Maestro) expresa los mismos elementos, en la forma de un octógono, e igualmente se le refieren los 4 u 8 cabires, cuyos misterios se tenían en Samotracia. En una forma material simbólica de la, realidad espiritual, puede verse su reflejo también en los 4 elementos clásicos (Fuego, Aire, Agua y Tierra) y en sus respectivas cualidades (Caliente, Frío, Húmedo y Seco), que son como las shaktis inseparables de los primeros.

En cada elemento (espiritual o material) hay pues el aspecto o principio masculino (que es el Ser o esencia, principio de la Conciencia) y un aspecto complementario femenino (que es su Poder o Cualidad, el principio de la sustancia y de la ciencia o conocimiento).

La primera de estas sizigias eónicas, es la Profundidad Inefable del Ser, el Océano y Abismo (o caos) de la Gran Realidad, la luz Absoluta, que aparece como oscuridad, a la que se une el Silencio del Pensamiento, o sea, la Verdad en un estado igualmente absoluto y latente. Es el Supremo Manantial de todo, en que todo descansa y existe eternamente como principio arrítmico, o Número Absoluto, es decir, sin relación a ninguna medida, limitación, partición o división; pues aquí reina la Unidad Indivisible. El círculo y el punto, 0 y 1, (que son también principios del phallos y de la kteis) representan simbólicamente sus dos aspectos; su unión forma del número 10, que en sí contiene todas las cifras, y es la suma de los 4 elementos de la Tétrada: $1 + 2 + 3 + 4 = 10$.

Esta primera pareja corresponde a la profundidad materna que es el Nadir o Medianoche de la manifestación, sobre la cual todo descansa y cuya gravedad todo lo coordina y lo atrae invenciblemente. Es el tártaro oscuro en donde descansan y se originan todas las posibilidades, que luego vienen a la luz, que se halla al centro

de la tierra, en cuanto está en el propio centro de todo átomo y de toda cosa; aquel centro en que se encuentran el Maestro Masón y la verdadera palabra, y la hora de medianoche, en que precisamente se halla

LA DODÉCADA GEOMÉTRICA

Así como la Unidad, que tiene su más plena expresión en el número 10, es la Ley de la Realidad Suprema, la expresión espacial o geométrica de ésta, resultado de una doble sizigia ha de ser divisible por cuatro, y por lo tanto, origina el círculo zodiacal, o sea, el número 12. Esto preside a los poderes titánicos **-los doce hijos e hijas de Urano y de Gea o Titea-** así como aquél indica el doble quinario de los tanmatras y elementos, y también los Sephirot (plural de sephira).

En el simbolismo gnóstico, la década se halla ofrecida por la segunda Sizigia a la primera, y la dodécada (considerada como imperfecta, relativamente a la década), por la tercera a la segunda. De todas maneras el número 10 es eminentemente aritmético, como geométrico es el número 12, y por lo tanto, pertenecen respectivamente a las primeras dos fases. Por medio de la segunda pareja divina **-la Mente o Padre, y la Verdad Madre-** empieza el génesis o generación ideal de las cosas. Nos encontramos aquí en el Oriente simbólico, de donde viene la luz, en que todas las cosas tienen su principio visible como Arquetipo Ideal. Pero la Mente, que es el mismo espacio uránico, oculta en la latencia todas sus creaciones, hasta que no lleguen por sus propios esfuerzos al horizonte de la visibilidad; así sucede con las creaciones de Urano, como podemos verlo también materialmente en las estrellas del cielo que surgen progresivamente y se hacen visibles, después de haber estado sepultadas en la invisibilidad (las entrañas de la tierra).

Hemos de notar que la Dodécada aparece en todos los 5 sólidos: en los ángulos de las caras del tetraedro, las aristas del cubo y del octaedro, las caras del dodecaedro y los ángulos sólidos del icosaedro. Por estas razones geométricas el número 12 nos da la clave especial de la naturaleza.

Por las mismas razones, la encontramos en los 12 signos del zodiaco y en los meses del año que les corresponden, y simbólicamente, los 12 titanes, los 12 Aditias (los dioses védicos, hijos de Aditi o Titea), los 12 dioses principales de los griegos (que en un segundo tiempo se sobreponen con los titanes), las 12 tribus y los 12 discípulos de todo maestro que encarna y representa al Logos solar.

Entre los gnósticos, doce son igualmente los eones y forman 6 sizigias:

- Paracleto-Fe,
- Paterno-Esperanza,
- Materno-Amor,
- Sempiterno-Intelecto,
- Eclesiástico-Felicidad,
- Deseado-Sabiduría.

Es digno de nota el segundo ternario femenino Intelecto-Felicidad-Sabiduría, que se halla en correspondencia con el primero de las virtudes teologales: Fe-Esperanza-Amor; el Intelecto debe pues acompañarse con la Fe, como la Felicidad con la Esperanza y la Sabiduría con el Amor. Una análoga relación puede verse entre las dos tríadas masculinas.

Estos 12 eones geométricos se suman con los 10 aritméticos que igualmente forman 5 sizigias: Profundo-Mezclante, El que no envejece-Unión, Auto-productor-Leticia, Inamovible-Función, Monogénito-Beatitud y con los primeros 8 (la primera Tétrada de sizigias, con la Péntada y la Héxada) para dar un total de 30 eones y de 15 sizigias (el número triangular de 5). El mismo número 30 en los 4 sonidos del Gran Nombre o Palabra Creativa (según la escuela gnóstica de Marco); el primer sonido resultando de 4 elementos, el segundo igualmente de 4, el tercero de 10 y cuarto de 12.

Este número 30 se acompaña así naturalmente, con el 12 (como se ha visto en el caso del dodecaedro y del icosaedro, que tienen respectivamente 12 caras o vértices y 30 aristas), dividiendo en 309 los signos zodiacales y en 30 días siderales los meses del año.

EL REINO DEL TIEMPO

Con el mismo número 30, que en sí comprende la dodécada (resultante de la multiplicación de 4 por 3), la década (número triangular de 3), el septenario (suma de 4 y 3) y la Unidad (Madre de todos), entramos en el reinado del tiempo, precisamente expresado con el ritmo temario que anima la perfección decádica.

Los 30 eones pertenecen, pues, al reinado de la divina pareja o sizigia, Palabra-Vida, que corresponde con la anterior pagana formada por Cronos-Saturno y Rea-Cibeles: a los 28 (número triangular de 7) que existen incluyendo esta

pareja, formando una cruz septenaria, se unen los dos de la sизigia hija (Hombre-Iglesia o Zeus-Hera), a la que pertenecerá el dominio astronómico como a ésta el musical. También el planeta Saturno cumple en 30 años terrestres el ciclo de su revolución.

La Palabra es, indudablemente, el prototipo de la perfección musical, en cuanto la armonía del sonido es articulada y expresiva; si toda vibración, expresada en un sonido es de por sí creativa (en sentido positivo o negativo, constructor o destructor), en la Palabra esta cualidad se halla en un estado consciente, siendo animada e iluminada por el propio aliento divino del Ser. En ella se resume el poder de los 28 eones (que tienen su correspondencia en un perfecto alfabeto - aquél que permite también ser utilizado numéricamente hasta el número 10003-) y por lo tanto, su expresión puede considerarse como el fruto común de todos.

Las cuatro fases que atribuye la filosofía hindú a la expresión de la Palabra articulada y significativa (Para, Pashianti, Madhiana, Vaikhari) pueden considerarse en correspondencia Con las cuatro sизigias de la Tétrada Ogdoada; y el número 28 indica igualmente las siete notas y vocales (éstas también pueden multiplicarse por aquéllas, resultando 49 combinaciones, en el Circulo unitario y materno del Silencio), según aparecen en las fases. En el 22 el número 28 se halla en un estado latente, siendo el primer septenario sintetizado por la Unidad; esto explica la derivación del alfabeto árabe de 28 letras del sirio-fenicio y hebreo de 22.

Cuando a la Palabra se le une la Vida del propio espíritu animador ("Mis palabras tienen espíritu y vida ... el cielo y la tierra -dominio astronómico o mundo de los efectos-pasarán, mas mis palabras no pasarán"), expresando la Verdad de la Mente Divina (la anterior sизigia) su poder no tiene límite: no puede volver vacía, sino que cumple y hace manifiesta la plenitud (Pleroma o Púrna) inherente en el Espíritu que las envía: "La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre (Nous) que me envió", (Juan, XIV-24).

Esto es el secreto de la palabra de poder, siendo aquella que emana del propio Poder que se halla implícito en el Silencio (primera sизigia de la Tétrada, o parashabda), manifestando la Verdad (segunda sизigia y estado de pashianti) como Vida, en la tercera sизigia (estado madhiana o mediano de Shabda, el Verho).

También puede decirse que, en el Silencio (o primer estadio) la Palabra expresa la fe, en la Verdad la esperanza, en la Vida (cuando se habla en el corazón, en su tercer estadio) el amor; finalmente, al manifestarse en forma audible

sensiblemente (estado de vaikharishabda), expresa la inteligencia, produce la felicidad y cosecha la sabiduría. Esto explica la razón por la cual, la dodécada (que comprende estas cualidades femeninas) es atribuida por su origen a la tercera sизigia, que la ofrece a la segunda.

Mientras la primera sизigia es representada por el número 10 (el 1 de la Profundidad y el 0 ó 9 del Silencio), en cuanto éste indica la perfección aritmética, y la segunda, análogamente por el 9 (la Unidad de la Mente y el número 8 de la Verdad), la tercera se halla indicada por el 8 (siendo la Palabra, que se halla "cerca de Dios y es Dios mismo" una Unidad, y la Vida el septenario que aparece en cada octava vibratoria), número que representa el equilibrio rítmico y la armonía evolutiva, y también La octava como pasaje incesante y continuo de uno a otro ciclo, de una a otra fase y modalidad activa. Y la clepsidra, como ya lo como ya lo hemos visto anteriormente (Manual del Maestro) materializa la forma de esta cifra y presenta a nuestra mente el mismo símbolo de flujo ininterrumpido de la Vida en el Tiempo, al expresar el Verbo en una corriente (Rea), en cuyo cauce estamos y cuyo manantial se encuentra en la gruta de la Eternidad **-allí donde se buscaba y se adoraba antiguamente a la Gran Madre Cibeles-** 3 Indicando las primeras 9 letras las nueve cifras iniciales, las 9 sucesivas de 10 a 90, luego de 100 a 900, y la última letra el 1000.

EL REINO DE LA LUZ

Entre las 24 letras del alfabeto griego, el doctor gnóstico Marcos repartía las 9 consonantes o sonidos mudos de por sí (aunque geoméricamente fecundos y productivos) a la sизigia Mente-Verdad; las 8 líquidas (o sonidos semimudos, que pueden oírse, aunque no tan fuerte y claramente como las vocales propias) a la siguiente Palabra-Vida; y las 7 vocales (elementos sonoros que expresan y hacen patentes los anteriores) a la última: Hombre-Iglesia.

Debe notarse, en primer lugar, que el Hombre del que aquí se trata es el Hombre Celestial, aquél que los anteriores Poderes o Emanaciones Divinas (Elohim) crearon "en su imagen y semejanza", o sea, el Adam Kadmon o Jehová bíblico, el Adima o Prajapati hindú, y el Prometeo o Zeus griego: los dos aparecen distintos, pero se refieren igualmente a este mismo principio. y en cuanto a la Ekklesia que lo acompaña, como Eva a Adán y Bera a Zeus, esa palabra significa propiamente lo que ha sido sacado, producido, manifestado, llevado a la luz.

También en esta sизigia, la Unidad se refiere a Zeus Padre o Prometeo, el premeditado, mientras el número 6 expresa la vida manifiesta, como natural compañera, en la que se unen los dos triángulos que indican las posibilidades del árbol del Bien y del Mal; el septenario en que se suman, es el rayo que se halla a la derecha del Dios Padre, y que expresan en su forma las letras Z y zaino.

El reino propio de Júpiter es el dominio astronómico de la Luz, que se expresa en la esfera de la visibilidad y hace patentes las posibilidades latentes en el dominio aritmético, geométrico y musical de las sизigas anteriores. Pues, en realidad, Júpiter no destrona a Saturno, ni éste al padre Urano, sino que cada uno sigue reinando en su propia esfera, siendo además el principio y base, sobre el cual el otro se apoya y establece su dominio: no son más que un mismo Dios, una sola Realidad, aunque aparezcan bajo aspectos o especies distintas; sólo el monoteísmo fanático, que nace de la incomprensión (el compás cerrado de la inteligencia) puede llamar politeísmo esta simbología comprensiva.

El cuerpo de ese Hombre Cósmico o Celestial, se halla descrito como compuesto de 12 miembros, que naturalmente corresponden a los 12 signos zodiacales; éstos reflejan los 12 poderes titánicos de la primera Dodécada, formando cada cual una nueva sизigia para presidir sobre las 24 horas. Dichas sизigas con la Ogdoada nos dan el número 32, quinta potencia del número 2 (primera sизigia), en el cual la misma Tétrada Ogdoada tiene su más plena expresión, por resultado tiene de la multiplicación de 4 por 8, así como el 12 nace de su adicción, el 2 de su división, y el 4 se reintegra con sustracción.

Treinta y dos es el número de la Sabiduría Informadora del Pleroma (la plenitud propia del dominio infinito de los Principios Eternos), de la que indica los senderos, y al mismo tiempo expresa la perfecta irradiación de la luz en la cruz de la manifestación. En la mitología védica, el número 32 resulta de la suma de los 8 Vasu, con los 10 Rudras y los 12 Adityas, cuando se le unan también el Cielo y la Tierra. También lo obtenemos del cuádruple septenario (28), en que se expresa continuamente el más perfecto acuerdo musical, y que en el cielo produce la división zodiacal en 28 mansiones, al unírseles la Tétrada fundamental.

En su presentación gnóstica, a los 30 eones anteriores, se unen otros dos, formando una nueva sизigia: el Cristo como 3F, y el Espíritu Santo (llamado otras veces Sophía o Sabiduría, y en todo caso femenino) como 329, representado generalmente por una paloma, indicando la Sabiduría Inspiradora que se halla dentro del Pleroma (dominio de la infinitud) y que también informa la manifestación exterior. Estos últimos dos eones, cuyos correspondientes helénicos

forman la pareja virgen Apolo y Atenas-Minerva, se representan numéricamente con 1 y 5, o sea, los sentidos que "informan" la Mente del hombre y, como tanmatras, el universo, y la conciencia interna que en el mismo representa el hijo de Dios. La suma de los dos es precisamente el sexto sentido, la Intuición, que hace al hombre partícipe de la verdadera luz, y le guía para reconocer y expresar la perfección latente de la Imagen Divina **-el Hombre Celestial, representado por el número 7-**, que es el sábado de la manifestación.

LA CRUZ CÓSMICA

Con las dos últimas (Cristo-Espíritu Santo o Apolo-Minerva) tenemos una Péntada de sizigias principales, una péntada decádica, como expresión o fruto de la Tétrada Ogdoada.

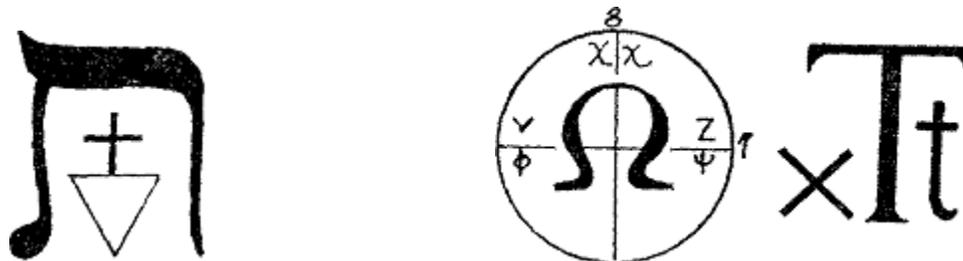
En dicha Péntada puede reconocerse nuevamente la Rosa de cinco pétalos, cuya más plena expresión o multiplicación nos da el numero 32; éste se obtiene también de los 20 primeros tatvas, cuando se suman con los 12 superiores o divinos.

Ahora, como límite inferior de la Perfección del Pleroma (que la Rosa simboliza) aparece un nuevo eón o Principio Eterno, en cuya Unidad (pues, no tiene sizigia) se expresa la Mónada Primigenia, mientras refleja en sí la Tétrada Ogdoada: la Cruz, 339 y último eón, que es límite en cuanto separa la natural deficiencia del mundo contingente de los efectos de la Infinita Plenitud de la Realidad Eterna, y es igualmente participador en cuanto participa de ambos **-de la Eterna Plenitud trascendente y de la externa limitación contingente-** o así pues, separa y une al mismo tiempo lo transitorio y lo eterno, la finitud y la infinitud, la apariencia y la realidad, el fenómeno y el nómeno, la tierra y el cielo, el mundo noérico y el noético, el hombre y Dios.

La Cruz, es tal, en cuanto división y principio de división; y sin embargo, al mismo tiempo es el medio y necesidad de la unión.

Es el principio de paradoja, por separar y unir la inteligencia humana y la divina: la causa de todo error, y el medio indispensable para conseguir la Sabiduría y alcanzar la Verdad; el origen de la pasión y del mal, del pecado y de la muerte, y el camino perfecto de la Liberación, Superación Y Redención.

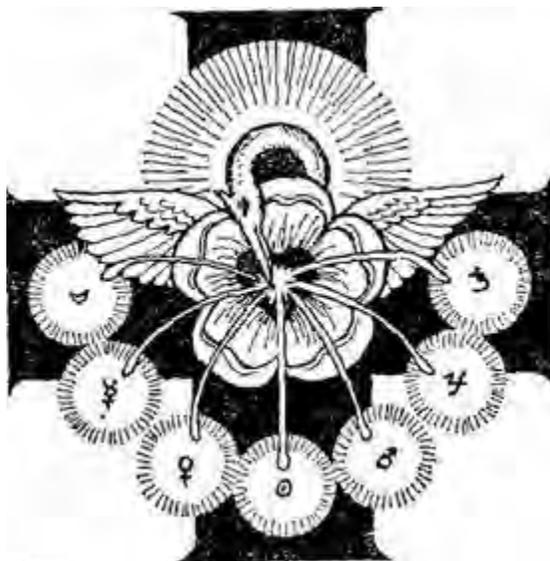
El instrumento material de la muerte, y el árbol de la Vida Eterna: él que se halla en medio del jardín y produce el Néctar y la Ambrosía de que se alimentan los dioses.



Se halla representada en la letra tau que es la última del alfabeto hebreo, con el valor numérico 400, Y la 19^ª del alfabeto griego (con el valor 300), simbolizando el cumplimiento Y perfección (22) de la Gran Obra (19) en el septenario (700) que indica la suma de esos valores.

En los 4 brazos de la Cruz, pueden verse el Oriente y el Occidente, el Nadir de la latencia y el Cenit de la potencia, en el más perfecto equilibrio y armonía, expresando y sintetizando la nada Divina en el foco o límite de su manifestación objetiva: la medianoche representando la primera sизigia, según lo hemos visto anteriormente, como el abismo que se abre por debajo de omega el Oriente, el Cenit y el Mediodía, las otras tres expresadas en el arco superior de la progresiva potencia geométrica, musical y astronómica, Le corresponden las últimas letras de los alfabetos griego y latino.

Por medio de la Cruz, el Logos toma su cuerpo: el Verbo se hace carne ese cuerpo es el cosmos, o sea, el Orden Divino que nace de la expresión luminosa de la Verdad, a través de la Palabra o ritmo musical, y esa carne es la sustancia universal que reviste la Palabra que es Vida y Verdad, la séptuple vestidura de Isis. Así el Hombre Celestial, Zeus-Jehová, se halla crucificado en el espacio como Cristo Cósmico, el Dionisio de los misterios, identificándose con el Agnus Dei, cuya sangre viviente anima y redime toda la manifestación. Y en el centro de la Cruz brota de la Rosa del Pleroma Eterno: un Manantial de Vida Infinita, de la que participamos todos, y que es el propio Espíritu de la Divina Verdad, que nos guía hacia su Plenitud y Perfección. Es el Pelicano Sagrado, de cuya sangre toda forma de existencia recibe Vida, Aliento e Inspiración: la Fuente Eterna de todo Bien y Realidad.



PER CRUCEM AD ROSAM

Hemos visto que la Cruz es el principio del espacio y el campo de la manifestación, el dominio de la multiplicidad y de la división, en el cual la Realidad parece derramarse, esparcirse, morir y perderse. Ahora, esta misma Cruz simboliza para cada uno de nosotros el Sendero de la Vida, pues en toda etapa de (esta nuestro progreso se verifica por medio de un perfecto equilibrio sátvico entre el esfuerzo vertical (de carácter naturalmente rajásico) y el aparente descanso (o condición de pasividad tamusica) sobre el cual se apoya, representados por sus dos brazos.

Estos dos aspectos, inseparables y complementarios de todo progreso, o sea, la armonía entre una condición de pasividad y una de actividad, que se unen y se sostienen la una a la otra, también se ejemplifican en la marcha ordinaria: en cada paso, un pie línea que apoyarse en la tierra, mientras el otro se levanta y realiza un esfuerzo activo y que, sin embargo, se acaba en una igual condición de pasividad, relajándose y apoyándose a su vez en la tierra, y permitiendo así al otro levantarse en su turno.

El mismo ritmo progresivo, en que se alternan y se dan, puede decirse la mano, una condición de pasividad y una de actividad, puede observarse en las mareas y en cualquiera otra moción vibratoria, lo mismo que en todo fenómeno de la naturaleza en sus fases inorgánicas y orgánicas, físicas y psíquicas: a la marea u ola que se levanta, sigue naturalmente un descenso complementario que constituye

la base, preparación y el estímulo de aquél. Siempre hay una condición o fase de subida y una paralela de descenso, una de expansión centrífuga y una de contracción centrípeta, una de esfuerzo vertical y otra de descanso o expansión horizontal.

En la vida del hombre se observa continuamente ese ritmo, esa constante crucifixión del Principio de la Vida que lo anima, para expresarse progresivamente en la existencia exterior, de la Rosa Divina del Ser en la Cruz igualmente divina de su propia manifestación externa.

Uno de los aspectos de dicho ritmo es constituido por el alternarse del estado vigilico con el de sueño. Otros análogos aparecen entre el trabajo y el descanso, la reflexión y la actividad, la determinación y la acción; siempre vemos que la condición pasiva, que se alterna con la activa y la precede, le sirve de base y de apoyo indispensable. La actividad que no fuera precedida por la reflexión, cesaría de tener objeto, valor, y también de ser posible.

Una forma importantísima del mismo ritmo de la vida, la vemos orgánicamente en los dos fenómenos paralelos y armónicos, el uno con el otro, de la respiración y de la circulación de la sangre. La activa pulsación cardíaca, en que se alternan el sístole y el diástole, y el análogo pasivo movimiento de los pulmones, que se contraen para la expiración y se expanden en la inspiración, se hallan en estrecha relación: son respectivamente el centro y la periferia del círculo o esfera de la vida individual, que Comprende en sí todos los demás fenómenos y funciones de la vida fisio-psíquica, unificándolos, reglándolos y dirigiéndolos, cuya perfecta armonía constituye el estado de perfecta salud.

En las dos fases de esos ritmos, una condición es pasiva y otra activa: al contraerse los músculos del corazón, la sangre viene expulsada, por las arterias, ya sean en los pulmones como en las diferentes partes del organismo; al relajarse esos músculos puede afluir por las venas.

Lo inverso sucede en la respiración: la contracción del diafragma hace expandir los pulmones, de manera que puedan llenarse de aire, mientras su relajamiento los hace contraer y vaciar. En los dos casos, el brazo vertical de la cruz representa el movimiento activo, y el horizontal la correspondiente paralela y complementaria condición de relajamiento pasivo.

EN BUSCA DE LA ROSA

En todos estos movimientos alternados, que se unen y se sobreponen el uno al otro, precisamente como los dos brazos de una cruz y los dos diámetros de un círculo, siempre tenemos un objetivo o un fin implícito, una búsqueda inherente, a la que se halla constantemente dirigido el esfuerzo, de lo que parece constantemente desaparecer, disolverse, alejarse, y, que sin embargo, constituye la luz y principio orientador y el estímulo omnipresente de aquél.

Esto que se busca sin cesar, que sin cesar aparece y desaparece, nace y renace, y sigue constantemente orientándonos y dirigiéndonos sobre la Cruz o Sendero de la Vida, de la que es inseparable, es la mística Rosa de la Eterna Realidad, el Verbo divino que sucesivamente se encarna y se desencarna, es hablado y callado, en toda forma de existencia manifiesta, y constituye la armonía particular, y el Principio Eterno y Universal de ésta, en todo ritmo y alterno movimiento.

De esta manera, en la cruz que forman constantemente, y constantemente vuelven a formar rajas y ramas, siempre se halla, se encuentra y desaparece la rosa sálvica, como resultado (y finalidad) siempre buscado, omnipresente, y a pesar de esto, inasequible. Esa Rosa, mortal y efímera en cada una de sus manifestaciones, y al mismo tiempo inmortal y eterna en su oculta inmanente Realidad Divina, es el Principio del Orden que saca el cosmos del caos, de la Luz que domina y vence toda oscuridad, de la Inteligencia que discierne y supera el error, haciéndolo desaparecer en la nada, de la Sabiduría que es Amor, resolviendo todo problema, allanando toda dificultad, componiendo cualquier debate, satisfaciendo hambre, anhelo y deseo, sanando cualquier herida y enfermedad, llenando toda deficiencia, y venciendo todo mal y toda condición negativa, con su propia Eterna, Omnisciente y Omnipresente Plenitud.

Por lo tanto, cualquier cosa que hagamos, cualquiera sea el objeto que anhelamos y la dirección en que dirigimos nuestros esfuerzos y nuestros pasos sobre el Sendero de la Vida, cualquiera sea el mal pesar que nos aflige, el problema o la condición que nos inquieta, las circunstancias y dificultades que nos oprimen, los dolores y las heridas que nos atormentan, siempre estamos en busca de la rosa, que siempre se halla dispuesta a aparecer sobre esa cruz **-la actual contingencia en que se cruzan para nosotros el Tiempo y el Espacio-** que se halla Eternamente Presente en su estado inefable y latente y que se hará patente primero en nuestra conciencia interior y luego en la vida exterior, cuando la

hayamos reconocido, y en el silencio de los clamores externos hayamos escuchado y percibido Su Voz.

Nuestro problema y nuestra dificultad, se hallan en esa Rosa de la Divina Sabiduría y Realidad perfectamente resueltos y compuestos; nuestras dolencias y males completamente aliviados y sanadas; nuestras heridas o destrozos, de orden físico como moral, encuentran en Ella su bálsamo milagroso; toda inquietud y toda pasión desaparecen con el aceite de esa Paz; nuestros errores y las sombras de nuestra vida reciben la Luz Soberana que nos hace manifiesta la Verdad como Plenitud de Bien. De esta manera al desorden profano de la Ignorancia y falta de Discernimiento, en que pacen las pasiones y tendencias inferiores y se originan las discordias y las dificultades, sucede el Orden Divino y la Armonía y su inherente perfección, toman el lugar de la desarmonía y de la imperfección.

Pero la Rosa ha de ser buscada y encontrada en cada etapa, en cada momento, en cada cruz del sendero en que nos hallamos: dondequiera pisan nuestros pies, allí se encuentra actualmente la cruz, siendo ese punto precisamente el contacto con el Eterno Presente de la Realidad; aquí tenemos nuestra oportunidad para encontrar y buscar esa Rosa Divina de la Realidad Eterna, haciendo que florezca y derrame su perfume, esparciendo la gracia del aroma, que es la misma gloria de la gnosis verdadera: el secreto de la letra G, que se encierra en el corazón de la Estrella, cuya Luz únicamente puede guiar alumbrando de adentro nuestra vida individual, para conducirnos a realizar Su Plenitud en la palabra que buscamos y que es el Verbo de Dios en nuestro ser.

EL SANTUARIO DEL ALMA

La Rosa que buscamos constantemente, en cada momento de la vida y en cada etapa de nuestro sendero, es el pleroma gnóstico, o sea, la Plenitud Unitaria de todas las esencias, de todos los Poderes y Cualidades Divinas, la íntima perfección inherente y latente en toda cosa, en todo ser, en toda forma de vida y de existencia y en cualquier momento, condición y circunstancias.

Esa Rosa Pleromática esa Plenitud esencial y sustancial, representada simbólicamente con el número 32 la quinta potencia de la Díada o Sizigia Primordial tiene, como lo hemos visto, en el 33^a eón **-la Cruz o límite del Pleroma-** el propio foco de la manifestación, la división natural entre lo que es real y Eterno y lo que es aparente y transitorio, y al mismo tiempo la puerta o santuario por medio del cual el primero se manifiesta y se expresa en el segundo, que es el fruto en su estación de aquel árbol de la Vida.

En todas y cada una de sus diferentes acepciones, como campo universal de la manifestación cósmica, como cuerpo y ser el hombre, como sendero de la vida, como cruce del Espacio y Tiempo en el aquí y ahora de cada circunstancia y de cada momento, como condición negativa, dolencia, y aflicción de que busca el alivio, la recuperación y la superación, etc.; la cruz es el propio Santuario de la Realidad, o sea, el lugar en donde está la ha de buscarse, y que ha de ser santificado y glorificado con la conciencia y con el reconocimiento actual de la Eterna Presencia y de su Perfección y Plenitud inherentes.

Es la vía estrecha que conduce al Reino **-el mismo Pleroma-** dado que esto se encuentra en el centro, o sea, en una actitud de concentración de la mente y de todas las facultades del ser, y no en la periferia, que es la vía ancha que lleva a la perdición, o sea, a la dispersión de todos los esfuerzos, que de esta manera se desparraman y se dividen en distintas direcciones, dividiendo el alma en esa característica inquietud rajásica que la aleja de su Unidad Divina (el estado edénico), y es la causa de todo mal, desorden y dificultad.

Así como precisa afinar en una punta la extremidad de un hilo o de una cuerda para que pueda pasar por el ojo de una aguja, y no sería posible lograr ese intento cuando ese hilo o esa cuerda tuvieran al contrario sus extremidades abiertas y esparcidas (y ese es precisamente el camello a que se refería Jesús, hablando de la dificultad para un rico en intereses exteriores y esparcidos de ingresar en el Reino de los Cielos), así también precisa que nuestro ser cese de estar dividido en las diferentes direcciones de sus sentimientos, deseos y pasiones y se concentre en lo esencial y real para poder encontrar en esto verdadera Paz, Satisfacción y Felicidad.

La Cruz es el Santuario del Alma, el Altar o lugar elevado, en donde, por medio de la propia elevación (que es la subida en la cruz, en donde con la meditación el alma se fija o se clava sólidamente), hasta llegar al propio centro de la intersección de los brazos (en el cual descansará la cabeza), logrará el contacto con el Padre, que se revela en la mística Rosa, cuya plenitud llena el alma que la reciba como un cáliz abierto **-el propio y verdadero cáliz de la pasión-** cuya fragancia es Paz y Beatitud, bálsamo y remedio, vencimiento y superación de todo mal y de toda dificultad.

Toda condición en la vida, e igualmente toda cosa y todo ser externo, es un santuario, o sea, un lugar sagrado a la Divinidad que en ellos se manifiesta, y que puede reconocerse, como la Rosa en la Cruz, por medio de una conveniente actitud interna de elevación y reverencia. Pues, mientras la religión profana o formal busca

su dios únicamente en el templo o santuario externo que le levanta para adorarle (y que sólo puede ser un símbolo, o sea, un medio para llegar a reconocer el verdadero), la religión del alma busca, reconoce y adora al Único Dios en Espíritu y Verdad, en su propio santuario interno que se levanta sobre la vida externa, en cualquier aspecto y expresión de ésta. Cesa de considerar la vida con ojos profanos (o sea, con la ilusoria distinción entre sagrado y profano, espiritual y material, desde un punto de vista exterior) y la ve en la luz interna que emana del Ojo Divino -**el Centro de la Tétrada o del Delta**- en la propia intersección de la Cruz.

Como Jesús, el Rosacruz ve un altar de Dios en todo momento, lugar y circunstancia de la vida, y su Santuario en todo hombre y en todo ser. Pues, no se fija en la imperfección evidente de las piedras que se hallan al exterior, sino en Aquel que está adentro, el cual le elevará y le hará a su imagen y semejanza.

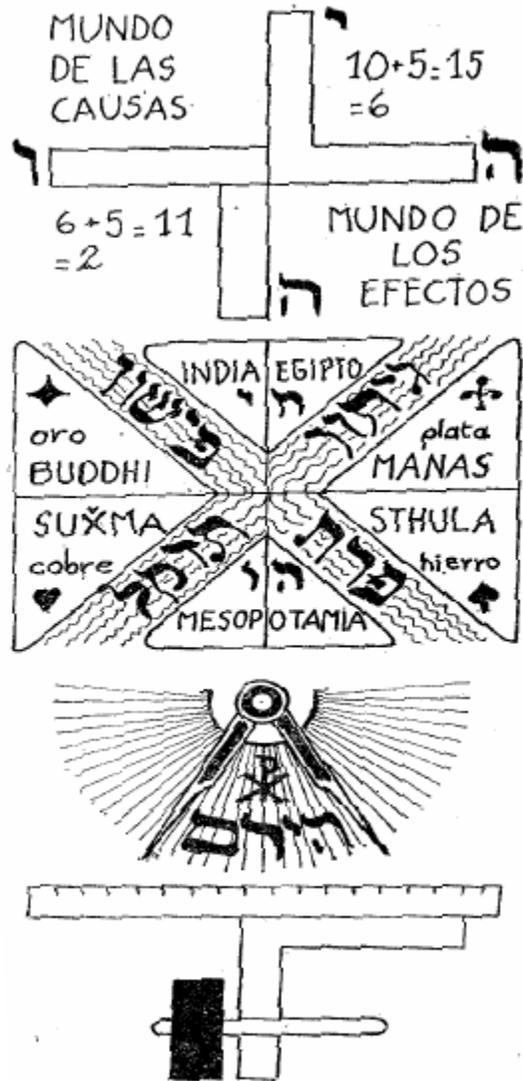
LA CRUZ EDÉNICA

Otro aspecto de la Cruz, como puerta o límite entre la Realidad Trascendente (eónica en el lenguaje gnóstico) y su manifestación subjetivo-objetiva, es el Edén (palabra que significa en hebreo "base, fundación" y que puede relacionarse con el sánscrito adhara, "sostén" y sadhana, "práctica, establecimiento"), huerto o jardín simbólico plantado por Dios al Oriente (u origen de la manifestación objetiva), para poner allí "al hombre que había formado" (su propia imagen o expresión subjetiva).

Ese jardín es precisamente la cruz, cuyos cuatro brazos son los ríos que salen del centro (asiento del Árbol de la Vida) para regarlo: Pisón, Gihón, Hiddekel y Éufrates. Estos ríos han sido muy diferentemente interpretados, y tienen indudablemente más un sentido simbólico; geográficamente parecen relacionarse primero con el Indo, el segundo con el Nilo, y los otros dos son los que forman la Mesopotamia. Etimológicamente Pishún se relaciona con el verbo pashah, "expandirse"; Gihún con geluín, "ombbligo"; Hiddekel (el Tigris) con la palabra semita daqala, "oveja"; Perat con para, perah, perat, "vaca, árbol fructífero, plenitud".

Identificando el árbol de la Vida (su manantial) con el mundo del Atma (el Ser en sí, verdadero nombre o imagen de Dios, la Rosa mística y el Hombre o Adam 1 celestial, creado en principio), los 4 ríos son las cuatro corrientes de vida que lo manifiestan, en correspondencia simbólica con las 4 letras del tetragrama, los 4 brazos de la cruz, los 4 elementos inferiores, los 4 principios del hombre que

siguen al Atma, sus 4 sentidos y facultades inferiores (sin el oído, la palabra y la comprensión), y también los 4 reinos subhumanos: elementario, mineral, vegetal y animal.



Por lo que se refiere al hombre, Pisón es la corriente de vida superior o crística "que cerca toda la tierra de Havilah (del verbo hul o havel, rodar, rodear, circular)', en donde hay oro, o sea, el principio llamado Buddhi (Vijñanamayakosha) o Alma Espiritual, en donde todas las cosas se encuentran en el estado de áurea perfección y bondad ("el oro de aquella tierra es bueno", Gen., II-12). Ese río corresponde al brazo superior de la cruz y a la letra yod, o sea, la

mano o poder divino, símbolo del tacto físico, del juicio, del discernimiento y de la intuición que es el principio de la visión espiritual.

Gihón es, análogamente, la corriente de vida mental o manásica "que rodea toda la tierra de Kush", el dominio de la mente y de la ilusión, el Alma Intelectual o Manas (Manomayakosha) que cuando no se le acompañe Buddhi, el principio del recto juicio y del discernimiento, hace caer al hombre en el error y el pecado, que no es otra cosa sino la imperfección; de esta manera a la búdhica edad de oro, sigue la manásica edad de plato. Corresponde al brazo izquierdo de la cruz y a la primera he tetragrama, así como á la facultad de la visión mental y física.

El tercer río, el Tigris, indica la corriente de vida psíquica o emotiva, la vida interna del Alma Instintiva (Linga o pranormayakosha) que sirve, como la, letra vau de "ligamen" y medio de expresión entre la vida subjetiva y manásica del ser y su manifestación objetiva; la Asiria (del verbo shur) es el lugar del mando o gobierno, e indica, por lo tanto, la voluntad, íntimamente ligada a la pasión y al amor que expresan el mismo metal, el cobre, que corresponde a esta corriente. Simboliza este río el brazo derecho de la cruz, que se extiende hacia el futuro, por medio de la acción, de la misma manera que el izquierdo (o mental) está ligado al pasado, por medio de la memoria y de la reflexión; también le corresponden los indriyas del gusto y de la acción y la facultad de asimilación.

El último río, Perat o Éufrates, representa la corriente de vida física que riega Babilonia, la Puerta de Dios o cuerpo físico (Sthulasharira o Annamayakosha), representado en el brazo inferior de la cruz y en la segunda he del tetragrama, la que con la vau forma HU, o sea, el dominio de la vida animal o fisiopsíquica, instintiva y pasional, que se une y se opone a HI o Hiram, la vida elevada, formada por la unión de la primera he con el yod, o sea, la Inteligencia unida al Discernimiento y la Razón a la Comprensión. Le corresponden el olfato, la facultad del movimiento" y la percepción.

Los 4 ríos forman así dos escuadras, una superior y una inferior, cuya unión se indica en la letra griega y latina X, que constituye la parte inferior del monograma del Cristo (la unión de la X y de la P).

Cuando la mente es dominada por la ignorancia (por ser separada del discernimiento búdhico o hirámico), los tres brazos inferiores de la cruz se hacen los instrumentos de los tres malos compañeros **-la regla de la Ignorancia del principio intelectual, la escuadra del Fanatismo o pasión instintiva, y el malleto de la Ambición en que se satisface el hombre físico-** que matan a Hiram, el principio de la Vida Crística, asiento de la Sabiduría Operativa que sola puede

presidir convenientemente a la Construcción o progreso evolutivo del Templo de la Vida Atmica (Salomón).

De esta manera Hiram o el Cristo resulta crucificado en el T (tau) o ternario inferior, por la misma ignorancia de su pueblo (la mente), el fanatismo sacerdotal (el alma instintiva) y la ambición romana (Roma equivale simbólicamente a Babilonia), hasta vuelva en el íntimo reconocimiento de quienes le buscan Y le abren la puerta en su propio corazón, siendo "la vida verdadera", o sea, el principio sin el cual la vida inferior es condenada de antemano a la muerte o destrucción.

Adam o Adma (cfr. el adjetivo admiya "adámico"), puede relacionarse con el sánscrito afma "sí mismo", además que con Adima "primero".

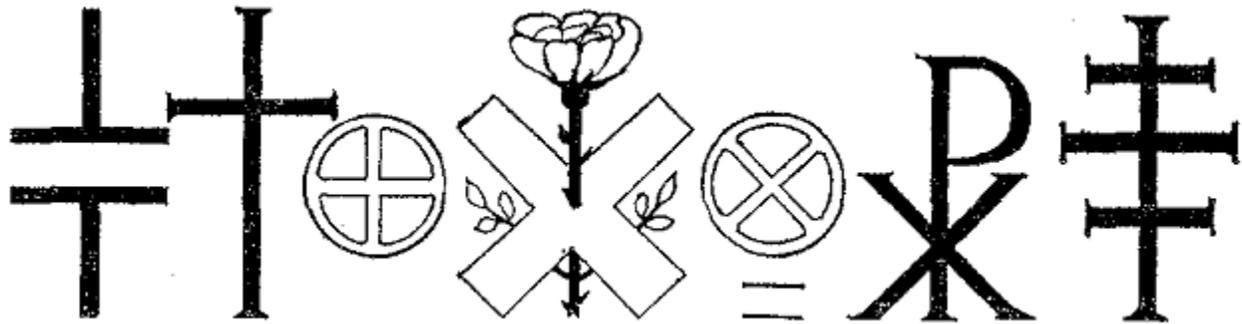
EL ÁRBOL DE LA VIDA

"Y había Jehová (el Atma, o sea, el Ser en sí), hecho nacer de la tierra (mundo objetivo) todo árbol (expresión de la Vida Una) delicioso a la vista (reflejando la perfección geométrica) y bueno para comer (la bondad es cualidad inseparable de lo que es realmente hermoso y verdadero): también el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal, (Gen., II-9).

Los dos árboles centrales, no son en realidad más que dos aspectos o fases del mismo principio esencial, que se alcanza sucesivamente la una por medio de la otra: los dos aspectos, ascendente y descendente de la escala de Jacob, que también simbolizan respectivamente los ángeles y los arcángeles. Hasta que el hombre come del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, o sea, de la actividad causativa de la mente (en sentido positivo o negativo, creativo o destructivo), sin el discernimiento del principio superior, viene con esto a separarse del Árbol de la Vida, en cuanto el tau inferior se separa del tau superior de la cruz, y viene a ser así el instrumento o medio de la muerte y del dolor, que tienen su causa en el propio dominio de las pasiones inferiores (la ignorancia tamásica y el fanatismo rajásico, de cuya unión resulta la ambición).

La Cruz encierra en sí, y por lo tanto, es, estos dos árboles o funciones, que también se hallan más particularmente indicados en las dos letras X y P del monograma crístico: la primera representando los dos principios opuestos (el Bien y el Mal, la Luz y la Oscuridad, el Placer y el Dolor) en su característico quiasma; el segundo la manifestación del pleroma vital (el círculo, emblema del infinito y de lo eterno) en una corriente que desciende en aquél. Ese círculo superior de la letra

ro, es a la vez la plenitud del Todo de que todo emana, y la mística rosa que nace en el centro de la cruz individual o subjetiva por medio de su conciencia y reconocimiento. Dicho monograma erístico o rodostaurotico también puede considerarse sobre tres dimensiones, siendo la cruz horizontal, como árbol del bien y del mal, en cuyo quiasma central se halla verticalmente la Rosa, o sea, el árbol de la vida.



Aquí tenemos también otra imagen muy expresiva del Árbol de la Vida (la rosa, que es también el cáliz de la cena y de la pasión), del que emanan los cuatro ríos, surcando las cuatro direcciones del espacio y de la manifestación, y regando respectivamente al hombre neumático o espiritual, al psíquico y al hílico (o material). En cuanto al quiasma debe notarse que también la facultad del discernimiento, que es el fruto maduro del árbol de la ciencia del bien y del mal y la mística Rosa que es el Camino de la Verdad y de la Vida, tiene precisamente su asiento físico en aquel lugar del cerebro en que se cruzan los dos nervios ópticos; éstos indican la visión doble del bien y del mal (el ojo derecho y el izquierdo), que ha de ser superada en el fuero de, la conciencia, por medio del ojo único o simple que nos da la percepción de la verdadera luz y el poder de manifestarla, de manera que todo el cuerpo (la manifestación objetiva) se hará luminoso.

Así como el árbol del Bien y del Mal (la cruz en su moción centrífuga) nos pone en relación con la serpiente de la realidad objetiva (el círculo o periferia de la manifestación), así igualmente el árbol de la Vida (la cruz en su moción centrípeta o concentrada en lugar de estar esparcida), nos indica el Camino Central de la Verdad, en el cual ponemos los pies como el hijo pródigo para volver a la casa del Padre, o sea, en el estado (le reconocimiento efectivo de la Divina Realidad de nuestro propio Ser Espiritual. Esa misma serpiente cesa de ser la Ilusión tentadora y se trasforma en la espada encendida o llameante que guarda y abre "el camino del árbol de la vida", (Gen., III-24).

LOS TRES HOMBRES

Una forma particular de la cruz **-la de tres brazos-** simboliza los tres hombres:

- "el hombre de la carne" hílico o natural,
- "el hombre de la ley", psíquico o racional, y
- "el hombre nuevo", aquel que ha renacido regenerándose por medio del doble bautismo del Agua y del Espíritu, y se llama, por lo tanto, neumático o espiritual.

El tronco de la cruz representa el sendero vertical de la evolución interna, mientras los brazos son los estadios principales de dicha evolución, las ramas del Árbol que constituyen etapas de descanso momentáneo, de la misma manera que cruzamientos sucesivos en el camino del progreso, por medio de la cooperación voluntaria y consciente, siempre más íntima y estrecha, del hombre con el Principio Interno y Supremo de su vida y de su ser.

El primer hombre es en la Biblia simbolizado por el Adán del pecado y de la caída, no solamente en el dominio de la materia, sino también bajo las leyes de ésta, al perder la gracia de su relación interna con el Principio Omnipotente y Omnisciente del Ser, ocultándose voluntariamente de Su Presencia, entre las ramas de la ilusión terrenal. El segundo es el que busca la Ley y encuentra la Gracia, pero sin llegar a la plenitud de ésta, librándose así del pecado, del mal y de la muerte, o sea, logrando la redención o regeneración: es el que lucha continuamente entre el Bien y el Mal, eligiendo el primero, pero estando todavía sujeto al dominio del segundo, combatiéndolo con la ayuda de aquél, de cuyo lado resueltamente se ha puesto.

Le simbolizan los patriarcas, y en particular Noé, el ternario Abraham-Isaac-Jacob, luego el pueblo elegido en sus diferentes etapas histórico-leyendarias, y finalmente Juan como precursor del hombre nuevo Jesús, su bautismo y su penitencia. Todo el Antiguo Testamento, así como las leyendas históricas de los otros pueblos, indican esa larga transición evolutiva entre el hombre primitivo caído en la ignorancia, raíz de todos sus males al desobedecer la Voz de su Principio Espiritual Animador, y la profética esperanza del Hombre Nuevo, reintegrado en la Gracia de In Verdad, como fruto de su búsqueda del Principio Interno de la Vida -la vuelta del hijo pródigo a la Casa del Padre y sus ejemplar obediencia.

En el primer hombre domina la mente subconsciente desarrollándose especialmente las tres primeras facultades, las que corresponden al olfato, al gusto y a la vista y a los tres hijos de Adán: la percepción o Caín, que cultiva los frutos de la tierra, la imaginación, o sea, Abel, que pastorea las ovejas (imágenes mentales) ofreciendo a Jehová (el Ser) "de su grosura", y la memoria que representa Set, el que está o permanece recibiendo y perpetuando la herencia de sus hermanos.

La imaginación, el más elevado de los tres, es la facultad más alta en el hombre primitivo, dominado casi enteramente por la sensación que a menudo mata a ese hermano, cuya vida no puede ser estable y duradera hasta que el hombre no asciendo a una fase superior, aquélla en que domine la mente consciente, sobreponiéndose a los instintos de una vida prevalentemente animal.

El diluvio representa la primera fase de cruzamiento o pasaje del hombre instintivo o hilico al hombre psíquico o racional, que reconoce y acepta la Ley de la Justicia. Ese hombre es Noé o Noah el hombre novus, o sea, la Inteligencia (Noús) que construye el arca (cuyo nombre hebraico tebah se encuentra en las varias ciudades que fueron llamadas Tebas) en la que descansa reuniendo todos sus pensamientos (los animales) y se salva de las aguas que indican el dominio pasivo de los instintos. El mismo Noé, que ha sido también identificado con Dionisio (Zc//s Nysos), el dios líbero o Libertador, es aquél que planta la vid (el Árbol de la Vida) y con el cual Dios hace su pacto perpetuo por medio del arco en las nubes, imagen de la Intuición o Inspiración (Iris) mensajera entre el Cielo y la Tierra (Gen., IX).

Sus tres hijos son las tres facultades principales de la mente consciente, que se hallan por debajo de la misma Intuición, y corresponden a los sentidos de la vista (Cam), del tacto (Sem) y del oído (Japhet): la imaginación cuyo calor (kham significa propiamente quemar) anima la mente, y a menudo la desvía, deleitándose en contemplar el mal; el juicio (shem significa nombre o signo), que le hace reconocer lo justo; y la comprensión, (yaphet es voz del verbo phet, "abrir, descubrir, persuadir") que abre en la mente el camino de la abstracción y le hace reconocer lo Hermoso y lo Verdadero. También corresponden Sem a la Siria y al Oriente, Cam al Egipto y al Sur, y Japhet a la Grecia y al Occidente: el juicio se hace naturalmente estrecho e iconoclasta, aborreciendo las imágenes que para él representan el camino o de la perdición; pero la comprensión las rehabilita y se sirve de ellas como símbolos materiales de ideas espiritual.

PASAJE DEL MAR ROJO

El pasaje del mar rojo constituye un segundo cruzamiento simbólico, análogo al diluvio, como aquel destinado a formar al pueblo elegido de la Ley y de la Verdad.

Moisés es el hombre salvado de las aguas como Noé, que escucha la voz de Dios por medio de la naciente facultad de la Intuición, que le habla sobre todo encima de la cumbre de su propia elevación, dictándole la ley que ha de gobernar su pueblo (sus pensamientos y sus acciones) y conducirlo a la tierra prometida, que es el dominio del Bien y de la Verdad.

Así como el diluvio indica la superación del estado de pasividad o inercia tamásica, que representa el dominio de la mente subconsciente o híllica, en el pasaje del Mar Rojo vemos la análoga superación del dominio rajásico de la mente consciente o psíquica, animada y dividida por sus propios deseos, pasiones y ambiciones (los egipcios), para llegar a la tierra prometida (estado sátvico) en la cual ha de manifestarse la Inspiración Profética, anunciando y alimentando la mesiánica esperanza del Reino de la Verdad en su divina Plenitud.

Por lo tanto, mientras el diluvio simboliza el pasaje del hombre hílico al hombre psíquico, el Mar Rojo indica la transición de éste al neumático, de la inquietud rajásica a la paz y armonía sátvica, que representa especialmente desde este punto de vista, la ciudad de Jerusalén, sacrificándose el cordero, como emblema de la Voluntad que ha de ser mansa y sumisa a la inspiración.

En el sacrificio del becerro vemos pues un símbolo de la misma superación del dominio tamásico del instinto y de la vida puramente animal; en el del cordero o del macho cabrío hay un igual símbolo del sacrificio de las tendencias rajásicas que son las que rigen de ordinario la mente y permiten su desarrollo.

Estos dos se completarán más adelante con el tercero, el sacrificio de sí mismo sobre la cruz de la pasión individual, cuando la misma personalidad purificada tiene que ser superada, en cuanto dominio de la ilusión de su propia existencia separada, para que la individualidad pueda manifestarse en su Divina Realidad como hijo del Padre.

En ese hombre neumático domina la Mente Espiritual con las dos facultades superior (Sem el Juicio y Jafet, la Comprensión) de la mente consciente, que se unen a la tercera, o inspiración que corresponde al sexto sentido, por medio de la

cual Jehová (el Ser) hace patente su más sabia Voluntad. Por esta razón ajña, asiento de esta facultad, se dice llamarse así por recibirse aquí el mando del Gurú.

La obediencia a esta voz, es la que guía nuevamente al hombre en la senda de la redención o regeneración, de la cual le había alejado la desobediencia adámica, cuando el hombre primitivo prefirió escuchar la voz de la serpiente (Ilusión Periférica) o percepción, hablando a su compañera (la Mente).

Así como esta última nos conduce en el tamásico dominio del error y la ilusión, aquella nos da la capacidad y el poder de superar ese dominio, saliendo del mismo como Israel de Egipto y Teseo del Laberinto, después de haber vencido o matado al Minotauro, el hombre animal.

Siguiendo sus propias tendencias rajásicas, el hombre como Teseo alejase de la Intuición Salvadora (Ariadna), pues ésta solo puede ser verdadera esposa, o sea, compañera constante de quien, como Dionisio sepa afirmar y hacer patente su origen y naturaleza divino. No es suficiente escucharla alguna vez, buscando su auxilio en las dificultades, sino que es preciso obedecerle hasta que se haga la facultad inseparable de la inteligencia individual.

LA REDENCIÓN CRISTICA

El tercer cruzamiento, que representa la tercera línea de Triple Cruz, es emblemático de la redención crística, por medio de la fijación del mercurio (la propia Crucifixión) que produce la transmutación del satva inferior en superior.

Mientras el primer cruzamiento (simbolizado por el diluvio), se cumple principalmente en la región abdominal, y el segundo (pasaje del Mar Rojo) en el dominio rajásico que representa la región torácica, el tercero tiene su lugar en la cabeza, como asiento sátvico de la inteligencia y de sus facultades superiores.

Por lo tanto, es el fruto maduro de un nuevo y más elevado criterio, de un más alto y profundo discernimiento de la Verdad, aquel discernimiento que ha sabido demostrarse superando las tres tentaciones típicas del principio de la ilusión (Mateo IV): a servir los poderes espirituales a las necesidades materiales y a la satisfacción de los instintos animales, a la vanidad de la mente inferior, y a la ambición personal.

La crucifixión se halla igualmente precedida por la ascensión y transfiguración sobre el monte Tabor, apareciendo el Cristo, como Hombre Divino, en su propia celestial elevación, entre las dos facultades superiores que han sido guías de Israel: la comprensión de la Ley (Moisés) y la intuición de la Verdad (Elías), quedando así distanciadas las demás facultades (los discípulos que le habían seguido hasta el monte).

Estos también le dejan en el Calvario (o lugar de la calavera), pues si bien conocen a la personalidad (Jesús) a la cual pertenecen, no saben ni ven la necesidad de que ésta haya de ser trascendida y superada en la afirmación de la Naturaleza Divina o cristificación.

Pues "la hora viene en que el Hijo del Hombre (aquél que ha crecido evolutivamente de todas las facultades humanas) ha de ser glorificado... Y si yo fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo", (Juan XII, 23-32).

Esa hora no puede ser alejada, "mas por eso he venido en esta hora", (Id., 27), resultando de la convergencia de todos los anteriores esfuerzos evolutivos.

Cuando llegue la hora, por su propia madurez interna, el resultado de todos estos esfuerzos tiene que establecerse durablemente o fijarse de una manera permanente en la conciencia de lo Eterno que sólo puede dar la Inmortalidad Verdadera: no es suficiente identificarse temporalmente con esa conciencia por medio de la Comprensión y de la Intuición (Moisés y Elías) como sucede en la transfiguración.

Ese éxtasis momentáneo de por sí profetiza y hace inevitable el perfecto cumplimiento, el Nirvikalpa Samadhi, necesariamente precedido por grados diferentes de Sa vikalpa Samadhi.

.Hay que fijar ese Mercurio de la realización transitoria de lo Divino, o conciencia cósmica, en la forma permanente de la misma cuando ésta se establece para siempre a la derecha del padre, en la superación definitiva del dominio contingente del Tiempo y del Espacio, participando enteramente de Su Gloria o Poder; y esto sólo puede lograrse en la perfecta sизigia de lo Presente con lo Eterno y del aquí con la Omnipresencia, que la propia Cruz simboliza.

Esa completa superación de toda limitación exterior como interior, aunque nos parezca ahora como Meta muy lejana, se halla, sin embargo, formada y viene de por sí natural y gradualmente de todas las pequeñas sucesivas superaciones que

nos esperan en cada momento de la vida sobre la cruz de nuestro propio sendero evolutivo.

Todo momento, condición y circunstancia es la hora justa y propicia para nuestra superación de un error, falsa creencia o limitación mental, que hemos heredado de nuestro pasado, sobre la cual ahora tenemos que subir, para acercarnos siempre más a Aquello que en y desde la Eternidad nos espera.

Todo aquello que se llama maduración del karma en una determinada condición objetiva, es nuestra oportunidad actual para ascender superando internamente el estado de conciencia con que tuvo la causa, y que sólo nos lo atrae y le da poder sobre nosotros, por medio de la crística realización de nuestro Ser Divino (la Imagen de Dios creada en el principio) que nos hace trascender esa conciencia de la imperfección, destruyéndose al mismo tiempo, o redimiéndose su causa y sus efectos.

EL SENDERO KÁRMICO

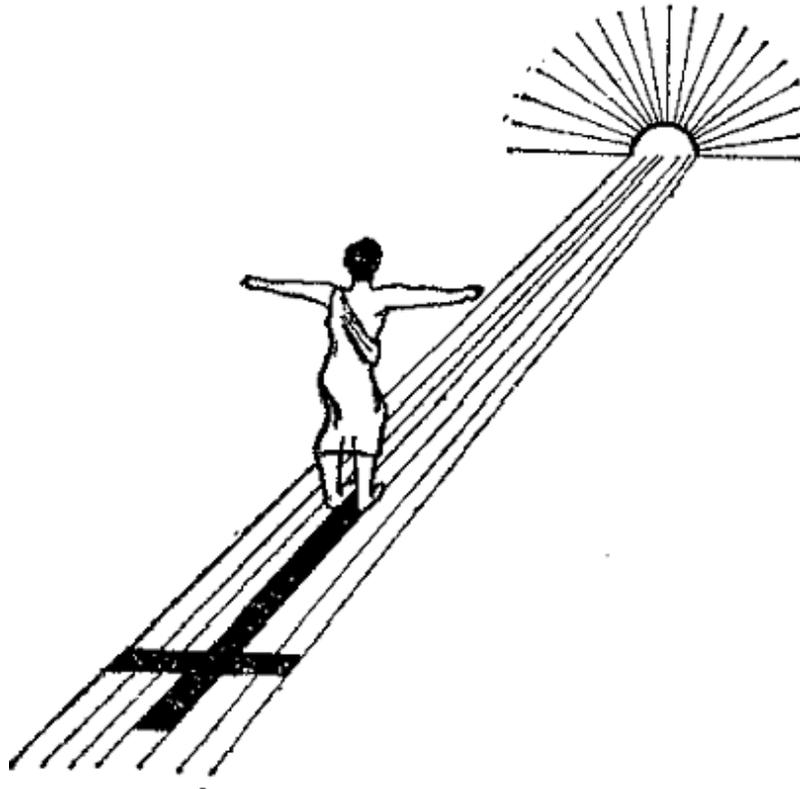
La línea horizontal de la Cruz es también el emblema del karma que, en cada momento de la vida, cruza nuestro sendero, que indica la línea vertical.

El cruzamiento de las dos líneas representa la hora y el lugar más propicios para encontrar la Palabra o Logos de la Realidad, que nos es dado el privilegio de reconocer en una forma siempre más perfecta y elevada; y este reconocimiento que se verifica dentro de nuestra propia conciencia es el botón de la rosa, cuyo florecimiento manifiesta plenamente esta Verdad en nuestro mundo causativo interno y en el mundo exterior de los efectos.

Es pues, un error considerar el Karma como castigo, o simplemente la sanción de la Ley de Justicia por nuestros extravíos, errores y pecados que se apaga exigiéndonos el ojo por el ojo diente por diente.

Considerado desde su punto de vista elevado, el Karma es la Ley del Orden y de la Armonía Universal, expresión de la Divinidad como Amor, que nos ayuda a superar progresivamente nuestras faltas, nuestros errores e imperfecciones, y a manifestar nuestros poderes y posibilidades latentes en un grado siempre más pleno, completo y perfecto.

En otras palabras, el Karma no es una Ley o destino ciego, sino una expresión de la Infinita Sabiduría y del Infinito Amor, y por lo tanto, el complemento indispensable de nuestro sendero, en cada etapa progresiva del mismo y también la necesidad del medio del progreso mismo, que se haya constituido por una serie sucesiva de superaciones.



Todo error ha de ser superado en el más pleno conocimiento de la Verdad, todo pecado en la siempre más pura y perfecta realización de la Vida Divina en nosotros, toda deficiencia en la correspondiente Plenitud, toda imperfección en un grado de Perfección más elevado, toda desarmonía en la Armonía más Íntima y completa, toda limitación alcanzando la condición interna en que cesa de existir, todo mal y conciencia de aquél en el estado interno que reconoce su inexistencia, desde el punto de vista de la Suprema Realidad, y lo supera realizando la cualidad de ésta que es el Bien, Infinito y Omnipresente.

Ahora, el Karma, que como la sombra proyectada por nuestra personalidad, nos sigue constantemente en el Sendero que ilumina la Divina Sabiduría, tiene precisamente el objeto de ayudarnos a reconocer nuestros errores y deficiencias y superarlos. En otras palabras, al presentamos una determinada condición negativa, o alguna circunstancia particularmente desagradable **-resultado de nuestros**

pensamientos, deseos y acciones pasadas- nos ofrece la necesaria oportunidad de superación, y solo será satisfecho cuando cumplamos con la Ley, superando en definitiva las deficiencias internas que lo produjeron,

Por esta razón, una misma experiencia sigue repitiéndose continuamente en la vida, así como un estudiante repite la misma clase o la misma lección, hasta que no hayamos aprendido a enfrentada satisfactoriamente cumpliendo con los requisitos internos **-calidades del carácter y actitud de nuestro propio ser-** que necesitamos adquirir y manifestar para poder ir adelante. Pues el camino estará obstruido (por esos errores o deficiencias nuestros), hasta que hayamos superado las imperfecciones correspondientes, o pulido aquellas asperezas de nuestra piedra; y también si damos un rodeo, o momentáneamente se alejan de nosotros, volveremos a encontrados con seguridad dado que no pasará yod ni un ápice de la Ley hasta que todo no sea cumplido.

Además del karma individual, propio de cada uno de nosotros, hay también un karma colectivo, común a grupos más o menos extensos de individuos, que están envueltos en él según participan de las deficiencias e imperfecciones, errores y falsas creencias de aquellas particulares agrupaciones. Este último su clasifica en seis especies o círculos sucesivos que se hallan el uno dentro del otro, hasta llegar al karma individual: mundial, racial, sub-racial, nacional, comunal y familiar.

Cada una de estas especies, naturalmente influencia y relaciona sobre la otra, y toda solución, superación y composición armónica que se verifique en los grupos menores repercute en los mayores y contribuye al mejoramiento y al progreso de todo el conjunto. Pues, la clave de todo, la base y el principio de la resolución y del progreso del karma colectivo, siempre se halla en el karma individual: la superación que haga particularmente cualquier componente de un determinado grupo, ayudara a la superación de los otros miembros y de todo el conjunto, e igual mente de los demás grupos y de toda la humanidad, Por esto dijo Jesús: Si yo fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo.

Por lo tanto, ningún esfuerzo se pierde: todo progreso que haga un individuo en su propio sendero ayudara al progreso de todos los hombres.

EL PRINCIPIO REDENTOR

Cada cual debe esforzarse individualmente, **-en su propio sendero kármico-** el sendero de la vida y del progreso, cruzado en cada paso por el karma

maduro- trabajando para su propia salvación del error, del mal y de la muerte. Y, sin embargo, este esfuerzo no lo hace enteramente de sí mismo y por sí mismo, sino más bien, relacionándose íntimamente y cooperando armónicamente con el Principio del Progreso y de la Superación, de la Salvación y de la Redención.

Ese Principio es el Cristo Cósmico, la Vida Divina que trasciende todas las limitaciones de la materia, estimula y anima en el hombre el deseo del progreso, y le ayuda, le conforta, le guía y le sostiene en su camino ascendente; es igualmente Hiram, la Vida Elevada del Hombre Universal, el Arquitecto de todo progreso, en armonía con los planes ideales de la Divina Sabiduría, En el poema hindú, conocido como el Bhagavad Gita o Canto del Bienaventurado, se halla simbólicamente personificado por Krisna, que guía el carro de Arjuna, le conforta, aclara sus dudas, y le indica en cada momento el camino recto del deber, sobre el cual únicamente pueden encontrarse el progreso, la paz y la felicidad verdadera.

La existencia y la actividad de este Principio Salvador, nos explica la doctrina ortodoxa de la Iglesia sobre la redención del hombre por la mística virtud del sacrificio y de la sangre del Redentor. Claro está que esa doctrina, literalmente personificando el Cristo en Jesús y el sacrificio en la muerte sobre la cruz que lo representa simbólicamente -como expiación que aplaca la Ley sin necesidad de esfuerzos por parte del hombre-no puede de ninguna manera ser inteligentemente creída ni aceptada.

Pero, si detrás del símbolo buscamos la Divina Verdad que encierra, detrás del Jesús histórico y de su sacrificio ejemplar, vemos al Cristo Cósmico, a que aluden principalmente los escritos de Juan y de Pablo, como Principio de la Redención, Regeneración o Salvación, con la ayuda y por medio del cual únicamente estas pueden lograrse, y que, por otra parte, de ninguna manera excluye, sino que hace indispensable el esfuerzo individual del hombre el sentido de su necesario reconocimiento y cooperación.

Es, pues, cierto que la redención individual y la salvación colectiva del hombre y de la humanidad de la culpa adámica o sea, **-la caída del hombre primitivo ignorante y sensual, en el error, el mal y la muerte, por su desobediencia a la Ley de la Vida Interna, escuchando la ilusión externa-** sólo puede verificarse por medio del Cristo y de su sangre, o sea, reconociendo ese Principio y Su Vida Perfecta en nosotros, y cooperando voluntariamente con el mismo en el proceso de la regeneración, cuya perfección sólo puede libramos de los efectos de la caída adámica. Pero, se trata del Cristo Viviente, como Principio Eterno y Omnipresente, del Logos o Verbo Divino (la palabra que buscamos), al

que no hay que buscar entre los muertos, por sublime y ejemplar que haya sido la misma muerte.

El Maestro que particularmente nos indica al Cristo, puede muy bien simbolizarlo, por haberse íntimamente identificado con su propia conciencia con ese Principio. Mas cuando nos habla desde el punto de vista de esa conciencia y de su realización, hemos de entender y discernir sus palabras, y no confundir, por ejemplo, el cuerpo y la sangre del Principio Crístico (o sea, la Sustancia del Logos y su Vida Perfecta, por medio de cuya asimilación espiritual se efectúa la regeneración individual) con aquellos de la personalidad física que nos los hace reconocer.

Ese Principio es universal e impersonal, común a todos los hombres y a todos los seres, aunque naturalmente no todos sean igualmente capaces de reconocerlo, realizarlo y manifestarlo. El hombre progresa según como llega a reconocerlo en el fuero íntimo de su ser, superando la ilusión de la personalidad adámica con todos sus errores, faltas, deficiencias o pecados. "Porque de su Plenitud tomamos todos", (Juan 1, 16), y "a todos los que In recibieron (iniciándose y comulgando en la conciencia de su Presencia), les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (realizando interiormente la Imagen Divina de su ser) ... los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de, varón (ni por la vida ordinaria, ni por la herencia carnal, ni por la voluntad personal), mas de Dios (el Ser Verdadero y Eterno en nosotros", (Ídem, 12-13).

El sacrificio del Cristo no es el sacrificio particular de un hombre, aunque Maestro y Divino, sino que es el sacrificio diario y universal de la Vida Divina y de su propia inherente perfección, en cada hombre, en cada ser y en cada una de sus manifestaciones comparativamente imperfectas. Por esta razón puede decirse de ese Principio, (Isaías, 53): "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados." y en ese sentido es el Cordero de Dios, que continuamente se sacrifica por el mundo, llevando los pecados de los hombres y redimiéndolos con la sangre de su Vida Perfecta y es igualmente la mística rosa, que se encuentra y florece sobre cada paso de la Cruz Kármica en el sendero de la vida, y que de esta manera realiza nuestra progresiva redención y salvación del principio negativo de la Ilusión que es la causa del mal en todas sus formas.

EL NUEVO NACIMIENTO

Sin embargo, de este sacrificio del Cordero de Dios, o sea, de la Plenitud del Pleroma que se expresa por medio del Cristo en la Cruz de la manifestación contingente para redimirla y reconducida al Padre -de manera que lo relativo Comulgue constantemente con lo Absoluto, en el punto en que se cruzan el Espacio y el Tiempo-, no puede el hombre recibir beneficio efectivo, sino en proporción de su consciente aceptación.

No se ingresa en el Reino de los Cielos, sin hacer el esfuerzo necesario. Este esfuerzo de ninguna manera consiste en alguna violencia exterior, o en obras dirigidas hacia Un objeto exteriormente manifiesto; sino más bien en el más simple y completo abandono de uno mismo a la Sabiduría Infinita y al Amor Omnipotente del Principio Redentor. Este abandono de lo personal a lo Impersonal, de lo limitado a lo Ilimitado, de lo imperfecto a la Perfección misma, y de lo relativo a lo Absoluto, es muy distinto de la simple y pasiva aceptación del mal o de cualquiera otra condición negativa como tales; y también lo es del pasivo abandono que uno puede hacer de sí mismo a sus vicios, hábitos o tendencias inferiores, o bien a alguna entidad extraña, visible o invisible, como sucede en el hipnotismo y en la mediumnidad.

Estas últimas son diferentes formas de lo que se llama en los Evangelios posesión demoníaca, siendo igualmente poseído por un demonio inferior quien se sujeta o se hace pasivamente influenciar por otro ser o personalidad extraña, o simplemente por sus Propios vicios, errores, falsas creencias, pensamientos negativos y tendencias inferiores. Todos estos demonios deben allarse fuera del dominio consciente, como subconsciente, para recobrar la normalidad, en la cual únicamente, después de haber dominado lo inferior, es posible reconocer lo superior y ponernos las manos del único y supremo daimon, según lo entendían los griegos filósofos e iniciados, y que, aunque homónimo, es tan distinto de los demonios inferiores como lo es el Espíritu de los espíritus y la Luz de las tiniebla.

Para ese abandono, que nos lleva al nuevo nacimiento en Cristo del que habla San Pablo, permitiéndonos "comer el pan del reino de los Cielos", sentándonos "con Abraham e Isaac y Jacob" (o sea, ingresar en el conocimiento de la Realidad, establecernos firmemente en la conciencia de la misma, al lado de todos aquellos que igualmente la han realizado, y asimilar y disfrutar sus beneficios), precisa dejar de un lado o subordinar todos los asuntos puramente terrenales o consideraciones materiales. El rico -en posesiones, dominios o conocimientos- ha de hacerse pobre en espíritu, en el sentido de que tiene que cesar

de estar atado por todas aquellas cosas que, perteneciendo a lo relativo, le impiden la plena y perfecta realización de lo Absoluto; esto no significa que uno deba necesariamente despojarse materialmente de lo que posea o haya adquirido, si es que logra igualmente el perfecto desapego espiritual, para el cual el mismo despojo material sólo puede servir como medio.

Como en la parábola del Convite (Lucas XIV) está todo aparejado desde la Eternidad; sin embargo, los convidados tienen todos alguna razón exterior que les impide en el momento justo, aceptar la invitación y gozar los beneficios del Reino. Quien tiene la nueva "hacienda", quien las "cinco yuntas de bueyes", mientras otro tiene la mujer, o sea, la personalidad, con la que acaba de casarse. Por lo tanto, los que se sientan a la mesa son "los pobres, los mancos, y cojos, y ciegos" todos aquellos que tienen que buscar el reino por alguna necesidad o falta exterior, que no tienen otra manera para satisfacer: los pobres de salud, como de sustancias, de juicio y de falta de control sobre las circunstancias; los mancos por falta de comprensión, los cojos por fe deficiente que les hace vacilar en cada paso, y los ciegos que no conocen todavía la luz de la Verdad. He aquí siete variedades de necesitados espiritual y materialmente, cuya hambre les hace aceptar la invitación del Reino.

Así pues, "cualquiera que no trae su cruz, y viene en pos de mí" (sigue el Camino de la Luz, trayéndose la cruz de su propia sombra kármica, y buscando la solución espiritual de los diferentes problemas materiales que ésta en cada paso le presenta), y "cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee" (que no tenga el discernimiento necesario, para comprender el carácter transitorio e ilusorio de todas las posesiones ex-ternas), "no puede ser mi discípulo", (Id., 27 Y 33).

"Buena es la sal (el Discernimiento); mas si aún la sal fuere desvanecida ¿con qué se salará? Ni para la tierra, ni para el muladar es buena" (Id., 34 Y 35).

EL "AGUA" Y EL "ESPÍRITU"

El mismo nuevo nacimiento, como ya lo hemos dicho otras veces, ha de ser de agua y de espíritu, (Juan III, 5), a diferencia del nacimiento ordinario, que únicamente procede de la carne, o sea, del dominio corruptible de lo transitorio. Aquí tenemos expresado el Gran Misterio de la Regeneración, según lo entienden y se esfuerzan por realizarlo todos los verdaderos Rosacruces. Pues: lo que es nacido de la carne (de lo formado o transitorio), carne es (es forma transitoria); y lo

que es nacido del Espíritu (del soplo de la Eterna Realidad), Espíritu es (participa de aquella Realidad, aun dentro del propio dominio de lo carnal y contingente)", (Id., 6).

La misma agua y el mismo espíritu se mencionan como principios esenciales en el inicio del Génesis: "y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas", (I -2). Así como el "Espíritu" es la esencia o principio de toda actividad y de todo movimiento (pues, siempre se trata en todo caso de una forma de inspiración), como lo vemos en su símbolo sensible, el viento, cuyo soplo anima y mueve toda la naturaleza, y también en la respiración del hombre, de la que es el principio energético animativo (en sánscrito prana significa igualmente "expiración, respiración, fuerza vital" y fuerza en general); así igualmente, el Agua es la sustancia eterna, y eternamente amorfa, de todo lo que puede hacerse de alguna manera sensible para nosotros, exterior como interiormente: sus olas son precisamente lo que forman todo lo que aparece como idea, pensamiento, emoción, palabra, acción y cosas externas. Estas olas son producidas por el "soplo" del Espíritu, que se mueve constantemente por encima de "las aguas".

Esta Sustancia Amorfa (que es la materia prima de los alquimistas), aunque exteriormente variable, y por lo tanto, inasequible como el Proteo mitológico, es interiormente invariable y permanente en su propio estado, sin que pueda sufrir variaciones de ninguna naturaleza. Este doble aspecto corresponde simbólicamente a las dos fases fundamentales o caras de la Luna, y en el lenguaje gnóstico corresponde a la Sophía fuera y dentro del Pleroma, o sea, respectivamente, en su apariencia y en realidad.

En su carácter permanente es el "esperma" o semilla de todo lo que puede producirse: aquello que conserva eternamente la memoria, la esencia y las características de todo lo que ha existido, e igualmente contiene, al estado latente y profético, todo lo que, puede existir y existirá, y que se hará manifiesto, como rosa de la Vida, en la cruz de su contingencia. Desde este punto de vista, las aguas corresponden al Padre, y el Espíritu, que es el principio del movimiento o shakti, a la Madre de lo manifiesto; y efectivamente, en la simbología hindú se representa la unión divina, precisamente como lo indica el versículo citado del Génesis, con la Madre activa sobre el Padre.

La misma Agua ha de convertirse en vino o sangre, para que se cumpla el Misterio de la Regeneración; e igualmente el Espíritu, por medio del Verbo que lo expresa, debe hacerse pan () carne. Esta es la verdadera cena de los rosacruces, por cuyo medio se verifica, individual y místicamente, la transustanciación, cuando el

"agua" de la vida ordinaria, se espiritualiza por el Amor de la Madre Divina, se sublima y manifiesta la quintaesencia vital, que la convierte en el precioso "elixir" que es el Néctar de la Inmortalidad; igualmente el "soplo" del respiro ordinario, realiza en sí mismo el verbo viviente de Dios, que lo convierte en Pan de la Verdad, que es conciencia de la Realidad, y por ende Ambrosía y piedra filosofal.

LAS AGUAS VITALES

Así como hay una sola Realidad, espiritual también en su expresión externa más sensible y aparentemente más grosera, así también la totalidad del ser del hombre (en su triple aspecto físico, psíquico y espiritual o neumático) es una sola y misma realidad indivisible en su más plena y perfecta expresión terrenal. En otras palabras, el mismo cuerpo del hombre es Espíritu, aunque en un grado u octava vibratoria diferente de su "psiquis" y de los que se llaman ordinariamente sus principios y vehículos superiores: las mismas "aguas" y el mismo "espíritu" forman el Atma y el cuerpo carnal.

Estas aguas y este espíritu, divinos igualmente por su esencia, y que igualmente producen la generación y la regeneración, no hay que buscarlos muy lejos: se encuentran aquí, en nuestro propio cuerpo terrenal, y lo que nos falta es reconocer y realizar -elevándola en su propia Infinita Potencia, ordinariamente latente-la Divina Esencia, cuya plenitud ha de hacer manifiesta la Vida Inmortal en el cuerpo, "porque es menester que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y esto mortal sea vestido de inmortalidad ... entonces se efectuará la palabra que está escrita: sorbida es la muerte con la victoria", (Cor. XV, 53-54).

Las Aguas de la generación divina tienen su correspondiente orgánico en el producto de las glándulas de secreción interna, especialmente las glándulas sexuales, igualmente en el hombre como en la mujer (testículos y ovarios). Estas glándulas son aquéllas que elaboran el plasma vital como quintaesencia orgánica, de manera que constituyen, como un reflejo o expresión inferior de las Aguas primeras, y por lo tanto, permiten la transmisión y continuidad de la vida orgánica, y su relativa perpetuidad, a pesar de la muerte o destrucción inevitable de todas las formas orgánicas que se cristalizan, se secan y degeneran en la senilidad, cuando falten o sean deficientes estas "aguas" renovadoras, que han de humedecerlas y penetrarlas constantemente, para que se conserven la juventud y el frescor.

En dichas aguas, por medio de su conservación, purificación y sublimación se halla precisamente la base orgánica primera del proceso de regeneración, que es

la misma Gran Obra hermética, pues en ellas realmente confluyen los cuatro ríos de la vida física, psíquica, mental y espiritual, que riegan nuestro propio dominio edénico o residencia terrenal.

Estas aguas constituyen realmente la síntesis de todo el organismo, pues de ellas se forma y en ellas se disuelve: cuando cesen las aguas, cesa la base de la vida y sobreviene lo que se llama muerte orgánica. En realidad, son las aguas de la vida que han abandonado su cauce, y le dejan "seco" y sin vida. Además, por la expresada relación del Árbol de la Vida (que es la misma cruz, como también lo es, en un sentido general, el cuerpo todo), con sus cuatro raíces o corrientes, también representa la cruz estas aguas de vida en su doble aspecto sexual, y en su doble dirección: hacia abajo (o sea, para la generación) y hacia arriba (en la regeneración).

En el mismo marco simbólico, puede el fluido seminal considerarse como resultante y manantial de los otros cuatro principales fluidos orgánicos: la linfa, la sangre, la bilis y la leche, que a su vez corresponden a los cuatro elementos **-el agua, el aire, el fuego y la tierra-** otro aspecto de los ríos edénicos.

De todos modos, aparece evidente su importancia para la perfecta conservación de la vida y su progresivo desarrollo evolutivo. Por esta razón, en todos los tiempos, y más especialmente entre los pueblos arios, se ha considerado la castidad como una de las virtudes necesarias para lograr la plenitud de la Vida Verdadera; y particularmente la no dispersión del fluido seminal, su purificación (por medio de la dieta más apropiada, esencialmente vital y vitalizadora, de la que estén excluidos todos los elementos que lleven en sí el sello tamásico de la muerte y rajdsico de la pasión), y sublimación (por medio del "espíritu"), como los tres puntos primeros en el proceso de regeneración, que simbolizan los primeros golpes de la batería del grado R.C.

Cuando sea convenientemente purificada y sublimada, será para la misma persona "una fuente de agua viva que brota para la vida eterna".

EL "RESPIRO DE VIDA"

Tanto el griego pneuma como el hebreo Ruh o ruah y el latín spiritus tienen los dos sentidos de "espíritu" y de soplo o viento; precisamente con ambos se halla empleado el primero en el mismo Cap. III del evangelio juanítico (versículos 5 y 8) en el Génesis la palabra ruah aparece en el citado versículo 2 (primer capítulo, y

en el versículo 7 del segundo: "Formo pues Jehová (Qui est) al hombre del polvo de la tierra, y alentó su nariz soplo de vida (Ruah Nephesh)." Esa palabra soplo hubiera podido traducirse también espíritu, viento o respiro. Ese "soplo, espíritu a respiro de vida:" es pues el mismo "soplo, espíritu o respiro de Dios que espiraba sobre la haz de las aguas" al principio de la manifestación cósmica, y sigue haciéndolo todavía igualmente en el Macro coma en el Microcosmos: pues si cesara un solo instante de soplar, el uno y el otro desaparecerían, junto con el Tiempo en que existen, en las fauces voraces del Gran Dragón o Serpiente de la Eternidad.

Este soplo divino que está en nosotros, además de manifestarse materialmente en la función respiratoria y en la circulación de la sangre (hemos visto cómo las dos están íntimamente enlazadas), es aquél que preside a todo ritmo de nuestra naturaleza psíquica y mental, y además el que da a nuestra conciencia el sentido del tiempo, y por ende la existencia dentro del mismo.

Esa palabra ruah es femenina en todos los idiomas semíticos, y por lo tanto, la expresión "Espíritu de Dios" equivale exactamente a la hindú Shakti o Brahmashakti; es la Madre por excelencia, llamada también Kali, femenino de kala, "tiempo". Los pueblos de la pequeña ecumenia frigio-helénica la llamaron Rea o Cibeles, la esposa de Cronos o Saturno, y es interesante el paralelismo fonético entre Rea y Ruah, al lado del sentido propio del primero (corriente).

Ahora, ese Espíritu o Alienta de Vida, principio de toda inspiración física, psíquica y espiritual, que es el mismo prana de los yogis de la India, en los diferentes sentidos de esta palabra (principio de todo movimiento o animación, espiritual y mental igualmente como sutil y grosera), es el segundo elemento esencial de la regeneración que debe juntarse y obrar en perfecta armonía con las Aguas de Vida (manifestación fisiopsíquica de las Aguas primordiales del Océano del Ser, primer elemento de la cosmogonía órfica).

Respirar en el significado más elevado de esta palabra, es recibir la divina inspiración, o sea, tomar parte en el celeste Convite en que se recibe y se come o comulga el Pan de la Viviente Verdad, el Verbo que se hace carne, y como tal piedra fundamental de nuestra Ekklesia individual, o piedra filosofal que por su presencia efectúa cualquiera transmutación de la inferior al superior, de la imperfección evidente a la Divina Perfección latente en la primera como Eterna y más verdadera realidad. Es amar a sophía, la Celeste Sabiduría y ser verdadero filósofo.

Por lo tanto, la respiración, como sadhana o práctica de realización espiritual, según la entienden los yogis, se halla muy lejos de ser el ejercicio puramente material, o accesorio de importancia secundaria, como puede considerarlo quien no haya logrado el discernimiento de su naturaleza verdadera. ¿Cómo pudiera no ser espiritual, aquello mismo que manifiesta en nosotros, en la integridad de nuestro ser, o sea, en todos sus diferentes principios y elementos, el propio Espíritu de Dios, de manera que se nos hace sensible física coma espiritualmente?

La práctica o etapa del Yoga llamada Pranayama, es pues, rectamente entendida, la cena más verdadera de los Rosacruces: aquella que más completamente alimenta el cuerpo, el alma y el espíritu, favoreciendo el triple discernimiento de la Vía de la Verdad y de la Vida. La Ambrosía que se sirve en la mesa de los dioses y la piedra que transmuta todas nuestras imperfecciones, aquella misma de la cual ha de nacer o brotar la rosa mística, y por cuyo calor (el fuego hijo de la Madre Divina, que es el Aliento Sagrado o Espíritu Santo) las aguas inferiores de la generación terrenal se convierten en el Néctar de la Inmortalidad, el Elixir de la Vida o de la regeneración espiritual.

PRANAYAMA

La palabra sánscrita pranayama se traduce generalmente "dominio o control (yama) de prana", entendiéndose este último tanto como "respiración", que como el principio de la misma, o la fuerza y energía primordial que en ella se manifiesta produciéndola, siendo además el agente causativo de toda vida, actividad y movimiento. Otros la dividen, tal vez con mayor acierto, en prana y ayama, o sea, la extensión de Prana, dado que el Pranayama consiste precisamente en extender y hacer siempre muy profundo y unitivo el ritmo respiratorio, hasta el punto que por su medio se alcanza la mística unión divina de Shiva y de Shald i, o sea, el Principio de la Conciencia y su Poder, que constituye las dos polaridades suprema y profunda del ser del hombre -los que originan respectivamente, su Atma y su cuerpo-y con esa unión, cuando haya llegado a la perfección, haciéndose permanente, la completa liberación (Nirvikalpa Samadhi, a Mokshll).

Para entender, y estar en condición de practicar el mismo Prallayama, es preciso saber que a lo largo de la espina dorsal (en sanscrito Meru o Brahmada), que es el propio Árbol de {a Vida en su aspecto físico, el asta de la Cruz y el tallo de la rosa, se encuentran las tres corrientes vitales conocidas como Ida, Pingala y Sushumna, también simbolizadas a veces con los nombres de ríos de

la India. Las dos primeras pueden considerarse como correspondientes al Tigris y al Eúfrates, y la tercera a Cishón y Pishón a la vez, por su doble carácter ascendente y descendente.

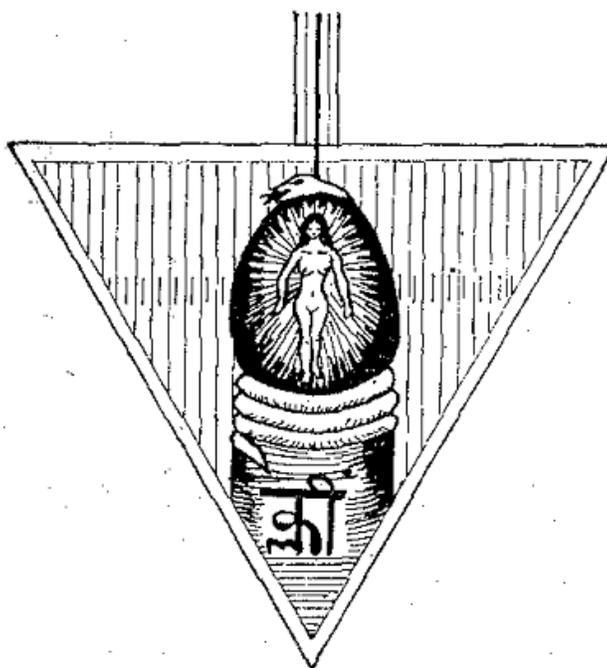
Ida, llamada también simbólicamente la Luna, se origina en la ventana izquierda de la nariz y termina en el testículo (u ovario) derecho, correspondiendo al río Ganga. Pingala, que corresponde con el Sol y el río Yamuna, recorre de la misma manera de la ventana derecha a la parte sexual izquierda. Sushumna, simbólicamente el Fuego y el río Sarasvati (diosa de la sabiduría y esposa de Vishnú), une los dos extremos del Árbol: el vértice de la cabeza o Brahmarandhra, y su base, en donde se halla la Puerta de Brahma (Brahmadvara).

Aquí se encuentra la Devi Kundali o Divina Shakti, el principio energético Madre del Universo, que ha formado el cuerpo y lo sostiene, al estado de poder latente, o sea, en la más perfecta quietud o descanso que representa una serpiente enrollada en sí misma (por esta razón se la llama Kundali o Kundalini), formando con sus espiras siete hemiciclos en derredor del Lingam Sagrado, imagen de su esposo Shivabrahman o Principio de la Conciencia del Ser (Sat).

El propio Sushumna es triple, siendo formado por 11 (canales, ríos o corrientes (Nadi) que se hallan el uno dentro de otro: el más exterior, tamásico y de la naturaleza del fuego (Val nisvarupa), el intermedio rajásico y de la naturaleza del Sol (Suriasvarupa), el más íntimo y sutil, llamado Chitra o Chilrilli, de la naturaleza de la Luna (Chandrasvarupa) y sátvico.

Ida o Shashi es femenino (Shaktirupa) y corresponde a la mitad izquierda del cuerpo, alimentando la actividad constructiva del organismo, lo mismo que su sensibilidad e inteligencia, presidiendo particularmente a los 5 Jñanendriyas. Pingala o Mihira es masculino (Raudratmika), corresponde a la mitad derecha del organismo, a la actividad destructiva y renovadora, presidiendo a la voluntad y a sus Karmendriyas, y predominando en aquellas acciones que requieren más fuerza y violencia.

Este calienta el organismo y anima a la actividad y al movimiento, mientras el primero es parangonado al néctar que lo refresca, recibiendo, calmando y armonizando el impulso violento, y por sí solo "destructor" del segundo, haciéndolo fecundo y constructor. Los dos producen Kala, el Tiempo, pues con su flujo nos dan la noción y conciencia del mismo, mientras es Su destructor, la serpiente que lo devora, pues su flujo nos precipita en la Conciencia Eterna.

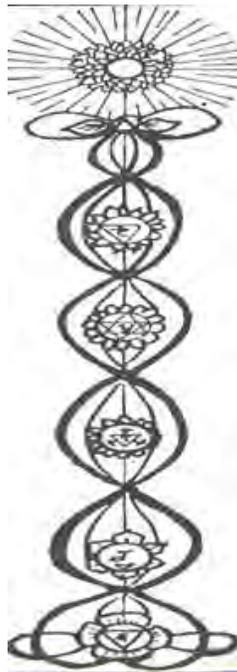


EL PODER DE LA SERPIENTE

Las tres corrientes se juntan dos veces, en la base de la espina (en Muladhara, en la raíz del Árbol de la Vida), y al terminarse de la misma, con la médula alargada, en el centro de la cabeza (asiento del loto llamado Ajñá). En el primero forman el Yuktatriveni, o confluencia can que se atan; en el segundo el Muktatriveni, aquella en que se libran o desatan. La actividad ordinaria del organismo y la vida del mismo, y en el mismo, tanto en el estado vigílico (Jagrat), como en el de sueño (Sva pna), se hallan sostenidas, alimentadas y fomentadas por el flujo alterno de las dos corrientes Ida y Pingala. Pues es un hecho fisiológico, desde tiempos remotísimos observados y estudiados en la India, de que general y normalmente el hombre respira de un solo lado a la vez de la nariz; ora con el derecho, y ora con el izquierdo. Toda vez que el justo y perfecto ritmo de ese flujo se altere, sobreviene, según las mismas escrituras hindúes, algún disturbio, una enfermedad y la muerte misma, cuando la dicha alteración no se componga oportunamente.

De aquí viene también un remedio natural y sencillo para cualquier clase de enfermedad, que cuando menos aliviará la Condición. Cerrar con el dedo la ventana de la nariz que está fluyendo en exceso (más frecuentemente se trata de la

derecha,) y respira por algún tiempo con la otra. Estas dos corrientes son pues las verdaderas (y no simplemente simbólicas) columnas fundamentales del Templo de la Vida orgánicas, dado que sostienen y permiten su actividad fisiológica la columna de la Fuerza (Durga) y la de la Arlllonia (Lakshmi), mientras la Sabiduría (Sarasvati) corresponde II Snshumna. Todas las demás corrientes menores (se cuentan como 72 mil) derivan de ellas, presidiendo a las funciones orgánicas. En el símbolo griego del caduceo tenemos una gráfica representación de las mismas, correspondiendo las cabezas de las dos serpientes a las ventanas de la nariz y la bola alada del bastón central al centro psíquico más alto (Sahasrara).



Ahora, todas indistintamente las corrientes, y la actividad orgánica producida por ellas, en su totalidad, son la expresión, como potencial activo de la misma Shakti o Poder de la Conciencia, que se identifica con el Espíritu Santo o Espíritu de Dios. Y esa misma Shakti se encuentra, igualmente en el universo como en el hombre (cuya existencia sostiene y hace posible como potencial activo), también en un estado potencial latente o dormido, que se halla constantemente al lado del primero, siendo la base estática y el propio manantial inagotable de la actividad dinámica de aquél.

Su lugar de residencia en nuestra organización fisiosíquica, se encuentra precisamente, como lo hemos visto, en el chakra que corresponde al centro de gravedad del cuerpo, y que es el más bajo y la base de los demás. Allí se abre la vía

regia, o sea, Sushumna, cuyo extremo inferior (Brahmadvara) cierra con su cabeza la serpiente enroscada que simboliza a esa divina durmiente.

Cuando se logre despertarla **-hacer activo su potencial latente-** cesará de estar enroscada, sino que irguiéndose repentinamente, se dirigirá hacia arriba, a lo largo de Sushumna, perforando sucesivamente los cinco lotos intermedios que atraviesa (siendo particularmente difíciles de pasar, además del primero, el del corazón y Ajñá, en donde se encuentran los nudos **-Granthi-** de Maya) hasta lograr el asiento de la Pura Conciencia, produciendo así en el yogi el estado de Samadhi, o éxtasis sagrado en que se identifica con el Divino, superando la ilusión de Inseparación en sus diferentes formas.

Al despertarse y subir Kundalini, desde la base del tronco a la cabeza, los lotos que deja atrás de sí se disuelven progresivamente, absorbiendo ella todos sus poderes, cualidades y funciones; por lo tanto, cesa por completo todo género de actividad orgánica en las regiones correspondientes, que pierden calor y color tomando una apariencia cadavérica. Se suspenden la respiración y la circulación de la sangre y todo el cuerpo queda inmóvil en su postura, en estado de catalepsia: cuando el Samadhi es completo, sólo puede reconocerse un ligero calor en la coronilla.

Se trata, sin embargo, de una condición temporal, y al bajar nuevamente Kundalini desde el asiento de su Esposo Celestial (la unión de Shiva y de Shakti, o de la Conciencia con su Poder, se halla simbolizada por la unión sexual) mientras reanima sucesivamente los diferentes centros, hace llover en todas partes el rocío del Néctar bienhechor (el Amrita), que se ha producido por esa unión divina, que refresca y regenera el organismo, haciéndole partícipe de la gozada Beatitud, en la conciencia o experiencia de la Suprema Realidad.

COMO SE DESPIERTA

El despertamiento de ese Divino Potencial, es el resultado y el coronamiento de toda la evolución, de todos los esfuerzos ascendentes de la conciencia individual en su camino de las tinieblas a la luz, de la ilusión a la realidad, de la muerte a la inmortalidad.

Kundalini es, pues, la misma serpiente bíblica: "Más sutil que todos los animales, fuerzas conscientes del campo (la manifestación edénica), que Dios (el Ser o Realidad) había hecho", la cual, habiendo producido por mediad de la sensación la ilusión de lo material, se transforma luego en la "espada encendida

que se revolvía de todos lados (moción serpentina), para guardar el camino del Arbol de Vida (Brahmádanda), (Gen. III).

La liberación del dominio de la ilusión material que resulta de la percepción (cuyo centro es Muladhara, el lugar de la Serpiente), se obtiene subiendo en la escalera filosófica, o sea, desarrollando las facultades que tienen su asiento en los centros sucesivos (que, como lo hemos dicho son psíquicos y espirituales, más bien que materiales), con un proceso de sucesiva, siempre más completa y perfecta abstracción.

Al desarrollo de la percepción sigue el de la memoria que hace la inteligencia asimilativa, y luego la imaginación que reproduce internamente la visión externa, guiando esas ideas, Como un pastor sus ovejas. Cuando llegue el juicio, que tiene su asiento en el corazón, y puede considerarse como hijo de la memoria (Set), el hombre tiene conciencia de sí mismo y de su propia humanidad.

Por esta razón Set llamó a su hijo Enos (enosh, significa "hombre, ser humano"), y "entonces los hombres comenzaron a llamarse del nombre de Jehová (dijeron conscientes yo soy, (Gen. IV -26).

El centro del corazón (que es en el Yoga el más importante de los que se hallan entre Muladhara y Ajñá, Y después .de éstos, dado que contiene también el lingam de oro), representa, por lo tanto, en la evolución al hombre humano, que hemos visto simbolizado por Set, en contraposición al hombre animal (Cam), y al hombre ario o superior (Jafet). Este último viene a la existencia cuando al juicio se une la comprensión, o sea, el compás a la escuadra, como instrumentos geométricos del Arte de la Vida.

Aquí tenemos dos fases importantes en el proceso de abstracción: mientras la percepción (Caín) únicamente se ocupa de cultivar las ideas concretas (frutos de la tierra), la imaginación (Abel) las pastorea, la memoria (Set) las recoge, las fija y las conserva, las facultades superiores que simbolizan los dos noáquidas, y también los hijos de Isaac, son las que juzgan de esas ideas, las nombran y las clasifican, y forman así ideas generales y universales de las particulares, abstractas de lo relativo y contingencia (la tierra), esforzándose constantemente en pos de lo Absoluto Inmanente (el cielo). La torre de Babel y el sueño de Jacob, representan dos imágenes y dos aspectos del mismo esfuerzo: la primera fallece, por el hecho de que se pretende conseguir ese resultado sin abandonar la concepción material de la vida (los ladrillos que representan ideas concretas, calentadas por la

imaginación); el resultado es que se confunden las lenguas, o sea, se pierde la comprensión.

En cuanto a la escalera de Jacob, el resultado es muy distinto; las ideas abstractas, que representan los ángeles, tienen las alas que les permite subir, haciendo que desciendan los arcángeles **-las intuiciones que provienen del Cielo de la Realidad-** y por medio de ese trabajo filosófico, se logran una después (le las otras las dos facultades superiores: el discernimiento de lo real que nos parece residir precisamente en el dominio celestial de la abstracción; y la progresiva y siempre más completa identificación de la conciencia individual con aquél, que realiza el estado de Samadhi.

Ahora, esta torre y esa escalera están dentro de nosotros: la primera es nuestro cuerpo adámico y su compañera, la conciencia de lo material; la segunda es nuestra mente, con sus diferentes facultades y capacidades, que nos da la facultad de ascender, y esta manera superar las limitadas posibilidades de aquél. La primera es la Cruz, resultado y sendero kármico de la vida, la segunda la Estrella y la esperanza evolutiva que resplandece sobre la cruz e ilumina el sendero.

La primera es el Edén, o sea, nuestra residencia en el dominio de la manifestación; y la segunda el Árbol de la Vida en medio de ese jardín, la propia Subhumana como mística escalera en la torre del cuerpo, o sea, la cámara simbólica en que se verifican los trabajos de este grado. Cuando logramos acercarnos a ese árbol, con la actitud de reverencia que caracteriza el discernimiento de la Realidad (primero y fundamental requisito del Yoga), la propia espada serpentina de la Eternidad Latente en lo contingente nos abre el Camino Real que nos lleva a la identificación con lo Divino. Entonces es cuando esa misma Serpiente se transforma en la Virgen Inmaculada (Prakriti) que se aparece al Hijo Divino o Emmanuel, la Divina Imagen de nuestro ser y su perfección inherente, según se halla concebida por el Poder de la Realidad (Elohim).

Y entonces la rosa verdadera, florece como Conciencia de lo Eterno, sobre la cruz de nuestra existencia contingente.

EJERCICIOS DE PRANAYAMA

Después de haber visto el lado interno, o sea, la "fase conciencia" del místico trabajo que despierta y hace ascender la Divina Durmiente, debe decirse algo de su

aspecto externo, pues los dos son igualmente espirituales cuando se disciernen en la luz de la Realidad.

Siendo la respiración la más sutil y central, es sabiamente aprovechada en la cuarta etapa del Yoga, en que se enseña a reglada y extenderla, adquiriendo así un dominio consciente sobre esa función, y por medio de la misma sobre las corrientes que son las dos columnas fundamentales del cuerpo, lográndose así controlar y armonizar todo el organismo fisiosíquico, dado que la respiración es mental y espiritual, y no solamente física.

El ritmo armónico de las dos corrientes, conscientemente dirigidas por la Voluntad Individual, purifica y refina el cuerpo y la mente, y de esta manera favorece y lleva naturalmente, con el tiempo, al final despertarse siempre más completo. y perfecto de Kundalini. La respiración así controlada, como también todo esfuerzo mental de abstracción y toda actitud de devoción y reverencia hacia lo divino, estimulan siempre, de alguna manera, la actividad de Sushumna, pues a la misma se debe toda inclinación espiritual, e igualmente toda forma de intuición y de inspiración verdadera, cuando algo de origen trascendente y divino se presenta o desciende de improviso en el campo de nuestra conciencia humana.

Por lo tanto, debe desecharse toda forma de ansiedad o impaciencia de lograr, con el más pleno despertarse de dicha fuerza la plenitud del éxtasis de la Omnisciencia. Al contrario, es necesario proceder y perseverar con sabia lentitud, manteniendo con el calor del entusiasmo constante el fuego natural, dulce y continuo en el Atanor, en el cual así se trabaja a la Gran Obra. Todo debe hacerse y lograrse con dulzura, equilibrio y perfecta armonía, evitando cualquier violencia y prisa, pues los resultados pudieran llegar a ser en definitiva destructivos.

En otras palabras, se trata de escalar el cielo, pero no para ser luego echados bruscamente abajo, como Ícaro al quemársele las alas, sino para lograr establecemos siempre más firmemente en ese estado, recibiendo del mismo la virtud operativa que, lejos de hacer estéril ese esfuerzo, consigue hacer de todo nuestro ser la viviente piedra filosofal que ilumina el mundo y efectúa dondequiera, en silencio fecundo, el milagro de la transmutación, manifestando o haciendo patente el oro natural o latente en toda cosa y en toda condición externa, o sea, haciendo que en la cruz de toda contingencia florezca la rosa que derrama, en derredor de nosotros, el perfume exquisito de la Eternidad.

Dicho esto, pasamos a los ejercicios propiamente dichos. Todos deben hacerse con la espina dorsal derecha, y con la menor tensión, preferiblemente en una de las dos posturas Padmasana o Siddhásana (véase el Manual del Caballero de

Oriente), antes de cualquier comida. El momento más indicado es la mañana temprano, un poco antes de la aurora o cuando el sol justamente se levanta; en Oriente se aconseja repetirlos también al mediodía, A la puesta del sol y a medianoche. Pero esto estorbaría notablemente el ritmo de las ocupaciones ordinarias; por lo tanto aconsejamos el ejercicio de Pranayama una vez por cada día, como primera cosa al levantarse.

RESPIRACIÓN ALTERNADA

Lo primero que debe hacerse es respirar alternada y rítmicamente, de esta manera: habiendo vaciado por completo los pulmones, cerrar, comprimiéndola con un dedo, la ventana derecha de la nariz, inspirando el aire por la nariz, únicamente del lado izquierdo, de una manera lenta y continua, llenando primero la parte inferior y luego la superior de los pulmones.

Una vez llenado por completo los pulmones, ciérrase también la ventana izquierda, quedando un momento sin respirar momento sin respirar (pero sin necesidad de un esfuerzo excesivo) meditando sobre alguna idea o palabra. Esta puede ser: Realidad, Bien, Perfección, Armonía, In nobis regnat Ille, o cualquiera otra que elija el practicante. En Oriente se aconseja el uso de mantras que son el equivalente de nuestras palabras sagradas.

Luego, abrir la ventana derecha y emitir por aquélla, con flujo armónico y continuo, el aire inspirado, más lentamente aún que la inspiración. Inmediatamente o después de una corta pausa (cerrando en este caso las dos ventanas), inspírese nuevamente del lado derecho, así como antes se había hecho con el izquierdo; luego retener el aire, otra vez, como anteriormente, y después emitirlo del lado izquierdo. Así se empieza nuevamente el ejercicio que se repetirá algunas veces (es suficiente dos o tres, para principiar, creciendo luego hasta diez o doce), procurando que sea lo más rítmicamente posible.

Una vez cumplido satisfactoriamente con los requisitos anteriores, se puede dar otro paso hacia adelante. Consiste esto en llegar armónicamente el ritmo respiratorio, con algunos monosílabos que se pronuncian mentalmente sobre el ritmo de la circulación de la sangre, de manera que el ritmo respiratorio esté de acuerdo con éste.

Puede tomarse como medida el conjunto **OM TAT SAT OM**, formado por cuatro sílabas, y que se aprenderá primero a pronunciar rítmicamente, de manera que cada sílaba corresponda a la pulsación del corazón.

Luego se hará la inspiración mientras se pronuncia una (o dos) veces el conjunto tetra silábico; se retiene el aire con las ventanas cerradas, pronunciándolo (siempre mentalmente) cuatro (u ocho) veces; y se hace la expiración al pronunciarlo respectivamente dos o cuatro veces. Siempre el tiempo de la expiración ha de ser el doble de la inspiración, y el de la retención el doble de la expiración (cuatro veces la inspiración); cuando se halla una pausa entre dos respiraciones, o sea, permaneciendo con los pulmones vacíos y las ventanas cerradas, esta será la mitad de la inspiración.

La misma inspiración se llama en sánscrito Púraka; la pausa o retención Kumbhaka; y la exhalación Rechaka.

Cuando el ritmo empieza con la inspiración sobre 4 pulsaciones, se hace el Pranayama menor (Adhama); cuando Purakn crece a 8 pulsaciones, el Pranayama es medio (Madhiama); y cuando se doble hasta 16 pulsaciones (pronunciando 4 veces el tetrasílabo medida) se llega al Pranayama mayor o superior (Uttama).

Estos mismos nombres se dan también a los tres grados sucesivos de realización, que naturalmente no dependen únicamente de los números, sino también del progreso de la práctica: (primero se produce simplemente la respiración que purifica d organismo; en el segundo el cuerpo tiembla, sacudido y animado por la moción vibratoria; y en el tercer grado se consigue superar la misma atracción de la tierra, produciéndose el fenómeno que se llama levitación.

De todos modos la práctica, cuando se haga igualmente moderación y perseverancia, de manera que sea factor de equilibrio fisiosíquico, contribuirá en elevar el ritmo de la vida orgánica y espiritual, purificando al hombre de sus escorias (las asperezas de la piedra bruta) y haciéndole superar en la conciencia las condiciones y estados indeseables y negativos, hasta que logre levantarse por completo sobre la gravedad de los instintos, las atracciones inferiores y ligámenes terrenales. Así, cabalgando el águila de su propio pensamiento, se acarrea con serenidad y firmeza a la eterna y beatífica morada de Zeus.

ALQUIMIA ESPIRITUAL

Por medio del agua del plasma vital, proveniente de la generación, y cuya destilación y sublimación **-que se verifica automáticamente cuando el fuego que lo calienta es el puro ardor espiritual, en lugar de la llama de la pasión animal-** es el medio y el vehículo de la regeneración; y del espíritu que encuentra

por medio de Pranayama su más armónica expresión, el rosacruz se inicia en los misterios de la verdadera alquimia, pues toda transmutación u obra exterior no es otra cosa sino el parergon, o sea, el accesorio (u obra menor) en comparación con la Obra real (o Magnum Opus) que estriba en el perfeccionamiento integral de uno mismo.

En otras palabras, en esa más verdadera alquimia **-aquella que realmente merece el nombre de Ars Regia sinónimo de Raja y oga-** el rosacruz tiene en su propio cuerpo el atanor y la materia prima, y en sus aspiraciones el fuego natural que obra sobre aquéllos y consigue finalmente reducir dicha "materia" al estado de Áurea pureza espiritual, ennobleciendo y redimiendo integralmente la manifestación individual, y acercándola siempre más a la imagen y semejanza de Dios que constituye la verdadera naturaleza Íntima y eterna del Ser. No debe hacerse el error de considerar el agua y el espíritu de que hemos hablado en sus expresiones sensibles como puros "medios materiales" de los que no haya necesidad para conseguir un resultado "espiritual". A quien así creyera le falta el discernimiento de lo espiritual en lo material, como esencia y realidad del mismo; o sea, el ojo singular (o advaita) que se fija en la Única Realidad y la percibe en sus apariencias más opuestas y diferentes, a diferencia del ojo doble (o dvaita) de la inteligencia que se basa únicamente en la percepción material.

En el proceso de conservación, refinamiento y sublimación del plasma seminal que tiene la misión de preservar la existencia igualmente del individuo y de la especie, y también en la base del progreso evolutivo del uno y de la otra, se ha de ver, pues, un aspecto y una expresión de la esencia primordial de la vida, que es el espermatozoide más verdadero y universal, aquel mismo Océano del Ser que en las antiguas cosmogonías iniciáticas aparece como principio primero de toda existencia (anterior al espacio y al tiempo), en el cual se forma el Huevo Cósmico, como elemento femenino que concibe y produce la naturaleza espiritual y sensible. y (en el respiro de nuestro organismo el Aliento o Shakti del Ser, que es otro aspecto del mismo Eterno Femenino Divino, que sopla en esas Aguas de la Vida Eterna, como principio arítmico presencial de la doble corriente que origina la apariencia del espacio y del Tiempo, simbolizada en la cruz y en la tetrapotamia edénica.

Nuestro cuerpo físico es el homunculus, o la conglomeración de materia prima al estado natural (de piedra bruta), que se halla dentro del Huevo o Atanor del alma individual, el huevo microcósmico que reproduce al macrocósmico, y que santifica simbólicamente la costumbre pascual. Y el fuego que obra sobre la materia prima, según acciona sobre el Huevo-Atanor y le calienta, es aquel mismo

que indica la palabra sagrada de este grado: el sagrado fuego que interiormente se enciende como la Chispa que brota del contacto de la conciencia Íntima con el Principio Redentor, el Cordero de Dios o Agnus Dei y el aliento es el medio que favorece dicho contacto, el contacto del ritmo orgánico con la Divina Madre arítmica; es la armonía aurítmica de la respiración, como el sopro en el hornillo del atanor que mantiene constantemente encendido el fuego igual y permanente que se necesita en la Gran Obra. Cada inhalación corresponde a la fase en que, según la expresión citada del Génesis, el propio Ser alienta actualmente en nuestra nariz "el sopro de vida" de su Divino Poder; durante el estado de Kumbhaka, el mismo Aliento es la Fuerza que, habiendo sido anteriormente reconocida (o asimilada) se establece en nosotros, realizando la unión con su contraparte o base estática y latente. Y durante la fase de Rechaka, es cuando la Vida y la Conciencia Individual es atraída hacia la Cósmica, el Poder hacia el Ser que constituye su propio centro de origen y, de gravitación, y la ola calórica del Fuego Sagrado golpea suavemente el Atanor, destilando y sublimando la "materia prima" en aquél contenida.

LA ROSA FILOSÓFICA

De esta manera la "Sabiduría fuera del Pleroma", en el lenguaje de las escuelas gnósticas de Basílades y de Valentino, o sea, la sustancia mental y material que lleva en sí el sello de la imperfección, inherente a la manifestación de la Materia Prima, cuando ésta se halla todavía en estado de inmadurez (por no haber llegado a expresar la Plenitud y Perfección latentes de sí misma) viene en íntimo contacto y logra identificarse con la propia "Sabiduría dentro del Pleroma" que es el Arquetipo de la Perfección Divina.

Dicho contacto se verifica por medio del Cristo (el Principio Redentor cósmico), cuando la conciencia individual lo reconoce y lo recibe, y se hace así Jesús, o sea, el Salvador y Redentor de su propia expresión personal, la ekklesia de la mente y el templo (u obscuridad tamásica) del cuerpo, de que es el esposo (elemento o principio de Conciencia, cuyas aguas fecundan aquéllas). La Sabiduría Divina (dentro del Pleroma), esposa del Cristo Cósmico, al ser reconocida por su hija la Inteligencia Humana (Sabiduría fuera del Pleroma) concibe por obra de ese Espíritu Santo (su propia Madre Divina) al Cristo Individual en Jesús, cuando éste recibe el bautismo de su identidad con el Padre (o Cristo Cósmico): "Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento", (Mateo, III -17).

Entonces la Rosa del Pleroma (la Perfección y Plenitud Eterna de la Realidad Trascendente), reflejase naturalmente en aquella rosa de la vida que es el

alma que, se halla en el centro de la Cruz de toda manifestación individual. Dado que esta última manifestación es contingente, esa "rosa" es transitoria, y por lo tanto, florece y reflorece, y nuevamente vuelve a florecer, todas las veces que se haya sucesivamente marchitado por recibir en su ignorancia y extravío (efectos de la caída edénica) los principios de la muerte y de la corrupción; pero, la obra de dicha Alquimia Espiritual reintegra la Divina Pureza de la Sabiduría trascendente (que empieza con el discernimiento de la Realidad) en esa "rosa" de la vida humana, que lleva sobre sus espaldas la "cruz" de la contingencia, pesada cuando se arrastra sobre la tierra, como la serpiente de la Percepción que se condena a sí misma, y ligera cuando esa serpiente haya sido "levantada".

Así dicha Rosa de la Vida se transforma (al concebir al Cristo en la semilla de Jesús, que es la semilla purificada de Adán) en la rosa filosófica, por medio de la cual la Gran Obra ha llegado al deseado objetivo. El satva impuro de la vida vegetativa se ha purificado, pasando por el estado tamásico de putrefacción y el rajásico de destilación, convirtiéndose en el satva superior que resulta de ese doble bautismo (el agua de Juan y el fuego del Cristo) y es la propia virtud transmutatoria del lapis philosophorum. La Piedra misteriosa, que es esa misma Rosa Filosófica y la verdadera palabra **-expresión consciente de lo Verdadero o Real-** se ha, finalmente, encontrado, y como "habla de sí misma, por medio del Padre" ya no puede haber duda, y "su testimonio es verdadero".

Además, las obras que la Divina Presencia por su medio produce, confirmarán espontáneamente ese testimonio y harán exteriormente patente esa cualidad. Es pues suficiente una partícula mínima de esa Piedra o Rosa Filosófica, proyectándose sobre cualquier metal que se halle en estado de fusión (o sea, esté suficientemente calentado por la fe, a la cual acompaña su hermana la esperanza, Marta y María, cuyas presencias hace posible la resurrección de Lázaro, tan semejante a la hirámica del tercer grado), para que esa proyección, en que se hace manifiesto el Amor Divino, la convierta en el Oro de su pura y eterna Perfección Espiritual, elevándola de esta manera por encima del plan de lo corruptible.

¡HOSHEA!

Delante de estas obras verdaderas (y ¿cuáles obras pueden serlo más que las de la misma Eterna Verdad que se hace manifiesta por su filosófico reconocimiento?), el corazón rebosa de infinito gozo, y nace espontánea la aclamación que saluda a esa Divina Presencia Salvadora.

Al encontrarse la Rosa Filosófica, aquella Rosa que no se marchita ni se corrompe, por expresar la Perfección Infinita del Pleroma, derramando el perfume Inmortal de lo Eterno, toda la vida se hace una consciente proyección redentora de la Luz y del Poder que emanan de ella, como las radiaciones de los cuerpos radiactivos.

Ese gozoso sacrificio, siempre fecundo y constructor es el signo verdadero por medio del cual el Rosacruz es conocido y reconocido por todos aquellos que participan en la misma realización interior. Y ese signo es una rosa que constantemente florece en la cruz de toda ocurrencia kármica y de toda contingencia externa: la Perfección Inherente, afirmada en presencia de cualquier imperfección aparente; la Divina Armonía latente en cualquiera desarmonía, que la vence y la supera; el triunfo de la Vida y de la Resurrección sobre las evidencias de la muerte y de la destrucción; la Luz de la Omnisciencia, que es Omnipotencia, venciendo y alumbrando el dominio de las tinieblas de la ignorancia y de la impotencia; la Plenitud del Bien, reconocida y proclamada con la Fe más inquebrantable que nace de su conciencia interior, delante del mismo triunfo, siempre aparente y transitorio, de las fuerzas de la maldad y de la destrucción.

En cualquier momento, toda vez que la percepción externa parece indicarle sobre la tierra de la realidad fenoménica, el triunfo de la corrupción y el dominio de la imperfección, el Rosacruz contesta apuntando firmemente el dedo y la visión a la celestial Realidad, que es el dominio eterno y omnipresente de la Perfección Omnisciente y Omnipotente, siempre dispuesta a descender y hacerse visible en el dominio" exterior de los efectos, según se afirme y se proclame causativamente en el reino de la conciencia interna y al hacérsele el signo **-que denota nuestra fe implícita en esa misma Divina Realidad-** nos responde con el contra signo, que indica la esperanza firme y segura en su pleno y perfecto "establecerse": en la salud que toma el lugar de la enfermedad, en la armonía y la cooperación que se asientan adonde parecían dominar la violencia brutal y el egoísmo, en la bondad que sustituye a la maldad, en la Vida que de la muerte triunfa, en la riqueza espiritual que toma el lugar de toda forma de pobreza y deficiencia, interior y exterior, y en el Bien que doquiera invenciblemente se afirma, atestando la Bondad intrínseca del Principio Creador y de su Creación.

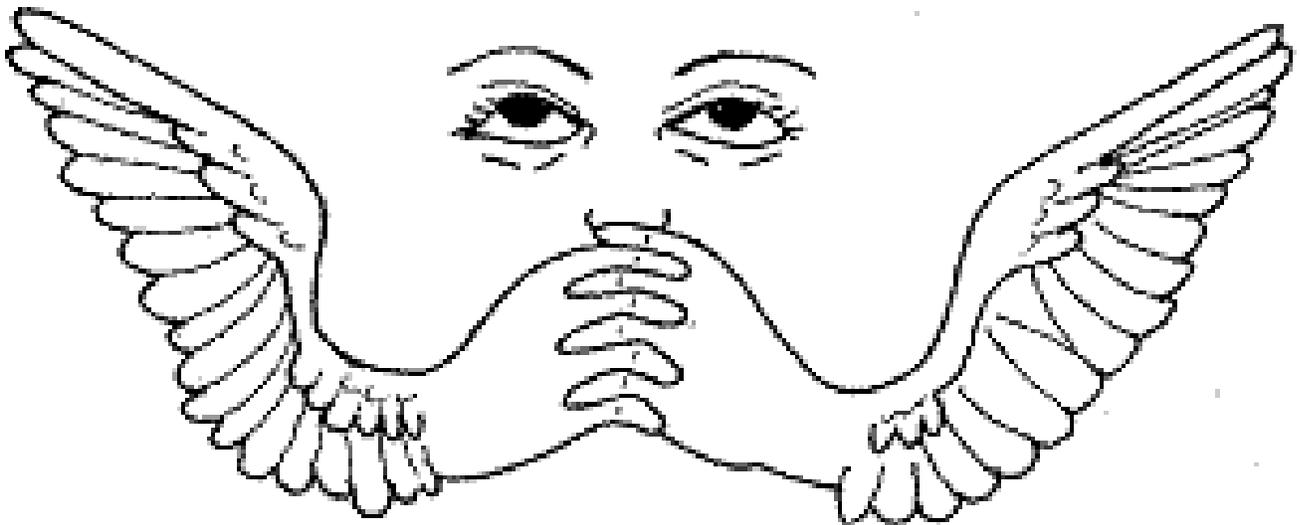
Entonces las dos manos, místicamente cruzadas en la rectitud del más perfecto Juicio Espiritual, sobre el Centro de la Vida, del Amor y de la Bondad, devotamente expresan el connubio de Su Omnisciencia y de Su Omnipotencia, y se hacen el vehículo que ésta manifiesta en la propia medida de aquella. Pues el Buen Pastor es aquel que da o manifiesta su vida, su propio ser y su íntima realización

espiritual, para cada una de las "ovejas" simbólicas y reales de los pensamientos internos y de sus efectos externos; dado que esa luz de la Realidad Superconciente, debe no solamente expresarse y dominar en todo el campo de la mente consciente, sino que ha de penetrar, gobernar y dirigir también el interno dominio subconsciente en donde se halla la "oveja perdida" que necesita y espera ser reconducida al redil. No puede haber paz y descanso verdadero hasta que todo el rebaño de los pensamientos, tendencias y facultades individuales haya sido reconducido hasta la redentora presencia de su Principio Salvador.

En ese sábado que representa el golpe separado del cumplimiento **-que es perfección-** se levanta silenciosa la alabanza que proclama la Gloria y la Gracia del Poder de la Verdad, que es la Verdadera Luz, y el Verbo Divino, hecho carne en nosotros, para todos los siglos.

Y el que da testimonio de estas cosas dice:

¡Ciertamente, es así!





ALDO LAVAGNINI



(MAGISTER)

Fue auténtico iniciado que no guardó sus hallazgos para sí, esmerándose en prodigarlos a manos llenas a través de muchas obras.

Su seudónimo, clásico en la literatura masónica, es conocido en todo el mundo, como expositor capaz, muñido de dos elementos formidables: verdad y conocimiento la Masonería sufrió a lo largo de los siglos, tal vez por su misma apariencia secreta, no sólo la diatriba, el denuesto y el escarnio de quienes no la entendían, sino también la persecución de los que, por celos u otras humanas

debilidades, la consideraron un peligroso émulo en su proceso de evolución. Sin embargo, el paso del tiempo limó muchas asperezas, con el resultado de que una Sociedad, espiritual en grado sumo, tuvo el justo privilegio de erigirse ante el orbe con auténtica relevancia, producto del valor moral de sus miembros.

El "Manual del Caballero Rosacruz", de Aldo Lavagnini, incluye cuatro partes principales, en las que son analizados los siguientes temas:

- "Bosquejo histórico sobre el cristianismo, el gnosticismo y el rosicrucianismo";
- "El grado masónico del Caballero Rosacruz";
- Per Rosam, ad crucem y Per Crucem ad Rosamll.

En síntesis: el trabajo memorable de una personalidad esclarecida, donde sinceridad, mensaje y calidad doctrinal ayudan a comprender los aspectos más apasionantes y controvertidos de la antigua Orden Masónica.

